

*“La obra inmortal de Cervantes es como un río grande y majestuoso, que corre desde hace siglos, deleitando al mundo entero con la pureza y saludable virtud de sus aguas; y este Quijotillo criollo, no es sino una simple acequia de regadío, derivado de aquel amplísimo cauce, con el sólo propósito de llevar esas mismas aguas a un nuevo campo, necesitado del provechoso riego de la crítica”*

**Tulio Febres Cordero**

### **Tulio Febres Cordero (1860-1938)**

Nació el 31 de mayo de 1860 en Mérida, Venezuela y murió en la misma ciudad el 3 de junio de 1938. Historiador, etnógrafo, novelista, cuentista, folclorista, periodista, tipógrafo. Único Rector Honorario de la Universidad de Los Andes. Miembro de múltiples institutos y sociedades académicas nacionales e internacionales, como las Academias de Historia Internacional de París, de Historia de Colombia, de las venezolanas de la Lengua y de la Historia.

Sus obras: *Procedencia y lengua de los aborígenes de Los Andes*; *Archivo de historia y variedades*; *Décadas de la historia de Mérida*; *Clave histórica de Mérida*; *Colección de Cuentos*; *Mitos y tradiciones*; *La Hija del Cacique*; *Estudios sobre Etnografía Americana*; *Cocina criolla o guía del ama de casa*.

# Don Quijote en América

---

Recuento crítico de una novela centenaria

**UNIVERSIDAD DE LOS ANDES**

•*Rector*

Léster Rodríguez Herrera

•*Vicerrector Académico*

Humberto Ruiz Calderón

•*Vicerrector Administrativo*

Mario Bonucci Rossini

•*Secretaria*

Nancy Rivas de Prado

**PUBLICACIONES DEL**

**VICERRECTORADO ACADÉMICO**

•*Director*

Humberto Ruiz Calderón

•*Editor*

Luis Ricardo Dávila

•*Consejo editorial*

Tomás Bandes

Asdrúbal Baptista

Rafael Cartay

Mariano Nava

Stella Serrano

Gregory Zambrano

• Los materiales compilados fueron transcritos textualmente y pertenecen a la Colección de la

**Biblioteca Febres Cordero**

• Tanto el concepto gráfico de la colección Clásicos del Pensamiento Andino, como el diseño de estos dos volúmenes, han sido generosamente financiados por la

**Fundación Polar**

Don Quijote en América

---

Recuento crítico de una novela centenaria

# Tulio Febres Cordero

---



**BIBLIOTECA NACIONAL**  
BIBLIOTECA FEBRES CORDERO



**UNIVERSIDAD DE LOS ANDES**  
VICERRECTORADO ACADÉMICO  
P U B L I C A C I O N E S



Banco de Venezuela  
Grupo Santander

---

El Vicerrectorado Académico de la Universidad de Los Andes ha decidido contribuir con la industria editorial de la ciudad y del país en general. Al insertarnos en este importante e indetenible movimiento buscamos el afinamiento de nuestra política editorial. Uno de cuyos primeros pasos ha sido la creación de la *Colección Clásicos del Pensamiento Andino*. Su lanzamiento a fines del 2004 ha dado lugar a la creación de un espacio que contempla la edición de obras destinadas a perdurar. Obras especialmente dirigidas a acendrar en todos los públicos, no sólo el universitario, el espíritu de una cultura y de una época de la que somos depositarios.

En el origen de todo deseo de proyectar en el tiempo obras que han marcado un hito en el desarrollo de la cultura, existe una pasión recopiladora de palabras e imágenes, de memorias y expresiones que buscan conjurar el sentimiento de pérdida cultural. En el origen de todo rescate está, entonces, la intuición histórica, el instinto de conservación de cuanto hemos sido, la fijación en el futuro de unas imágenes que sólo evocan pasado. Adviértase que cuando el pasado entra en desuso es cuando más se despierta en las sociedades el deseo de recuperar su memoria concreta. Precisamente, vivimos en una época caracterizada por estos rasgos. De allí lo que nos planteamos como reto editorial.

Estas ideas han constituido la energía que anima la edición de la obra que el lector encontrará en las páginas que componen estos volúmenes. Hoy presentamos otro vástago de nuestra colección editorial mayor: la obra de nuestro insigne Tulio Febres Cordero *“Don Quijote en América o sea la cuarta salida del ingenioso Hidalgo de La Mancha”*. La misma es testi-

monio claro y sincero de este esfuerzo y de estos derroteros por donde transita la capacidad editorial de la Casa de Estudios a la que tanto aportó el llamado –por otro de los grandes– *“rapsoda de Mérida”*. Para nosotros es sumamente significativo continuar la edición de nuestros Clásicos con *Don Quijote en América*, donde se exhiben sin ambages los rasgos de estudio y reflexión de los intelectuales andinos.

Es bien conocido que la obra Cervantes marca el inicio de la novela moderna, expresión de una nueva imaginación y una nueva forma de expresar el espíritu de una época. Sorprende entonces que un intelectual como Febres Cordero, sin salir de su región natal, se haya atrevido a inventarle una cuarta salida al caballero de la Mancha, expresando nuevos tiempos americanos, pero también haciendo gala de un pensamiento evocador donde la creatividad y la actitud patriótica son colocadas por delante. La postura intelectual que está detrás de tanta audacia literaria nos la confiesa el mismo autor: *“El problema que cada pueblo de por sí debe resolver, consiste en apropiarse la civilización universal, sin salir de su propio carácter y límites morales, más claro, en ser cosmopolita sin dejar de ser indígena y patriota”*.

Estamos así frente a una obra literaria, con intención patriótica que recoge y se nutre del pensamiento y la sensibilidad de aquel entresiglo. No es esta una novela que repite las aventuras caballerescas del inmortal y cuatricentenario Don Quijote de La Mancha, sino la evocación de las andanzas de un Caballero americano remozado e inspirado en esa otra aventura del espíritu y de las ideas mejor conocida como el Positivismo, con su credo de progreso y orden. Es bien sabido para algunos, y está por saberse para otros, que las ideas europeas en América arrojan frutos bizarros. De esto precisamente trata la cuarta salida del ingenioso de La Mancha en tierra americana tal como es narrado por la ingeniosa pluma de Febres Cordero. De manera que iniciar la edición de sus obras con *Don Quijote en América*, va más allá de la oportunidad de la efemérides, se trata de llamar la atención sobre uno de aquellos pensadores que desde la provincia miraron e interpretaron el

mundo con fina metáfora y mejor pensamiento, buscando como diría el propio autor: “*apropiarse la civilización universal*” que es patrimonio del hombre cualquiera sea su ubicación telúrica.

Y esto es válido con mayor énfasis en esta era de lo virtual cuando se afianza particular y paradójicamente la idea de que el libro no morirá nunca, a pesar de las amenazas que se ciernen sobre la palabra impresa. Añadiríamos que por el contrario el destino del libro es extender su ámbito, aumentando de manera importante los índices y hábitos de lectura inteligente. Para honrar esta tendencia hemos querido reeditar una novela centenaria, inspirada en aventuras que conmovieron al lector hace casi medio milenio, cuya narración no hace más que expresar aquel espíritu expansivo de aquel mundo americano que se obstinaba en dejar de ser estacionario.

Pero esta es también una edición dedicada a los bibliófilos. Sabemos que la bibliofilia ha sido siempre el refugio del libro como voluntad de permanencia. Y si nuestro esfuerzo editorial contribuye a esta idea, cualesquiera que sean las circunstancias nunca llegarán a poner en peligro la existencia generalizada de la palabra sobre papel. Por el contrario, colecciones y obras como las presentadas siempre quedarán como un testimonio salvador de un pasado que nos honra y nos constituye, de una cultura que no se desvanece por más adversas que sean las condiciones. Editar a los grandes de nuestra historia intelectual, es editar para los bibliófilos e investigadores, es convidar a las generaciones futuras al esfuerzo de comprender. Así enseñaremos a quienes vengan a no renunciar al impulso de la creatividad mediante la escritura de obras bien hechas, de valor permanente.

La promoción de empresas de este tipo destaca la importancia que tiene no sólo el contenido de los libros sino lo que un contemporáneo nuestro ha llamado “*su carnadura material*”. Ser bibliófilo no es una simple aventura del leer o del saber, sino también de coleccionar el libro como objeto de arte. Por eso nos hemos esmerado en reeditar *El Quijote en América* con un toque artístico que será la delicia de todos, lectores, investigadores y coleccionistas.

Por si esto fuese poco, ambos volúmenes –la novela y su recepción crítica– van precedidos de valiosos estudios que parecen más bien unas semblanzas escritas para exaltar la edición como lo hacían aquellos artesanos de la palabra durante el Renacimiento. Encontrará, pues, el lector en esta obra que tiene entre sus manos calidad textual, material y tipográfica, elevando ambos volúmenes a la categoría de obra de arte.

Cada uno de los colaboradores de esta edición ha aprendido y realizado bien su oficio. Sólo nos queda desear y esperar que el esfuerzo resuma el espíritu globalmente rehumanizador de nuestros días y que sea emulado por esfuerzos similares en el futuro.

**Humberto Ruiz Calderón**

Vicerrector Académico

## **Don Quijote en América, historia de un debate crítico**

### **Un hidalgo recorre el Nuevo Mundo**

A finales del siglo XIX un hidalgo merideño traza el plan de una novela. Avatares de la vida no confesados –arte de la modestia y consideraciones al lector– lo llevan a interrumpirla. Una gran fecha se acerca y un gran homenaje vendría a ser la clave de tan justificada postergación. En 1905 se cumplirían tres siglos desde que en la imprenta de Juan de la Cuesta en Madrid, se editara la primera parte de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha*. Buena ocasión para recordar, y más aún para revivir la esencia del personaje que fue armado de caballero y tomó como bandera la misión de enderezar entuertos, desfacen agravios y amparar huérfanos y viudas.

Otro caballero, en tierras americanas haría lo propio, pero distintos serían los entuertos de su tiempo; intenta recomponer el mundo, sacarlo de sus vicios y resabios; emprende así una nueva aventura, una cuarta salida. Éste es el tema de la novela con la que en 1905 Tulio Febres Cordero rindió homenaje a Miguel de Cervantes Saavedra. *Don Quijote en América o sea la cuarta salida del ingenioso hidalgo de La Mancha* fue el título de esta singular obra, que salió de la no menos quijotesca tipografía de El Lápiz: “Este Quijote, aunque el mismo de Cervantes en espíritu y en verdad, es muy otro en cuanto a la manera de manifestarse”, señalaba la “Advertencia de la primera edición”, y esa aclaratoria sería uno de los motivos que muy pronto desataría un prolongado debate crítico. En el prospecto con que Febres Cordero introduce sus obras, en 1930, señala que en materia de crí-

tica histórica y literaria no hay ni puede haber exención de cosa juzgada: cada generación conoce y juzga según el espíritu de su época”<sup>1</sup>.

Con ese criterio, adelantado por el mismo autor, nos proponemos hacer un recorrido por las diferentes apreciaciones críticas que sobre *Don Quijote en América* aparecieron en periódicos y revistas de Los Andes y de otras regiones de Venezuela, así como en publicaciones periódicas de la vecina Colombia. Las valoraciones son abundantes, breves la mayoría, algunas cargadas de fina intención exegética; otras de punzantes reparos, que Don Tulio, supo sortear con hidalguía y entereza. El juicio, cuando es penetrante y va más allá de los simples cumplidos, o de las formalidades de época con que buena parte de la intelectualidad nacional recibió aquel libro, es audazmente severa, a veces despiadada, pero no doblega la nobleza con la cual Febres Cordero recibió las críticas adversas.

Tanto las tomó en cuenta que no sólo organizó un álbum con los recortes que traían opinión favorable o contraria, sino que incluyó algunos, como paratextos de las ediciones subsiguientes. En la segunda edición (1906), incluyó una “Aclaración” como prólogo y la “Advertencia de la primera edición” (1905), esta misma se reimprime en la tercera edición (1930), donde se insertan dos cartas que según el autor “informarán al lector sobre el debate crítico de que fue objeto esta obra cuando por primera vez vio la luz pública en 1905”<sup>2</sup>. Así la carta de Pedro Fortoul Hurtado, quien reconoce los valores y el aporte de Tulio Febres Cordero a la literatura, defendiéndola de los modernistas “corruptores de la lengua” y a quienes no da “el placer de leer algo, siquiera de obscura procedencia, contra la labor intelectual de un gallardo representante de la buena causa”. Con este cumplido de defensa, se adentra en la novela para elaborar no un elogio sino un detallado juicio lacerante. Define el proyecto de Febres Cordero como una “vituperable profanación” y como una “simple aberración”. Una obra que en su opinión nació enferma, tan gravemente enferma “que la crítica no puede hacer otra cosa para con ella que dejarla morir en el silencio”<sup>3</sup>. A este juicio responde desde Co-

lombia, Manuel Rodríguez Chiari, quien resume y defiende los alcances de la obra del merideño:

En verdad el libro en cuestión no ha muerto, ni ha quedado olvidado, ni la crítica guardó sus fallos consagrados para mejor ocasión, como dice el señor Fortoul; ella habló y apuntó defectos y prodigó aplausos, merecidos estos, ciertos aquellos. De otra manera no me podría explicar cómo una obra que nació en un ataúd, arreglada con mortaja y todo para ser llevada a la fosa fría de la indiferencia y por añadidura señalada por el señor Fortoul como sacrílega, haya podido lucir tres trajes o por hablar más claro tres ediciones. Y, cuenta que la muerta anda y es regocijo de muchos y congoja de otros. De mí, sé decir que con sus páginas me he recreado grandemente y que mi reducido criterio me ha dejado comprender la sabia y moralizadora crítica que encierra la imitación noble del Inimitable de Cervantes<sup>4</sup>.

Al parecer, algunos autores tomaron la obra de Febres Cordero como una afrenta, sin percatarse de que en el fondo sólo había intención de homenaje. Los estudios recientes de recepción literaria admiten el homenaje bajo diversas formas, bien como imitación o parodia<sup>5</sup>. Don Tulio tiene claro su objetivo cuando señaló que el héroe de los molinos de viento está vivo y muy vivo, apostado en cada encrucijada del mundo; y no se le ofende ni profana sino más bien se le rinde homenaje.

### **Propósito moral y patriótico**

La traslación que hace don Tulio del famoso caballero de la triste figura viene a reafirmar lo que de soslayo se interpreta como una necesidad didáctica. Tal fue la intención de Cervantes al proyectar su fascinación sobre su época y, al mismo tiempo, ofrecer una interpretación de su contempora-

neidad. Así como Cervantes realiza una inflexión sobre su obra misma y con ella agudiza su conciencia sobre la escritura, *Don Quijote en América* coloca su punto de reflexión en la realidad americana, es decir, en las consideradas por algunos ensayos positivistas como repúblicas enfermas, que aún no superan el centenario de sus respectivas declaraciones de independencia, y se quejan de sus males y atrasos, es decir, de las llamadas enfermedades republicanas. Don Tulio modifica el patrón del desasosiego frente a su presente buscando un prototipo que altere esa conciencia de realidad. Igual que ocurre con su modelo:

Si el Quijote es la expresión del desengaño, desilusión, tristeza, melancolía o velada protesta de Cervantes, ello debiera inducir al que así lo ve a explicar a además por qué ese desengaño y esa desilusión dieron en expresarse precisamente en la risa y la burla de una invención cómica y festiva, y no en la amargura, el resentimiento y la recriminación, lo cual hubiese sido mucho más normal o común<sup>6</sup>.

Don Tulio también aplica una dosis de humor, propicia la hilarante analogía de los desafueros del personaje, el Doctor Quix y su ayudante –que no escudero– el señor d’Argamasille, en quienes, junto a los demás personajes, recrean un cuadro, a juicio del autor, criollista, que emplea la ironía contra la extravagancia y la sátira contra la prepotencia.

Febres Cordero, desde el prólogo a la segunda edición, que inserta a manera de aclaratoria, insiste en que su obra no pretende ser continuación de la cervantina, sino que procura en el sentido moral y patriótico “aplicar la crítica cervantina como correctivo de vicios y preocupaciones reinantes en lugar y época determinados”<sup>7</sup>.

Este mal que nos affige –en opinión del patriarca de las letras merideñas– es “el menosprecio de lo criollo y la servil imitación de lo extranjero; mal que no encubre bajo la capa de un progreso artificial, y que acabará por desnaturalizarnos del todo, privándonos de creencias, carácter, tradiciones,

costumbres, industrias y cuanto de antiguo forma nuestro patrimonio de raza y nuestro distintivo señorial”<sup>8</sup>.

## El juicio del tiempo

Todas las opiniones publicadas, fueron recibidas y reunidas celosamente por don Tulio. De ellas da cuenta desde el prólogo a la segunda edición de su *Don Quijote*. Sin duda que cuantitativamente son más las alabanzas y los reconocimientos positivos que los juicios severos, aunque estos muchas veces vinieron acompañados de un caballeroso tratamiento en que se reconocían las altas dotes intelectuales del autor para luego, sin embargo, hincarle un juicio negativo o altisonante.

Don Tulio no se arredra frente a este tipo de lecturas. Por el contrario, se reafirma, con modestia, pero su insistencia en explicarse, demuestra una resignada vocación didáctica. Pareciera obligado a tener que justificar permanentemente lo que hace. No tiene el talante de otros intelectuales de su época que asumían que la obra habría de defenderse sola. Por el contrario, don Tulio guarda un anhelo, el de reunir todos los juicios, publicarlos, y dejar que sean otras las voces que hablen por él. Esta edición de valoraciones y juicios críticos sobre *Don Quijote en América* cumple con ese anhelo al celebrarse un centenario de su publicación. En abril de 1906 el autor escribe:

Harto satisfechos estamos, sin embargo, del éxito alcanzado, por la buena acogida del libro entre los doctos y el público en general; y bien quisiéramos, en señal de nuestro aprecio y agradecimiento, publicar aquí los juicios honrosísimos que sobre él se han hecho dentro y fuera del país, así por la prensa como en cartas particulares, pero siendo muchos y autorizados los más por personas muy competentes en ciencias y letras, nos detiene el temor de que no se atribuyese a tal su publicación, sino a des-

quite de la tacha que hemos rebatido, o a vanidoso alarde de los aplausos prodigados a la obra, cosas muy ajenas a nuestro carácter<sup>9</sup>.

### **Saber y poder de la autoridad**

“Deseamos [que] se generalice la lectura de tan ingenioso libro, para que sus positivas enseñanzas y sus oportunas críticas produzcan el saludable efecto de corregir tantos defectos y vicios de que adolece la sociedad moderna, como frutos perniciosos de una sociedad espuria”. Así celebraban la aparición de la novela los distinguidos merideños Antonio Ignacio Picón, Federico Salas Roo, A. C. Sanz y Caracciolo Parra Picón<sup>10</sup>. De este tenor era el juicio que coincidía con los preparativos hechos por Febres Cordero para argüir a su favor que no pretendía imitar a Cervantes en lo literario, salvo en lo didáctico y moralizante.

Tempranamente llegó también el espaldarazo del General Cipriano Castro, presidente de la República, quien no sólo le agradece el envío, sino que le solicita a cuenta cien ejemplares de la obra. “Apenas he empezado a leer su producción, y sin riesgo de equivocarme, aun cuando no soy perito en la materia, le creo digna de la envidia de los que se llaman literatos”<sup>11</sup>, subraya el presidente.

La aparición de la novela fue todo un acontecimiento a juzgar por la cantidad de cartas, comentarios, hojas sueltas, reseñas de lanzada que obtiene el libro. Amén del reconocimiento o halago por las dedicatorias con que Febres Cordero hizo llegar el libro a sus colegas escritores, periodistas, redactores y particulares. A pocos días apenas de la publicación del libro, aparecen las valoraciones que abundan en paralelismos y reflejan ya los elementos que diferencian la obra de don Tulio del modelo cervantino:

Olvidado de su lanza y de su fiel rocín, monta en bicicleta, viste de turista y alimenta ideales a lo yankee. Nada conserva de su antiguo ser y hasta

su propio nombre lo trueca y deforma. Antes en ventas y por caminos, alzándose y con gentil talante la visera, publicaba su nombre y sus hazañas el andante valeroso. Y ahora no quiere que nadie sospeche su verdadero nombre. Bebe whisky y no se le acuerda para nada Dulcinea. Se dice caballero del Progreso, pronuncia impertinentes discursos y se mete definitivamente a inventor y hombre de ciencia<sup>12</sup>.

Así resume el paralelo entre las dos figuras el reconocido –y temido– Jesús Semprum desde las páginas de *El Cojo Ilustrado*. Lo que cuestiona el crítico zuliano es que Febres Cordero “por avisar la nota crítica y burlona, el autor eche a perder algunos pasajes que hubieran podido ser por completo hermosos”.

Mientras que reconoce en la obra “una caricatura, con sus consiguientes extremos cómicos”, concluye que “de todo el libro no se desprende otra cosa que la condenación de los que pretende mejorar a todo trance las condiciones de nuestra vida: bien están las cosas como están. Despojemos al doctor Quix de sus ridículas exageraciones y resultará muy apreciable frente al cacique bestial que así como lancea al tigre inverosímil del inverosímil Jardín Zoológico de Mapiche, sería capaz también de romper a pedradas los faroles públicos”.

A don Tulio lo llaman el “Cervantes venezolano”, pero no sólo porque utiliza un estilo donairoso y látigo de seda para combatir la extranjerización de nuestras costumbres, como señala Numa P. Navarro, sino por la utilidad y amenidad de su obra, que para otros, como la obra misma de Cervantes, “es una fotografía exacta de la humanidad. Esto por lo que respecta a la intención que persigue, a su acervo filosófico, que en cuanto a la buena dicción, a la sonoridad de las cláusulas y a la sublime limpieza del estilo, ya muy eminentes gramáticos la han canonizado como molde del más racional y estricto clasicismo”<sup>13</sup>.

El mismo Ignacio Martínez reconoce en Febres Cordero la notable tarea de engrandecer la Venezuela literaria, tal como lo hicieron Rafael

María Baralt y Andrés Bello. El autor ve en esta obra un ejemplo de autotonía: “La literatura en Venezuela atraviesa un período alarmante: ni la herencia que nos legaron los sabios ya nombrados, ni la gloria de Pérez Bonalde, Yépes, Guaicaipuro Pardo, Vázquez, los Calcaño y otros han sido bastante para salvarla de ese desastre espantoso que se llama *decadentismo*<sup>14</sup>.”

La comprensión de la tarea aleccionadora que le imprime el meridiano a su obra, es vista por algunos con marcado optimismo, como una presencia decisiva del elemento americano, renovador y no imitativo frente a los modelos extranjerizantes, imbuidos del ideal moderno de progreso, utopía y falsa oferta de felicidad. No sólo en la región andina el libro causó impacto, también en otras regiones del país y en la vecina Colombia, donde se acusa la recepción de la novela con notas que dan cuenta de la intensidad con la que fue leída:

Pero si bien D. Quijote conserva su valor, su nobleza, su generosidad y su locura, ya no va con las armas de los antiguos caballeros andantes, sino con las del presente siglo; ya no es el caballero de la Triste Figura sino el Caballero del Progreso, y va montado en bicicleta, con botas altas y casco, armado del compás, la brújula, y el barómetro, cometiendo graciosísimas locuras en nombre de la ciencia y del progreso. El inteligente autor prueba que evidentemente D. Quijote es un personaje de todos los países y de todos los tiempos, que su locura va con las situaciones y las épocas del mundo, y que por donde quiera se ven ahora Quijotes del progreso, descubridores del helióforo y otras cosas de la laya<sup>15</sup>.

Si bien es cierto que los ecos que el libro produce se dejan escuchar desde diversas partes del país, desde Caracas, Carúpano, Maracaibo, Trujillo, Tucupita –donde solicitan autorización para reproducir la novela por entregas en el semanario Delta Amacuro–; también es cierto que esto traduce la eficiencia con la cual Febres Cordero hacía circular el libro; se esmeraba en dedicarlo a personas e instituciones y redacciones periodísticas; pero

también procura encontrar lectores que estuvieran dispuestos a adquirir el libro, a encargar listas de posibles lectores, a procurar la colocación en venta de un determinado número de ejemplares, toda una estrategia de mercadeo que incluía la venta por anticipado de la futura reedición<sup>16</sup>.

Con un celo que más bien se trueca en prejuicio, la obra de Cervantes ha sido históricamente casi intocable para los peninsulares. Descontando el desafortunado lance de Alfonso Fernández de Avellaneda, cuyo Quijote fue repudiado por insolente –entre otros calificativos más estridentes– o los interesantes escarceos de don Miguel de Unamuno, en su célebre obra *Vida de Don Quijote y Sancho según Miguel de Cervantes Saavedra* (1905), quien llegó a conocer la novela del merideño. En América tuvo una positiva acogida el intento de Juan Montalvo, *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes. Ensayo de imitación de un libro inimitable* (1895), el cual, para algunos comentaristas de *Don Quijote en América* sirve como marco de referencias y comparaciones<sup>17</sup>. Bien se notan, en el recuento que hace el colombiano Maximiliano Grillo, las repercusiones que en el prestigio de algunos escritores ha tenido el empeño de intentar escribir como Cervantes, de imitar su estilo, de pretender reconstruir su mundo. El juicio del colombiano pasa por Montalvo, quien apenas sale bien librado, pero también transita, con menor fortuna, por las obras de Guillén de Castro, de Calderón de la Barca, de Gómez Labrador y otros que, pretendiendo el culto al manco de Lepanto, no han hecho sino profanar aquel ingenio. Ninguno sale bien librado; pero del Quijote de don Tulio dice lapidarias frases:

*Don Quijote* en las páginas del Sr. Febres parece un maniquí ridículo, un pseudo-sabio que en un pueblo de Venezuela trata de construir una máquina para conservar en la noche la luz del sol. La imaginación del caballero no trasiega por el campo del honor, desfaciendo agravios o en plática peregrina con la gloria, en un Doctor Quix, sin la maldita gracia, una caricatura irreverente<sup>18</sup>.

Muchas son las colaboraciones que se registran en los periódicos de provincia, algunas cartas al autor y hojas sueltas que acusan el recibo de la obra y discurren tímidamente mientras se niegan a asumir su intromisión en el tema o la estructura. El título de la novela parecía ser ya suficiente obstáculo por no decir reto, por cuanto, a priori, ya había una explícita acogida del referente literario e historiográfico. El personaje central, el doctor Quix y su compañero de aventuras, el inefable señor d'Argamasille son aparentemente reflejos del caballero de La Mancha y su escudero, pero no corresponden exactamente al motivo, ni representan una misión similar como personajes.

Lo que deviene juicios críticos o aproximaciones a la obra son apenas puentes discursivos que quieren tenderse para regocijarse con el autor, para reconocerle el sitial ya colmado de prestigio del cual gozaba don Tulio entre los escritores de la época<sup>19</sup>. Incluso, en tono humorístico, un reconocido escritor de la época, humorista consumado como Francisco Pimentel, Job Pim, le envía una carta haciéndole un guiño al “Cervantes” redivivo de la provincia venezolana: “Aunque no tengo la honra de conocer a Ud., sino muchos deseos de ser su amigo, voy a permitirme una franqueza: ¿tiene Ud. la seguridad de ser el autor de *Don Quijote en América?*... se lo pregunto porque, soy un tanto espiritista y, en ocasiones, al ver tal semejanza de estilo y de intención entre los dos Quijotes, he llegado a imaginar que por las regiones andinas está peregrinando el alma de Cervantes y ha escogido a Ud. para que le lleve la pluma”<sup>20</sup>.

### **Caballeros y escuderos en la defensa y el ataque**

No fue solamente don Tulio quien se ocupó de defender su obra de los ataques furibundos de algunos lectores que, precipitados unos, infundados otros, hallaron en el Quijote andino un blanco para zaherir y negar otros valores intelectuales y ciudadanos de don Tulio. No pocos escritores y perio-

distas salieron en su defensa, algunos desmontando las malas lecturas que se hacían de la obra, otros atacando los intereses mezquinos, y otros, aleccionando con valoraciones que tampoco iban en camino de insertar críticamente la obra en su espacio-tiempo. Y la defensa también provino de críticos reconocidos, que tenían fama de no prodigar elogios gratuitos, como es el caso de Gonzalo Picón Febres, a quien Pedro Romero-Garrido utiliza como escudo para defender a Febres Cordero de los ataques de un tal “N.X.”, quien había publicado en El Nuevo Diario de San Cristóbal un artículo titulado “Don Quijote en Villaseñor”, en el cual acusaba al libro de ser “mediocre en el fondo y desaliñado en la forma”. Señalaba Romero-Garrido: “Parécenos que N.X., o no ha leído o ha leído mal el libro del señor Febres Cordero; que de haber leído no estamparía ese concepto precipitado que deja dudas sobre su probidad crítica”<sup>21</sup>. Existen otros juicios que caen abiertamente en la burla, como es el caso de Víctor R. Martínez, quien se propone escribir su propia versión del Quijote, que titularía *Don Quijote en Burrópolis*. De este proyecto da cuenta en el periódico El Avance de Sabana de Mendoza, y obtiene una respuesta irónica por parte del señor V. M. Lugo Blanco, quien sale al paso con contundente gallardía para decir que esta provocación obedecía simplemente a una expresión envidiosa, la misma que había movido en Maracaibo, en la misma dirección, a un señor Alegretti.

En lo que respecta a las cartas enviadas por amigos y familiares de Tulio Febres Cordero en relación con *Don Quijote en América*, vale decir que los juicios son más sosegados. En muchos casos hay un desborde de afectividad y reconocimientos. Por tratarse quizás de comunicaciones directas, no se observa el denodado interés por desmenuzar los elementos formales, temáticos o estilísticos de la obra. Salvo en el caso de una extensa carta del Cardenal José Humberto Quintero donde explaya una serie de reconocimientos y da cuenta de una lectura cuidadosa de la obra. Aprovecha además para contradecir a Picón Febres quien en su obra *La literatura venezolana en el siglo XIX*, que apareció en 1906, justo al año de la primera edición de *Don Quijote en América*, cuestiona los aspectos ideológicos de la novela:

Gonzalo Picón-Febres en la crítica, a mi parecer demasiado severa, que en su obra *La Literatura Venezolana en el siglo XIX* hace de *Don Quijote en América*, afirma que no bastaba la casa *yanquizada* de Don Manuel para influir en el cambio de costumbres de San Isidro y que, por consiguiente, las corrientes sociales contrapuestas no estaban bien reflejadas. Con el perdón y la reverencia debidos a tan alto literato, me atrevo a hacer notar que el eminente crítico no pasó quizás mientes por una parte en la novelaría de nuestro pueblo y en su espíritu de imitación que lo lleva a seguir siempre lo exótico, lo cual si en el momento no produce la desintegración de las costumbres, porque ésta es obra de tiempo, puede traerla a la posta, dado que a fuerza de imitar llega a convertirse en natural y propio lo que al principio era artificial y postizo, como sucedería ciertamente en el ilustre orador mismo con parte de su acción y gesto tribunicios y como a cada paso lo confirma, aún en nimiedades, la experiencia<sup>22</sup>.

Muchos otros podrían ser buenos ejemplos de cómo la obra fue recibida en su momento; cómo la recepción crítica osciló entre comprensivas lecturas –para algunos homenaje o divertimento– y encarnizadas defensas del modelo cervantino, sospechosamente hispanófilas, y apegadas a la norma realista que no comprendió que la ficción siempre escapa a toda prueba de verdad. Cien años después tenemos este libro cargado de nuevos sentidos, renovado en su manera de interpretar –como decía Unamuno– la verdad cervantina. Bien dice el narrador de este Quijote del Nuevo Mundo, “de todo ha de verse en el plan y redacción de los modernos libros de la caballería del Progreso, que deben de ser, por la naturaleza del asunto y circunstancias de lugar y tiempo, muy otros de los que se escribieron en la pasada edad sobre la caballería del honor y de las armas”.

## Criterio de esta edición

Esta presentación sigue de manera progresiva el orden como se han organizado los materiales reunidos en el presente volumen. En primer lugar, todos los artículos, testimonios, acuses de recibo, hojas sueltas y textos críticos, fueron tomados del álbum de recortes que minuciosamente coleccionó Tulio Febres Cordero, quien registró cronológicamente su publicación y adecuó los recortes al tamaño del “cuaderno” que le sirvió de soporte<sup>23</sup>. En ese sentido, los datos apuntados al pie de cada texto corresponden a las anotaciones del mismo Febres Cordero.

En segundo lugar, se han añadido textos que fueron mencionados en cartas, artículos y otros documentos, la mayoría publicados en periódicos y revistas nacionales. En tercer lugar, se incluye una serie de cartas de familiares, amigos y admiradores que contienen datos, valoraciones o menciones de *Don Quijote en América*. Finalmente se incluye un apartado de singular valor historiográfico. El mismo recoge la correspondencia cruzada por Febres Cordero y Julio A. Bustamante, quien se convirtió en intermediario de una posible edición de la obra en inglés, traducida, como se da fe, por Octavio Alberto Montell. La misma no llegó a publicarse debido, probablemente, a las exigencias que el traductor fue incorporando, y que tenían que ver no sólo con aspectos formales de la obra o equivalencia de vocablos, sino con algunos de sus planteamientos ideológicos, donde hay cuestionamientos al estilo de vida estadounidense, frases irónicas y juegos de palabras que el señor Montell le sugería alterar, atribuyéndoselos a Europa.

Por supuesto que esto significaba prácticamente escribir otra novela ajustada a los intereses del futuro público lector, y más aún, que la obra traducida lograra vencer la censura. El traductor sugería, por ejemplo, “que sería bueno que se omitiese todo lo que se refiere a “New York” y a los “yankees” en varias de las páginas del libro. En la página 319 hay un pasaje que se refiere directamente a este país, que hay que quitar, y en cambio, susti-

tuirlo por otro que exalte a los Estados Unidos, para que cause mayor impresión en el ánimo de los “americanos” y resulte el libro un éxito completo”<sup>24</sup>.

El señor Julio A. Bustamante mantuvo con entusiasmo la idea de que la novela fuese traducida y editada en Estados Unidos. Su papel como intermediario no logra permear la prisa del traductor, el señor Montell, quien insiste en varias cartas en que don Tulio realice una serie de “ajustes”, que nada tenían que ver con la orientación original de la novela. De este cruce de mensajes y peticiones sobrevino un significativo silencio por parte del merideño, quien, no obstante, ya había escrito el documento que a manera de contrato, establecía el convenimiento de la edición. El silencio de don Tulio es elocuente, pronto comprendió que los cambios solicitados no tenían sentido y que la obra traducida no llegaría a publicarse.

**Gregory Zambrano**

Mérida, 2005

- <sup>1</sup> Tulio Febres Cordero, *Don Quijote en América o sea la cuarta salida del ingenioso hidalgo de La Mancha*, en *Obras Completas*, Caracas, Antares, 1960, Tomo V, p. 6.
- <sup>2</sup> Don Tulio también editó un folleto que lleva por título *Carta crítica sobre D. Quijote en América escrita por Pedro Fortoul Hurtado y contestación del autor*, Mérida, Venezuela, Tip. de El Lápiz, 1907.
- <sup>3</sup> La carta crítica de Pedro Fortoul Hurtado se recoge igualmente en Tulio Febres Cordero, *Don Quijote en América o sea la cuarta salida del ingenioso hidalgo de La Mancha*, en *Obras Completas*, Tomo V, pp. 8-9.
- <sup>4</sup> Véase la nota de Manuel Rodríguez Chiari, titulada “D. Quijote en América”.
- <sup>5</sup> Según Gérard Genette, se conoce como *parodia* el régimen satírico de la imitación mientras que el homenaje es el régimen no satírico de la imitación, que apenas puede permanecer neutro y al que no le queda más elección que la burla o la referencia admirativa. Véase al respecto *Palimpsestos. La literatura en segundo grado*, trad., de Celia Fernández Prieto, Madrid, Taurus, 1989, pp. 118-119.
- <sup>6</sup> Luis Andrés Murillo, “Introducción” a Miguel de Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha*, 5ta. ed., Madrid, Clásicos Castalia, 1978, Tomo I, p. 13.
- <sup>7</sup> Febres Cordero, *Obras Completas*, Tomo V, p. 19.
- <sup>8</sup> *Ibíd.*, p. 20.
- <sup>9</sup> Febres Cordero, “Aclaración” (Prólogo a la segunda edición), en *Obras Completas*, Tomo V, p. 20.
- <sup>10</sup> Véase la hoja suelta titulada “Felicitación”, Tip. León XIII, Mérida, 4 de julio de 1905.
- <sup>11</sup> Véase “Honroso telegrama”, fechado el 23 de Julio de 1905. Sobre el tema de la envidia, varios son los testimonios con que algunos escritores defienden a don Tulio. Por ejemplo, este de Lisandro Acosta Canales, titulado “De aquí y de allá”: “Lamentamos que la estrechez de las columnas de nuestro semanario no nos permita honrarlas con la reproducción del artículo del Doctor Bustillos; pero sí le decimos desde acá, al justiciero y galano escritor trujillano, que nos adherimos de todo corazón a su juicio emitido sobre la obra de Tulio, porque con ese juicio, además de rendirle culto a la verdad, complace a los admiradores del afortunado autor de *Don Quijote en América*, que somos muchos, y le grita: ¡alto ahí! a los que, por envidia, o por

cualquiera otra pasión innoble, miran de reojo todo aquello que su escaso intelecto no puede producir”. Véanse también los dos textos titulados “Don Quijote en Burrópolis”.

<sup>12</sup> Jesús Semprum, Bibliografía: Tulio Febres Cordero, “*Don Quijote en América o sea la cuarta salida del ingenioso Hidalgo de La Mancha*”, Mérida, Venezuela, 1905, En: *El Cojo Ilustrado*, Año XIV, núm. 327, 1905 (ago. 1) pp. 497-498.

<sup>13</sup> Véase el texto de Ignacio Martínez, titulado *Don Quijote en América*, publicado en *El Castillo*, Valera, Septiembre de 1905.

<sup>14</sup> Sobre el tema del decadentismo, Juan P. Bustillos, publica un largo artículo valorativo que, entre otras precisiones, diferencia a las escuelas en boga, el modernismo y el decadentismo. Véase “Un nuevo libro en Los Andes”, publicado en *El progreso*, Valera, septiembre de 1905. Sobre el tema, también la carta de José Humberto Quintero, fechada en Roma, el 12 de marzo de 1924 y publicada en *El Diario*, Carora, 28 de abril de 1924, Año VI, núm.1387, pp.1, 3.

<sup>15</sup> Véase A. León Gómez, *Don Quijote en América, Sur-América*, Bogotá.

<sup>16</sup> Véase la carta de Luis Febres Cordero, fechada en Cúcuta, el 22 de septiembre de 1906.

<sup>17</sup> Un buen recuento del impacto que la obra de Cervantes tuvo en Venezuela y en las provincias hispanoamericanas puede encontrarse en el estudio de Guillermo Morón, “El Quijote en Venezuela”, publicado como prólogo a la edición de *El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha*, que en 1992 hiciera la Academia Nacional de la Historia, pp. IX-XXX.

<sup>18</sup> Maximiliano Grillo, *Don Quijote en América*, en *El Correo Nacional*, Bogotá, Febrero 20 de 1906.

<sup>19</sup> Véase como ejemplo el artículo de José Arnau Francés, redactor de *El Mundial*, diario de Valencia, que culmina con las siguientes apreciaciones: “Cuando murió Don Benito Pérez Galdós fue opinión de ese artífice del idioma que se conoce en el mundo de las letras con el nombre de Don Antonio Zozaya, que la pretensión de criticar la obra del gran escritor hispano era empresa superior a la inteligencia humana. Tal nos ocurre a nosotros al terminar la lectura de *Don Quijote en América*, la obra máxima del excelente escritor merideño Don Tulio Febres Cordero; sentimos por un lado la atracción del asunto y de otro el temor de que se nos tache de pretenciosos, por haber emprendido una tarea muy superior a nuestras fuerzas. Es

por eso que hacemos la oportuna salvedad. Estas líneas sólo son las impresiones sinceras de un lector enamorado de nuestro idioma, jamás un juicio crítico”, Valencia, Noviembre de 1931.

<sup>20</sup> Francisco Pimentel, carta fechada en Caracas, el 25 de abril de 1907.

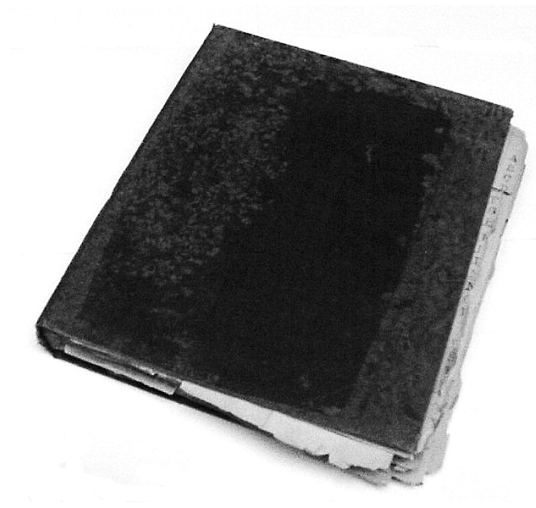
<sup>21</sup> Véase el artículo de Pedro Romero-Garrido, titulado “Don Quijote en Villaseñor”, fechado en julio de 1931.

<sup>22</sup> Véase la carta de José Humberto Quintero, fechada en Roma, el 12 de marzo de 1924 y publicada en *El Diario*, Carora, 28 de abril de 1924. Año VI, núm. 1387, pp.1, 3.

<sup>23</sup> Se trata de un cuaderno de 23 x 30 cms. especialmente diseñado como *news-paper cutting*.

<sup>24</sup> Véase la carta de Octavio Alberto Montell, fechada el 17 de febrero de 1925.

“Juicios varios sobre la obra  
Don Quijote en América o sea la cuarta salida  
del ingenioso Hidalgo de La Mancha”



(Recortes de periódicos)



## **FELICITACIÓN**

Nuestro muy querido amigo y compatriota, el ilustrado doctor Tulio Febres Cordero acaba de poner brillantísimo sello a su grande y muy merecida reputación literaria con la publicación de su nueva e importantísima obra “Don Quijote en América”: su lectura nos ha deleitado y nos llena de noble orgullo patrio.

No pretendemos ni debemos decir que ha logrado imitar exactamente al inimitable Cervantes, porque podría reputarse de hipérbole atribuible a simpatías y paisanaje.

Pero sí nos atrevemos a recomendar instantemente la lectura de tan interesante obra, satisfechos de que todos encontrarán en ellas bellezas literarias, estilo culto y castizo, mucha amenidad, enseñanzas muy útiles, críticas muy justas y oportunas y gran fondo de moralidad; y, por sobre todo esto, indiscutiblemente gran honra para Mérida

Por esto consideramos que todos los merideños debemos comprar tan interesante y útil obra, por deber de patriotismo, por propia satisfacción y como un merecido estímulo al erudito y afortunado autor, pues sin este apoyo material no es posible que ese árbol frondoso de nuestra literatura siga publicando sus muchos y bien sazonados frutos.

Deseamos también que se generalice la lectura de tan ingenioso libro, para que sus positivas enseñanzas y sus oportunas críticas produzcan el saludable efectos de corregir tantos defectos y vicios de que adolece la sociedad moderna, como frutos perniciosos de una civilización espúrea.

Felicitamos muy cordialmente al autor de “Don Quijote en América” y le deseamos el más brillante éxito así en lo intelectual como en lo material.

Mérida 4 de julio de 1905

**A.I. Picón**

**Federico Salas Roo**

**Caracciolo Parra Picón**

**A.C. Sanz**

Mérida Tip. León XIII

**DON QUIJOTE EN AMÉRICA**  
**O SEA LA CUARTA SALIDA DEL INGENIOSO HIDALGO DE LA MANCHA**

Es el título de la nueva obra que el Dr. Tulio Febres Cordero, acaba de publicar e imprimir nítidamente en los Talleres de la Tipografía de El Lápiz, y de la cual ha tenido la fineza de obsequiarnos con un ejemplar; ello bien confirma la opinión de que su autor es uno de nuestros literatos que más sobresalen sobre el común de escritores venezolanos. Sus brillantes páginas, hacen honor a la literatura regional; por la riqueza de sus ideas, la belleza de la forma, las imágenes originales y sobre todo por la seducción de su estilo.

Al dar nuestra sincera felicitación al amigo D. Tulio por su ingeniosa obra, le quedamos agradecido por tan famoso obsequio.

Dr. J.P. Franco Lizardo

La Botica

## **HONROSO TELEGRAMA**

Por motivo de la alta honra que el Sr. General Cipriano Castro hace en un telegrama a nuestro amigo el Sr. Doctor Tulio Febres Cordero, al hablarle del recibo de su obrita “Don Quijote en América” hemos exigido al Dr. Febres Cordero el telegrama del General Castro y su contestación, para hacerlos conocer del público y que se vea que el Gral. Castro está pendiente no sólo de todo aquello que pueda constituir un adelanto para la sociedad en las manifestaciones del progreso material, sino que premia los esfuerzos de la inteligencia y aplaude los triunfos de los pensadores que se dedican a levantar con algo bueno y nuevo el espíritu de las letras patrias.

Léanse los telegramas en referencia:

Telégrafo Nacional. De Maracay el 23 de Julio de 1905. Las 7hs. 4 a.m.

Recibido en Mérida a las hs. 30 ms. a.m.

Señor Tulio Febres Cordero

Recibí el Quijote en América, a sea la cuarta salida del Ingenioso Hidalgo de la Mancha, que Ud. tuvo la bondad de dedicarme, por lo cual le doy las gracias. Sírvase enviarme por correo, a por otra oportunidad segura cien [100] ejemplares de dicha obra, avisándome a la vez su valor y dónde y a quién quiere Ud. que se haga el pago.

Apenas he empezado a leer su producción, y sin riesgo de equivocarme, aun cuando no soy perito en la materia, la creo digna de la envidia de los que se llaman literatos.

Su amigo,

**Cipriano Castro**

Mérida, 23 de Julio de 1905

## **Benemérito General Cipriano Castro**

Caracas

He recibido su honrosísimo telegrama, brillante testimonio de la protección que brinda usted a las letras patrias.

El juicio favorable de usted sobre *Don Quijote en América*, humilde obra que escribí al calor de un sentimiento muy puro de amor a Hispano-América, viene a ser un gran triunfo para el autor, no menos que una prueba más del alto y trascendente espíritu de acendrado americanismo de que ha dado usted tan valiente y ruidoso ejemplo ante el mundo entero.

Oportunamente quedarán satisfechos sus generosos deseos de obtener cien ejemplares de dicha obra.

Su respetuoso y agradecido amigo,

**Tulio Febres Cordero**

Colaborador Andino

Mérida, Año 6, N° 159. 28 de julio de 1905

**Nota:** Estos telegramas fueron traducidos al francés y publicados en la *Revue Américaine*

## FLATTEAUSE DÉPÊCHE

Sous ce titre, nous lisons dans le *Colaborador Andino*:

Au sujet du témoignage flatteur fait par le télégramme de M. le général Cipriano Castro à notre ami, M. Le docteur Tulio Febres Cordero, pour lui accuser réception de la brochure: *Don Quichotte en Amérique*, nous avons demandé au docteur Febres Cordero la dépêche du général Castro et sa réponse pour les faire connaître au public et pour montrer que le général Castro est rempli de sollicitude non seulement pour tout ce qui Peut constituer un avantage pour la société dans les manifestations du progrès matériel, mais qu'il discerne les efforts de l'intelligence et encourage les succès des penseurs qui s'adonnent au développement de notre culture littéraire vers le sens de la vérité et du progrès.

Voici les dépêches en question:

M. Tulio Febres Cordero,

J'ai reçu le *Don Quichotte en Amérique*, ou le Quatrième voyage de l'original Chevalier de la Manche, que vous avez eu l'obligeance de me dédier; ce dont je vous remercie. Veuillez m'envoyer, par la poste ou par une autre voie certaine, cent (100) exemplaires de cet ouvrage, en m'avisant en même temps de leur valeur, où et à qui vous désirez que se fasse le paiement.

J'ai commencé à peine de lire votre livre et sans crainte de me tromper, bien que je ne sois pas expert en la matière, je l'estime digne d'exciter l'envie de ceux qui s'intitulent gens de lettres.

Bien votre,

Cipriano Castro

## **“A l’insigne général Cipriano Castro**

*Caracas*

“ J’ai reçu votre très flatteur télégramme, précieux témoignage de la protection que vous accordez à la littérature nationale.

Votre jugement favorable sur le *Don Quichotte en Amérique*, modeste livre que j’écrivis sous l’enthousiasme d’un sentiment d’attachement envers l’Amérique espagnole, constitue un grand succès pour l’auteur, non moins qu’une preuve nouvelle de l’esprit élevé et décide d’américanisme épuré don vous avez donné tant de valeureux et brillants exemples devant l’univers entier.

Votre gracieux decir de posséder cent exemplaires de cette œuvre promptement satisfait.

Votre bien respectueux et reconnaissant,

**Tulio Febres Cordero**

La Revue Américaine

A. Pietri-Daudet





## SUETOS EDITORIALES

### BIBLIOGRAFÍA

Ha traído al público amante de la literatura amena un volumen, interesante por muchas razones, el señor Tulio Febres Cordero, escritor merideño, ventajosamente conocido por su carácter discreto, estilo llano y hermoso, ideas moralizadoras, fantasía de fecundo poeta y aquel sabio don del gobierno en la frase culta, sabrosa a castellano viejo y a los tomillos de Alcarria o mejor dicho, del manchego campo, que huelen tanto en nuestras escogidas producciones. Titúlase este libro: *Don Quijote en América* a sea “*la cuarta salida del ingenioso hidalgo de la Mancha*.”

No cuarta salida sino reaparición, a resurrección parécenos la de este Caballero de la Triste Figura, pues tomándole en el sepulcro don Tulio Febres Cordero, le inspira nueva existencia, le saca a nueva vida, le trae a nuestros prosaicos tiempos, le hace cambiar de nombre, de locura, de propósito, de estilo, de carácter y le pone en Tierra firme tan mudado y otro del que Cervantes nos dio a conocer desde aquel sitio donde toda incomodidad tiene su asiento, que ni el barbero, ni Sansón Carrasco, ni la sobrina la dueña, a vivir ahora, le hubieran reconocido.

¿Para qué el americano autor quiso resucitar en su libro al famoso hidalgo?

No necesitaba acudir a figura tan saliente en la literatura española para ofrecernos un *Doctor Quix*, que tuviese sus puntas de buen juicio, discreteos de alucinado, lunares de locura y otros defectos capaces de establecer antítesis marcada con las corrientes ideas y los usos del día. Por otra parte, entretenida es la novela gracias al argumento, a los tipos modernos que expone y al fácil desempeño del narrador. ¿Por qué no quiso, sin pedirle adornos a Cervantes, escribimos el autor merideño su obra nacional, en buen estilo, como suyo, y con los personajes que ha imaginado su rica fantasía? No podemos comprenderlo.

Aplaudimos del libro discreto, el sano propósito y felicitamos al autor que en tantos aciertos ha dominando las dificultades que se le ofre-

cían. Agradecemos la dedicatoria en el ejemplar con que ha querido honrarnos el autor y esperamos en otra empresa aplaudirle como merece tan deservido prosista.

Juan de Dios Méndez, hijo

La Semana

Caracas, año 5, mes 4, 15 de agosto de 1905. pp. 511-512

### **BIBLIOGRAFÍA: TULLIO FEBRES CORDERO**

DON QUIJOTE EN AMÉRICA O SEA LA CUARTA SALIDA  
DEL INGENIOSO HIDALGO DE LA MANCHA

Con motivo del centenario de la publicación de El Quijote, todo lo relativo al héroe y al autor de la obra maestra de la literatura castellana adquirió un intenso viso de actualidad. Los diarios y las revistas se anegaron en artículos y crónicas alusivas a la famosa novela y todo escritor se creyó en el deber de dedicar una flor de su pensamiento al bueno y heroico Alonso Quijano. Parece que todos, cual movidos por solo y fuerte impulso espiritual, hubieran convertidos los ojos hacia la figura escuálida y épica del manchego, como los descendientes, en hora sin ventura, convierten el corazón hacia la memoria del abuelo, lleno de gloria.

Éste de Febres Cordero no es Don Quijote el de Argamasilla de la Mancha. No anda por el mundo buscando entuertos que enderezar, ni agravios que deshacer.

Más puntos de semejanza tiene con el taracónés Tartarín que con el noble señor de la Triste Figura. Olvidado de su lanza y de su fiel rocín, monta en bicicleta, viste de turista y alimenta ideales a lo *yankee*. Nada conserva de su antiguo ser y hasta su propio nombre lo trueca y deforma.

Antes en ventas y por caminos, alzándose y con gentil talante la visera, publicaba su nombre y sus hazañas el andante valeroso. Y ahora no quiere que nadie sospeche su verdadero nombre. Bebe whisky y no se acuerda para nada de Dulcinea. Se dice caballero del Progreso, pronuncia impertinentes discursos y se mete definitivamente a inventor y hombre de ciencia.

La que traza Febres Cordero es una caricatura, con sus consiguientes extremos cómicos. El doctor Quix, asilado en unos de nuestros puebluchos del interior, oscuro y triste, animado de su manía progresista y civilizadora, comete unas cuantas necedades y aun arrastra a cometerlos a algunos paisanos, de seguro no muy cuerdos. Sancho aparece también aquí transformado: ha perdido el don de verter donaires y se conduce como infiel palurdo, sin más adornos que la gula y el miedo.

El autor intentó escribir una sátira, sin duda, ¿contra qué y contra quiénes? De todo el libro no se desprende otra cosa que la condenación de los que pretende mejorar a todo trance las condiciones de nuestra vida: bien están las cosas como están. Despojemos al doctor Quix de sus ridículas exageraciones y resultará muy apreciable frente al cacique bestial que así como lancea al tigre inverosímil del inverosímil Jardín Zoológico de Mapiche, sería capaz también de romper a pedradas los faroles públicos.

Lo que sí tiene mérito y belleza en el libro de Febres Cordero es la descripción de tipos y costumbres del terruño, en lo que ayuda a triunfar la soltura de su estilo impregnado de naturalidad. Hay episodios urdidos con gracia y algunos caracteres delineados hábilmente, y es de lamentarse que por avisar la nota crítica y burlona, el autor eche a perder algunos pasajes que hubieran podido ser por completo hermosos.

**Jesús Semprum**

El Cojo Ilustrado. Año XIV, N° 327

1905 ago. 1. pp. 497-498

**BARTOLOMÉ NUCETE - MIGUEL UZCÁTEGUI B.**

Le enviamos las más cumplidas gracias a nuestro querido e ilustrado amigo señor doctor Tulio Febres Cordero, por el envío de su obra “Don Quijote en América.” Nosotros no somos persona competente para juzgar del mérito de la obra de Tulio: sólo podemos decir, que leyéndola, hemos leído a más no poder, y hemos meditado. En seguida de una página en la cual se relata con ingenio una aventura del *Caballero del progreso*, viene otra, en que el lector tiene que inclinar la cerviz, en señal de anonadamiento, por la severidad de la enseñanza que contiene. Los hombres ilustrados, estamos bien seguros de ello, abrumarán a Tulio con ruidosos aplausos, y nosotros gozaremos con la ovación que se le tribute al Cervantes venezolano.

Mérida, 1905

**LISANDRO ACOSTA CANALES**

Doctor Tulio Febres Cordero

Con una nueva obra nos ha sorprendido este ilustrado y ameno escritor andino; se titula ella: *Don Quijote en América a sea la cuarta salida del ingenioso Hidalgo de la Mancha*. Aun no hemos tenido tiempo de gustar su contenido, pero el asunto de que trata y la pluma, varias veces laureada, de su autor, nos garantiza ser el nuevo libro del Dr. Febres Cordero, tan interesante como instructivo. Por el galante recuerdo con que nos favorece el literato amigo, le damos las más cumplidas gracias.

Rubio, Táchira, 1905

## NUMA P. NAVARRO

Don Quijote en América. En elegante edición salida de las prensas de El Lápiz de Mérida, hemos leído la obra del doctor Tulio Febres Cordero, que lleva el título de *Don Quijote en América*. Es un libro que viene a llenar un vacío en las sociedades hispano-americanas: en estilo donairoso y con látigo de seda combate la extranjerización de nuestras costumbres, y se adivina al través de su crítica justiciera, al observador culto y sagaz, hecho a los problemas de lo que pudiéramos llamar psicología etnológica.

Don Quijote se presenta en él, no el gallardo Caballero Andante de antaño, dispuesto a enderezar entuertos y deshacer agravios: (se ha puesto una x en el apellido –llámase el Doctor Quix– lo mismo que Sancho, quien ha afrancesado el suyo, se llama el Señor d'Argamasille.) Viene ahora imbuido el Hidalgo del espíritu privativo del siglo, condecorado paladín de la famosa orden del Progreso, renovándolo y reformándolo todo, desechando lo viejo por ser viejo, e introduciendo lo nuevo por ser nuevo. Vicio es éste de nuestras modernas sociedades, tocadas de ese exagerado extranjerismo, que al fin va a romper hasta con el venero histórico de nuestras glorias.

Felicitemos calurosamente al autor que ha enriquecido las letras venezolanas con un libro precioso, de recreo enseñador para los entendidos y de saludables lecciones para los indoctos.

Entendemos que habiéndose agotado la primera edición, el autor piensa en hacer una segunda, que saldrá de los acreditados talleres de El Cojo Ilustrado de Caracas, noticia que gustosos comunicamos a nuestros lectores, pues aquí ha sido muy solicitada su lectura.

Mérida, 1905

## **DON QUIJOTE EN AMÉRICA**

“Don Quijote en América”. Aventura tenemos, Sancho amigo. De la tipografía de El Lápiz, de Mérida, se nos presenta el libro que lleva por nombre el título de este aviso de recibo, y parécenos que relata la obra ésta la cuarta salida del ingenioso hidalgo de la Mancha pero como la súplica primera de la advertencia que al lector hace el autor, es la de que no juzgue el libro sólo por su título, sino que antes lo lea desde el principio hasta el fin; a ello vamos ahora con la buena voluntad a que nos dispone el nombre del autor.

Croquis y Esbozos

Cúcuta, 1905

## **DON QUIJOTE EN AMÉRICA**

“Don Quijote en América”.

Así se titula la última producción literaria de nuestro amigo y colega señor doctor Tulio Febres Cordero, quien ha tenido la galantería de obsequiarnos con un ejemplar de su folleto en el cual estampa para nosotros afectuosa dedicatoria autógrafa.

De 306 páginas esmeradamente impresas en la tipografía de “El Lápiz”, consta esta nueva obra, la que nos ha proporcionado ratos de solaz con su interesante lectura, que viene a poner una vez más de manifiesto los talentos de su autor y la originalidad con que escribe.

Profanos nosotros en achaques de literatura, no es nuestro ánimo juzgar este libro que está muy por encima de nuestras humildes aptitudes intelectuales, ni mucho menos emitir un juicio que por las razones apuntadas tendría que ser aventurado; pero si se nos pidiese una reservada opinión de los méritos de “Don Quijote en América”, desde luego le sería ésta favorable.

Porque sí podemos asegurar que hemos leído con sumo agrado aquellas páginas en las cuales se dan la mano el chiste, la sana crítica, el ingenioso epigrama y la sátira de buen gusto.

Por lo demás, escrito sin pretensiones que prevengan en su contra, “este Quijote, aunque el mismo de Cervantes en espíritu y en verdad, es muy otro en cuanto a la manera de manifestarse. No lo hallarás armado de pies a cabeza y caballero en Rocinante, buscando aventuras por los caminos y haciendo jurar a los vencidos por la sin par hermosura de su Dulcinea. Nada de eso: ahora va por otros caminos y con otros pensamientos.”

En resumen, también el autor lo deja dicho: “allí hallarás lo sobrenatural y fantástico en un caso raro de hipnotismo que en otros tiempos habría sido calificado de encantamiento; y lo real y tangible, en cuadros de costumbres descritos al natural, pero realismo honesto, muy diferente de ese otro realismo, que por desdicha campea en los cuentos y novelas de la época, que más sirve para despertar a enardecer las pasiones, que para reprimirlas a moderarlas.”

Agradecemos al estimable colega su valioso obsequio y crea que lo conservaremos en el número de nuestros libros más queridos.

**E. Porras**

El Noticiero

Caracas



## DON QUIJOTE EN AMÉRICA

“Don Quijote en América”

El distinguido literato venezolano doctor Tulio Febres Cordero, ha ratificado la extensa y merecida fama de que goza dentro y fuera del país, como ingenioso y atildado escritor, enriqueciendo la bibliografía nacional con un nuevo libro suyo que lleva por título el mismo de este suelto.

Ha tenido el inteligente autor la galantería de dedicarnos un ejemplar de su obra; y por ella le damos muy rendidas gracias, felicitándole al mismo tiempo por la muy favorable acogida que ha encontrado en el público su nueva producción.

Ecós del Zulia

Zulia, 1905

## DON QUIJOTE EN AMÉRICA

Don Quijote en América.

Hemos recibido esta importante obra con que su autor, el gran literato de Venezuela doctor Tulio Febres Cordero, nos ha obsequiado. No somos los llamados a juzgar los méritos de la obra novísima del insigne merideño; pero es la verdad, y debe decirse, que ella ocupará uno de los primeros puestos en nuestra literatura, además de que servirá de freno a tantos de nuestros *quijotismos americanos*.

Creemos, y tal vez no estemos mal fundados, que “Don Quijote en América,” como pieza literaria, vendrá a encauzar, o a marcarle rumbo a la actual literatura, literatura que necesita ser restaurada de su marcado decadentismo, que es un verdadero desastre.

Damos las gracias por el envío, y felicitamos muy de veras al autor, y asistimos con placer, aunque a distancia, a la gran onda de aplausos que correrá por América y España en celebración de su nuevo triunfo.

**E. López Rivas**

El Fonógrafo

Zulia, 1905

### **DON QUIJOTE EN AMÉRICA**

D. Quijote en América por Tulio Febres Cordero. Hemos leído este libro que no desdice del escrito por el inmortal Cervantes. Invención, buen plan, estilo correcto, crítica de los vicios principales que nos aquejan en lo moral, intelectual y político, hay en este libro recomendable. El Quijote es el mismísimo del ilustre Manco: pero revestido con la indumentaria de la época, y ataviado con todos los arreos de incredulidad, materialismo, y peregrinos resabios de lo que se ha llamado la civilización moderna. Las mismas locuras del ingenioso Hidalgo metamorfoseadas en otras todavía más peregrinas, por obra y gracia del progreso.

No estamos llamados a hacer el juicio crítico de esta obra; pero creemos que Dn. Tulio ha escrito un libro útil.

**L.E. Contreras - A. Ibarra**

Sin referencia hemerográfica

Entre 1905-1906

## **POMPEYO A. OLIVA**

### Don Quijote en América

Este libro nació, no en el estrecho recinto de un cautivo español, víctima de la vieja consigna “por mi Dios y por mi Rey”, sino en las frías cumbres de Los Andes, donde es el aire puro, grande la libertad y fecundo y espontáneo el ingenio.

La obra de Cervantes, intitulada “El Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha,” es inmortal; escrita ha muchos siglos, se amolda aun a las épocas actuales y se amoldará a las venideras, porque es una fotografía exacta de la humanidad. Esto por lo que respecta a la intención que persigue a su acervo filosófico, que en cuanto a la buena dicción, a la sonoridad de las cláusulas y a la sublime limpieza del estilo, ya muy eminentes gramáticos la han canonizado como molde del más racional y estricto clacisismo.

A primera vista, solamente el título de la obra del doctor Febres Cordero constituye una solemne pretensión, y no habrá faltado quien de tal tilde al correcto escritor merideño, porque a pesar de ser ley de la humanidad su constante evolucionar en pos de la perfección, cunde entre nosotros el raro prurito de mirar como inimitable la obra de los que nos han precedido.

Yo no pertenezco al número de los que creen así: tengo fe en el progreso y miro a la humanidad subiendo una a una las gradas de su perfección moral e intelectual. Yo no creo que el talento es patrimonio de una casta determinada; él surge con el mismo ímpetu en las populosas ciudades de Europa que en las humildes aldeas de la América.

Por eso la tarea del doctor Febres Cordero, literato ventajosamente conocido dentro y fuera del país, revela mucha laboriosidad y muchos nobilísimos deseos de levantar a la Venezuela literaria a la misma grande altura a que la levantaron, ha muchos años, el académico Baralt y el sabio don Andrés Bello.

La literatura en Venezuela atraviesa un período alarmante: ni la herencia que nos legaron los sabios ya nombrados, ni la gloria de Pérez Bonalde, Yepes, Guaicaipuro, Pardo, Vázquez, los Calcaños y otros, ha sido bastante para salvarla de ese desastre espantoso que se llama *decadentismo*.

No pertenece el doctor Febres Cordero al número de los decadentes, antes bien, en su libro, que es de una causticidad poco común, ridiculiza a uno de esos peregrinos amantes de una literatura que tiene para ellos el raro mérito de ser de procedencia extranjera y dar abrigo a toda clase de absurdos y despropósitos.

Encantados, que no muertos, don Quijote y Sancho Panza en la cueva del gran Montesinos, salieron de ella al toque magno del sabio encantador llamado Progreso, y merced a los buenos, aunque no desinteresados oficios, del asustadizo pastorcillo de los célebres campos de Montiel. Y fue el primer pensamiento del generoso hijo de La Mancha, despojarse de sus antiguos honrosos títulos de enderezador de entuertos, deshacedor de agravios y amparo de huérfanos y viudas, para arrogarse el moderno y pomposo de Campeón del Progreso.

Y como era natural, dirigió sus miradas a la virgen América y a ella enderezó sus pasos, no con propósitos de lucro cual es moneda corriente en casi todos los extranjeros, sino con la saludable intención de zambullirnos en la piscina de la civilización europea y verificar por ende la redención de nuestro tradicional salvajismo.

Fue don Quijote en América, a mejor el doctor Quix, que tal era su nuevo nombre, ni más ni menos que un sabio: sus palabras y procedimientos dejaban boquiabierta a los pobladores de estos villorrios, y si no hubiera acertado a embarcarse en la barquilla de un globo aerostático, al fin, y muy a pesar de su moderna sapiencia, habría sido la mayor calamidad conocida en América desde la época de su descubrimiento, pues era por cuenta del erario público como satisfacía sus necesidades.

Figura además en el libro un personaje nombrado Policarpo, quien llegado de New York e imbuido por ende en los novísimo adelantos del gran Mundo, hallaba aceptables cuantos disparates forjara el calenturiento cerebro del honorable doctor Quix, y así, éste y su admirador constituyen los dos polos del eje alrededor del cual gira la culta crítica del talentoso doctor Febres Cordero.

Tal es, en resumen, el argumento de este libro que nada arguye contra las ideas que en cuanto a civilización pueda abrigar el doctor Febres Cor-

dero, pues los americanos del Sur no miramos con ojeriza la cultura europea, ni damos a nuestras patriarcales costumbres un puesto que no les corresponde, antes bien, creemos que poco a poco y al igual de todos los países, nos despojaremos de todo cuanto tenga resabios de barbarie; pero no a saltos como suelen pretenderlo algunos de allende el atlántico que vienen a la América creyendo encontrarnos armados de flecha y luciendo plumas de papagayo.

Corre también en el libro una leyenda amorosa que, lejos de parecer desagradable por exótica, da amenidad al relato, tierna y sencilla pone de manifiesto la ternura con que sabemos amarnos los americanos. Así como en el seno de nuestra exuberante y pródiga naturaleza crece el ceibo altanero y la corpulenta encina sin que el labrador abone el surco de la tierra, así el amor nace del choque de dos miradas y crece como un gigante ante la perspectiva de gratos y halagadores deliquios en la humilde santidad del hogar.

Galano, atildado y con mucha frecuencia brillante, exhibe su estilo el doctor Febres Cordero y nadie sentirá hastío cuando acabada la lectura de la última página, caiga de las manos este libro, modelo alentador de una grande laboriosidad puesta al servicio de un fin nobilísimo y de una levantada intelectualidad.

Y mientras la caravana del *Decadentismo* atraviesa en famélicas cabalgaduras las cálidas arenas del Sahara, la Escuela Clásica, de la cual es una rama el Modernismo bien entendido, pasea sus inacabables proezas en la prosa de Cervantes y en las sublimes estrofas del inmortal Núñez de Arce.

**Ignacio Martínez**

El Castillo, Valera

Setiembre de 1905

## UN BUEN LIBRO

Con atenta dedicatoria hemos recibido a D. Quijote en América, preciosa obra literaria de nuestro colega y amigo doctor Tulio Febres Cordero, cuya sola firma es la mejor recomendación de tan interesante crítica. Hemos leído las 306 páginas de que se compone el libro y no pudimos menos que exclamar lo que en justicia han dicho personas autorizadas del autor: así se escribe y se honra la literatura patria. Ya hicimos un pedido a Tulio de 10 ejemplares de su obra para diez amigos que han querido conservarla en sus respectivas bibliotecas.

Nuestras felicitaciones para Tulio y para Mérida, cuna del autor y de muchos hombres ilustres.

Ignacio Pedroza, San Carlos

Sin referencia hemerográfica

## HONRA A LAS LETRAS PATRIAS

Reproducimos complacidos lo siguiente que honra al distinguido escritor meridense, Dr. Tulio Febres Cordero, cuya pluma es fecunda y acaba de dotar la Bibliografía Nacional de bien sazonado fruto, desprendido del frondoso y trisecular árbol del Quijote: “Don Quijote en América” o sea la cuarta salida del ingenioso hidalgo, es una obra que ha publicado en Mérida el reputado escritor Tulio Febres Cordero y de la cual se ha servido dedicarnos un ejemplar. Apenas hemos leído tres capítulos y ya podemos prometernos horas de solaz y de inocente esparcimiento con esta lectura, en la cual se relatan en estilo cervantesco, las nuevas aventuras y descomunales lances de aquel eterno deshacedor de agravios y de su panzudo escudero.

Damos las gracias al señor Tulio Febres Cordero por su obsequio.

La Religión, Caracas



## **DON QUIJOTE EN AMÉRICA**

D. Quijote en América, por el ilustre escritor venezolano D. Tulio Febres Cordero. No se lee sino se devora esta interesantísima novela escrita con galano y elegante estilo, correcta frase y agudo ingenio. Es una sátira finísima, chispeante y amena. Imagina el autor que el cabo de los siglos, D. Quijote y Sancho han resucitado y salen de la famosa cueva de Montesinos a correr aventuras nuevamente por el mundo, dirigiéndose a América. Pero si bien D. Quijote conserva su valor, su nobleza, su generosidad y su locura, ya no va con las armas de los antiguos caballeros andantes, sino con las del presente siglo; ya no es el caballero de la Triste Figura sino el Caballero del Progreso, y va montado en bicicleta, con botas altas y casco, armado del compás, la brújula y el barómetro, cometiendo graciosísimas locuras en nombre de la ciencia y del progreso. El inteligente autor prueba que evidentemente D. Quijote es un personaje de todos los países y de todos los tiempos, que su locura va con las situaciones y las épocas del mundo, y que por donde quiera se ven ahora Quijotes del progreso, descubridores del helióforo y otras cosas de la laya.

**A. León Gómez**

Sur-América, Bogotá

## DON QUIJOTE

Sobre la obra meritoria que con este título ha escrito nuestro inteligente amigo el Dr. Tulio Febres Cordero, y que justamente le ha valido nota de celebridad dentro y fuera del país, acaba de pronunciar un juicio crítico el erudito y castizo escritor trujillano, D. Juan Pablo Bustillos.

Es una satisfacción que experimentamos viendo que la crítica ilustrada imparte severamente justicia a los méritos indiscutibles de la ingeniosa obra; y nos enorgullece, al propio tiempo, que unas ligeras apreciaciones que sobre el referido libro hicimos cuando apareció –que por cierto nos valieron un dicharacho del colegio de *El Avisador*– hayan coincidido con el notable juicio a que nos referimos, y que publicaremos en nuestro próximo número para solaz de nuestros lectores.

A.C. Sanz

El Progreso, Mérida

## UN NUEVO LIBRO EN LOS ANDES

He leído con sumo interés la preciosa obra titulada “Don Quijote en América a sea la cuarta salida del ingenioso Hidalgo de la Mancha,” de la cual es autor mi ilustrado amigo, doctor Tulio Febres Cordero.

La aparición en estas montañas de un libro de la importancia y trascendencia de ese, es novedad ante la cual debemos descubrirnos, con mayoría de motivos él, fuera de rebelarnos el talento, ingenio y esmerada consagración al estudio de quien lo escribe, entraña por la condenación de vicios, usos y hábitos pernicioso, saludables advertencias y enseñanzas. En Los Andes han desarrollado eminentes literatos, oradores y estadistas, hombres versadísimos en historia, en derecho, en medicina, en todos los ramos del saber; pero desamorados de gloria póstuma, en lugar de legar sus esclarecidos

nombres de obras provechosas y perdurables se conformaron con lucir las ricas galas de su erudición y talentos, en opúsculos y periódicos ocasionales, y las más de las veces, en hojas volantes, alimentadoras, con polémicas ingratas y enojosas, del fuego de las pasiones.

El doctor Febres Cordero tiene ya sentado crédito de escritor galano y correcto, publicista y literatos aventajado; y por el sólo hecho de haber condensado en tomitos preciosos, preciosísimos, toda la historia universal, puede dormir coronado de laureles, en el mullido lecho de su merecida fama. Muy dado al estudio de nuestras antigüedades, las publica, ora en narraciones serias, ora en forma de cuentos y chistes salerosos. Filósofo, ha renunciado en absoluto a los pérfidos halagos de nuestra política; y como jamás ha sido náufrago de sus violentas tempestades, ha podido vivir tranquilo al calor del hogar, en el deleite y embeleso de la adorable compañera y las gracias y encantos de la interesante prole: encariñado con sus libros y labores tipográficas; y en el vagar de esas ocupaciones, consagrado al cultivo de ameno campo, cuyo recreo y solaz restaura fuerza, despeja el entendimiento y el espíritu, compensa las vigilias del estudio y comunica nuevos alientos para proseguir la obra civilizadora. Exento yo de crédito alguno literario, con la sincera convicción de mi inferioridad, está muy lejos de mí la vanidosa pretensión de hacer un juicio cabal y acertado sobre el libro del doctor Febres Cordero; pero no obsta eso para que en la creencia de haber comprendido sus grandiosas y emancipadoras tendencias, le tribute mis aplausos y emita mis humildes apreciaciones sobre su visible intención.

A pesar de que el doctor Febres Cordero escribe el castellano, limpio, puro y claro, no lo tengo por adepto servil a las rigurosas y estrechas formas del clasicismo: constame por el contrario, su esmerado empeño en constituir liga que forme escuela literaria esencialmente latino-americana, sin que ese estado de independencia tienda a corromper nuestro idioma de Castilla, ni a proscribir en absoluto la Gramática y el Diccionario. En su libro ha generalizado sus aspiraciones, porque piensa que encerrándolo todo, todo, esta inmensa región bañada por el atlántico y el Pacífico, incuria y merma es que abandonemos el hogar para endilgarnos a pedir prendas prestadas a ultramar. Sin pretender retrotraernos a los añejos usos, prácticas y costumbres de nuestros abuelos, ni obrar sugestionado por instintos de raza a por egoís-

mo lugareño, él quiere que caractericemos nuestra nacionalidad, comiendo, bebiendo y vistiendo a lo suramericano: que abandonemos la manía de las imitaciones y nombremos nuestras cosas en el idioma que balbucimos desde niños. Muy puesto en razón es que contando más de siete décadas de haber-nos ampliamente colocado en las corrientes de la civilización y con exuberancia de elementos de vida propia, ambicionemos noblemente a promoverlos y desarrollarlos por la aplicación de la industria y el trabajo, hasta bastarnos a sí mismos, hasta parangonarnos con los Estados Unidos de Norte América y con otras naciones del viejo mundo. EL Japón, nacido ayer a las luces de la civilización y el progreso, ya esplende en puesto preminente en el estrado de las potencias de primer orden.

Como preciada ofrenda en la tercera centuria de glorificación del ilustre manco de Lepanto, la salida del libro ha sido oportuniísima; y realza el mérito del homenaje, la imitación del estilo cervantino y el aparecimiento del héroe que sirvió a Cervantes de tema para inmortalizar su nombre, dando al mundo el libro más editado y traducido en todos los idiomas. Ahora no viene Don Quijote armado de todas las armas, caballero sobre el desme-drado Rocinante y loco de amores, pero sin causa, a resucitar la caballería andante, no; curado de esas manías, vestido de turista, rindiendo jornadas en bicicleta y con las ínfulas de doctor en todas las ciencias, ahora viene como propulsor del progreso moderno, a poner en práctica inventos asom-brosos, propios y ajenos; a ratificar descubrimientos científicos indebidamente menospreciados y olvidados; a restablecer, como creencia única, el escepticismo religioso a libre pensamiento; y sobre todo, viene con trazas de unificar el decadentismo histórico e implantarlo como escuela exclusiva de literatura en estos países de salvajes rabudos y caníbales. Hago alto para establecer distingos entre lo que se llama modernismo y decadentismo. La primera de dichas escuelas, si bien fuera de las cárceles en que los gramáti-cos, retóricos y preceptistas aprisiona el pensamiento, campea en espacios luminosos, tiene olor a tomillo y sabor a miel, produce lindísimas flores de variados matices y aromas exquisitos, pinta a lo vivo cascadas de piedras preciosas, lloviznas de oro, cielos esplendorosos, horizontes dilatados con fulgores de incendios, resplandores de soles, auroras boreales, cumbres altí-simas argentadas, campos de esmeraldas, levantes y posturas del astro rey

con crepúsculos multicolores, tempestades soberbias, auras suaves, frescas y perfumadas, pájaros de mil colores que en armónicos y melodioso himnos cantan las bellezas de la naturaleza y en fin, con sus atrevidas imágenes y metáforas brillantes, deslumbra, fascina y cautiva. La otra, el decadentismo, es el desorden, la anarquía, el desenfreno, el desafuero, desparpajo y libertinaje: para mí el decadentismo es a la literatura lo que la cizaña al trigo; el gorgojo en rico acervo de granos; los bachacos en un jardín: es lo que en el estado social, el sectarismo de Fournier y de Proudhon, el nihilismo ruso, la *comune* de París a los cantonales de España. Por no alargar más este trabajo dejo de copiar íntegra, recientes publicaciones de un escritor modernista, en que organiza la tribu esa con todas “las mediocridades, los escapados de la clínica, los anémicos, cretinos, vagabundo y malvados, que con disfraces polícromos, se entregan a toda clase de locuras en festines y orgías carnavalescas, y corren a las aldeas y Villorrios a ostentar las galas de sus vestidos e ingenios ante merceras y grisetas”.

Sin embargo, de que en esta cuarta salida alientan a Don Quijote propósitos distintos de los de las anteriores, el cambio de nombre y de profesión no ha alterado en nada sus cualidades de caballero cortés, gallardo, urbano, cometido, galante y sentimental, ni la candidez de sus alucinaciones y el temerario coraje con que afronta y acomete todos los peligros.

La exacta imitación del verbo de Cervantes, es timbre de merecimiento esclarecido ganado por el doctor Febres Cordero, puesto que no es en el día empresa fácil asimilarse a las formas de un estilo que en el proceso de tres siglos ha pasado por tantas modificaciones y giros. Y no menos digno de encomio es el fiel remedo de la jerga decadente, porque aunque los escritos de los individuos de la secta sean a vuelta de esquina conocidos, ya que nunca faltan en ellos las palabras “irredento, inmisericorde, entardecer, potenciales, cerebrales, etc.” Los adjetivos de regular formación v.g. “adoratriz, liberatriz, esclavotriz, disparatriz, etc.”; los sustantivos empleados como adjetivos, las anfibologías, trasposiciones, metáforas absurdas, los neologismos y otro cúmulo de oscuridades que mancillan la Lengua, ponen asombro en el ánimo del lector y lo meten de patitas en antro de tinieblas, preciso es reconocer que hasta para coordinar disparates se requiere talento e ingenio.

La novela con que el Dr. Febres Cordero agranda y ameniza la obra,

es esencialmente moral y de realismo efectivo, porque de los sucesos que refiere y los personajes que figuran en el desenvolvimiento del plan, tenemos a maravilla ejemplos y trasuntos verdaderos. Sólo son ficticios el Doctor Quix y el señor d' Argamasilla.

De Mapiche revuelto, víctimas sus pobladores, de todo el cortejo de violencias, atropellos, vejámenes, encarcelamientos, exacciones, expropiaciones y toda clase de arbitrariedades y escándalos, no hay distancia alguna a lo que acontece con la alarma de guerra en todos los pueblos que fueron de Colombia la grande; y en la propia jurisdicción topamos sacada a paso magnates engreídos, soberbios, intolerantes y matasietes de la propia talla del capitán Rodríguez.

Levitas mansos, dulces, piadosos, caritativos, abnegados y sencillos cual el padre Juan, apóstol verdadero de la doctrina de Jesús, también abundan en nuestras poblaciones. Es escrupuloso celo de aquél en impedir que se hiciese uso de sus campanas para repicar la solemnísima entrada del Doctor Quix a Mapiche, es ocurrencia muy propia de la inocencia y candidez de nuestros curas de pueblo.

De por acá son contados los jóvenes que van a educarse a Europa o a los Estados Unidos del Norte, por lo cual no tenemos *europisados* ni *yan-kinsados*: pero con esos distintos objetos se separan a otras ciudades más pobladas y de mayor cultura y desenvolvimiento intelectual e industrial de donde vienen que nada por acá les sabe ni les huele. Vestidos lujosamente de botas charoladas a zapatos amarillos, varita flexible con empuñadura de oro, gran leontina, lentes y florecita en el ojal del frac, caminan de puntillas para que las piedras no les maltraten los talones; y como si en el interior viviéramos entre nubes de polvo, infusorios y microbios, no se cansan de lucir, llevándose a las narices, el perfumado pañuelo de batista de delicada seda; y con estudiado remilgamiento femenino y con frecuencia que fastidia, míranse, remíranse y sacúdense la indumentaria con las puntas de los dedos a medio tocar en modo de no lastimarse las rosadas y bien recortadas uñas. Para caracterizarse de forasteros, son ateos, decadentes, enamorados de las selecciones del sistema darwiniano, adoradores de sí, propios a ególatras y padecen por añadidura de las enfermedades de moda en los grandes centros de civilización –dispepsia, neurastenia, y miopía. Viven hundidos de melan-

colía, nostálgicos y dolidos del deplorable atraso de estos lugares y su falta absoluta de teatros, *soirees*, *sports y confort*; y ese es el otro declamar, apostrofar y maldecir por haber hallado todavía en uso las vetustas prosaicas palabras con que nombran los bailes a saraos, ramilletes, posadas, fondas, cubiertas de cartas u oficios, estrenos, puntotes u once (las) calles anchas etc., etc. Tal es, poco más a menos, el molde de que saca el doctor Febres Cordero a Policarpo, ingeniero electricista y prometido de Lola.

Dejo aquí el análisis de la novela porque hago memoria de mi oferta de no formar juicio cabal sobre el todo del libro, por juzgarme para ello incompetente.

En fin de fines, el Doctor Quix y el señor d' Argamasilla se fueron en globo aerostático; y no será extraño que algún sabio astrónomo los descubra ocupados en investigaciones siderales en Urania u otro astro habitado acaso en persecución del cometa de Halley, para regresar dentro de seis años. Justo es esperar la historia de esa aérea correría del Ingenioso Hidalgo de la Mancha.

Reciba el señor doctor Febres Cordero, mis ingenuas y calurosas felicitaciones por la indiscutible importancia de su libro y mis votos porque con gajes de honra, prez y lauros, alcance a ver cosechados los frutos de su merítísima labor.

**Juan P. Bustillos**

Trujillo, Setiembre de 1905

El Progreso, Mérida, 1906

El Fonógrafo, Maracaibo, 1906



Caballero errante en la edad media, y es ahora  
apóstol de la ciencia y del progreso en los tiempos  
modernos.

## **DE AQUÍ Y DE ALLÁ**

El señor doctor Juan P. Bustillo, pensador ilustrado, ha publicado en la sección “Colaboración” de *El Fonógrafo*, de Maracaibo, y bajo el título de “Un nuevo libro en Los Andes,” un bellísimo artículo, en el cual le rinde homenaje de justicia a la última producción literaria de nuestro amigo el señor doctor Tulio Febres Cordero. Lamentamos que la estrechez de las columnas de nuestro semanario no nos permita honrarlas con la reproducción del artículo del doctor Bustillos; pero sí le decimos desde acá, al justiciero y galano escritor trujillano, que nos adherimos de todo corazón a su juicio emitido sobre la obra de Tulio, porque con ese juicio, además de rendirle culto a la verdad, complace a los admiradores del afortunado autor de “Don Quijote en América,” que somos muchos, y le grita: ¡Alto ahí! a los que, por envidia, a por cualquiera otra pasión innoble, miran de reojo todo aquello que su escaso intelecto no puede producir.

Lisandro Acosta Canales

Sin referencia hemerográfica

## **DON QUIJOTE EN BURRÓPOLIS**

Al doctor José Antonio Hernández

Tate, tate, folloncicos,  
De ninguno sea tocada;  
Porque esta empresa, gran rey  
Para mí estaba guardada.

Viendo lo cual el cura, pidió al escribano le diese por testimonio como Alonso Quijano el Bueno, llamado comúnmente Don Quijote de la Mancha,

había pasado de esta presente vida y muerto naturalmente; y que el tal testimonio pedía para Hamete Benengeli lo resucitase falsa y sacrílegamente.

Dn. Antonio Ledesma Hernández, no contento con la gloria de haber producido a “Canuto Espárrago”, ha querido inmortalizarse en Madrid como el cuervo que quiso imitar al águila, según nos refiere Esopo: ha tenido la colosal y grandiosa quijotesca idea de sacar a Dn. Quijote de la fuesa en que lo dejó Cervantes.

Si las obras se parecen a sus autores, el nuevo Quijote debe ser una cosa fenomenal, porque el heroico valor de resucitar a D. Quijote, excede los límites de lo sobrenatural.

Y digo los límites de lo sobrenatural porque estando como está tan difundida entre nosotros la doctrina de las reencarnaciones, no tiene mucho de increíble que hubiese vuelto al mundo Cide Hamete, único autorizado para escribir el Quijote; pero si es inverosímil que Cervantes, que no llegó a faltar jamás a la verdad, resucitase para ello solamente: “Déjense burlas aparte y tráiganme un confesor que me confiese: en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño *que no me profanen presuntuosos y malandrines historiadores*; yo fui loco y ya soy cuerdo”.

Caso de chiste parece, en efecto, la peregrina ocurrencia del señor Ledesma, pues para acometer semejante empresa es necesario mayor osadía que para colocarse en medio del camino a mandar que los pasajeros se tengan y confiesen y juren que la doncella más hermosa del mundo es la emperatriz de La Mancha.

Pero de todo ha de haber en la Viña del Señor. El respeto a la opinión es un sentimiento más profundo que el del instinto de la conservación individual; a cada instante compromete uno la vida, no solamente, sino la salud y la libertad porque digan los demás que se tiene valor, dignidad y vergüenza.

Pero el deseo de la celebridad (la mamá de publicidad, como dicen los decadentes) es un afán más fuerte que el respeto a la opinión.

Y si no que lo diga Eróstrato.

S. Mevio

Y el señor Ledesma Hernández.

El anterior artículo se me quedó trunco por haber recibido (antes de terminarlo) noticia de que el Doctor Tulio Febres Cordero ha publicado otro Quijote.

La noticia me la trajeron “El Castillo” y “La Palanca” periódicos que parecen orotes aunque son anónimos ambos.

El primero dice que este Quijote si no es superior es igual por lo menos al del Manco; y el segundo, que el título de la obra y el nombre del autor eximen de la recomendación.

Todo puede suceder; pero en mi concepto el aserto de “El Castillo” está muy equivocado.

Porque el de Cervantes es un Quijote universal; y el otro es apenas un Quijote americano; digo si el título no miente.

Yo no he leído ninguno de los dos nuevos Quijotes, y tengo muy vivos deseos de leerlos; pero no por mera curiosidad, sino porque yo también me aplico a correr tras de la fama, y quiero tener preparado terreno, porque puede suceder que alguno se determine a componer un Quijote venezolano, y entonces yo, que no soy ni más ni menos que *naidem*, escribo otro Quijote y lo titulo: Don Quijote en Burrópolis

Este Quijote mío no será caballero andante; desde ahora lo aviso.

Será todo un señor juez; ilustrado, independiente y probo, que no conocerá la concusión ni mucho menos la venalidad; sobre todo cuando se trate de fallar en asuntos relacionados con ley de Divorcio.

No tendrá escudero sino secretario, el cual usará alpagatas en vez del asno, y en refrendando las decisiones dirá. “Sin duda éste mi juez es tan recto y tan diestro en la justicia como él dice,” y por supuesto que entre juez y secretario enderezarán los mismos entuertos y desharán los mismos agravios que enderezó y deshizo el de la Triste Figura el licenciado Alonso López.

La burla, la maledicencia y la envidia se cebarán en mí; pero mi nombre envuelto en la aureola de la gloria, volando en alas del Éter llegará hasta el imperio de la Princesa Micocona.

Y ¿para qué les digo más nada? Sino ha de faltarme un bardo que me dedique, una corona poética como el siguiente:

## SONETO

Dejad, nereidas, del albergue umbroso  
Las piezas de cristales fabricadas,  
De la espuma ligera mal tachadas,  
Si bien guarnidas de metal precioso.  
Salid del sitio ameno y deleitoso  
Dríadas de las selvas, no tocadas,  
Y vosotras, oh, musas celebradas,  
Dejad las fuentes del licor copioso.  
Todas juntas traed un ramo solo  
Del árbol en quien Dafne convertida  
Al rubio Dios mostró tanta dureza;  
Que cuando no lo fuera para Apolo  
Hoy se luciera laurel por ver ceñida  
De un burropolitano la cabeza.

Víctor R. Martínez.

## **DON QUIJOTE EN BURRÓPOLIS**

Con este mote *benemérito* se propone *hacer* un nuevo Quijote el señor Víctor R. Martínez en Sabana de Mendoza, según lo refiere él mismo en *El Avance*. Oiga, señor Martínez, y perdone, no necesita *hacerlo*, está hecho, y es usted.

Creíamos que era solamente en Caracas donde *pululaban* los Quijotes de Venezuela; pero estábamos errados. En Maracaibo apareció el señor Alegretti, y ahora usted en la Cordillera.

Los que censuran desfavorablemente, hasta llegar al ridículo, la obra de don Tulio Febres Cordero, no pueden ser otra cosa que unos Quijotes. No

es extraño que “Don Quijote en América” haya tenido sus detractores: los tuvo la obra del “Manco de Lepanto,” y los tuvo también la “Gramática” de nuestro ilustre Bello. El señor Alegretti no es de ahora que viene en la manía de atacar a don Tulio; hemos notado que en otras ocasiones se ha dado también a la tarea de criticarlo.

Y ¿por qué?

Por envidia!

V.M. Lugo Blanco

El 23 de mayo, Mérida

### **DON QUIJOTE EN AMÉRICA**

El libro con que el señor Tulio Febres Cordero acaba de enriquecer la bibliografía nacional es bella obra literaria, al par que noble esfuerzo patriótico, producto de un espíritu sereno y elevado, creación de una inteligencia perspicaz y fina. Por eso es hermoso cuadro en el cual las figuras se mueven desahogadamente y las luces y las sombras están repartidas con mano delicada, visión clara y firme pulso; por eso es fruto de buena tierra, apetitoso y suave, que habrá de dejar sabor de miel en todos los paladares, cosechado en jardín propio por la experta mano de cultor inteligente y modesto; por eso es regalo de la mente y regocijo del espíritu, lleno de gracia juvenil y sana, no contra hecha ni prestada, en cuya contemplación puede con largueza aplacerse el ánimo sin repugnancia, sin cansancio y sin hastío.

Bienvenido sea una y mil veces el egregio caballero del ideal, ése cuya alma es perpetuo hervidero de aspiraciones sublimes, cuyo corazón perínclito es foco inextinguible de pasiones magnas, cuyo brazo heroico es castigador justiciero de inicuos y perversos, sostén y amparo de infortunados y oprimidos ¡Don Alonso es persona de candidez evangélica, de voluntad irrestricta, de imaginación vívida, de virtud fuerte y austera! Malos hados lo per-

siguieron con crueldad en todos los momentos de su vida andante, mas no pudieron nunca domar su valentía, que lo lleva recto a consumir hazañas portentosas que han de vivir en la historia hasta el fin de los siglos. Con talla y talante de redentor cruza garboso por el mundo; y aunque, cuando la vida se le acaba, su juicio vuelve a casa y su ilusión se desvanece, lo que al parecer achica su grandeza, la *angélica farfalla* del ideal, que hizo sus alas luminosas con sangre de su corazón y aliento de su alma, vuela pura, con toda su magnificencia integral, y es sueño que inspira, fortaleza que anima, estrella que marca rumbo, cordial que alivia la pena del vivir.

Hizo bien el señor Febres Cordero en despojar de sus arreos de combate al hidalgo sin tacha, para traerlo a la tierra americana, bajo el disfraz de andante reformado y caballero de ese progreso que sólo se finca en echar a todos los vientos nombres vanos, frases huecas y palabras sonoras: la espada de don Quijote, afilada por el genio para descabezar gigantes y destazar malandrines; su formidable lanza, que atrae la chispa de la maldad y la ignorancia como un pararrayos milagroso; su fuerte celada, defensa de la excelsa cabeza que abrigó tanto gallardo pensamiento; su recio escudo, que esplende en las batallas como sol de oro, años ha que duermen en el museo de la inmortalidad, convertidos por los encantadores en sagrado metal incorruptible. De ninguna manera, pues, podía don Quijote comparecer en estas páginas montado sobre el épico Rocinante en son de perseguir aventuras y rematar hazañas desemejables; de otra guisa debía venir adobado el famoso Caballero de los leones, para que la relativa originalidad de la obra no padeciera menoscabo. Sucede así, en efecto, y el héroe de la novela viste el traje del turista y con él se presenta en estas tierras como llovido del cielo, para completar la labor de sus exóticos colegas, flamantes propagadores de palabras, de ideas, de costumbres y de hechos copiados, y grotescamente repetidos, de países del todo diferentes de los nuestros. En este punto el autor maneja con habilidad la burla y la ironía y su pluma corre fácil cuando hiere una mala costumbre o zarandea a algún personaje, *celebridad* de parroquia que garbea pomposamente como un pavorreal entre un corral de gallinas, o un toro entre una manada de carneros. Su sátira es sobria y parca, y por ello eficaz y certera; sutil y penetrante, además. Marca apenas la herida en la epidermis, pero desgarrar la entraña con un arte raro y fino que no yerra el

punto que ha de herir. No da en la manía de psicologizar, mas su observación es suficientemente penetrante y los caracteres salientes de su obra están bien dibujados, casi magistralmente. Un aliento suave de bondad se difunde en estas páginas, donde no se encuentra ni una sola palabra del vocabulario pornográfico y callejero de algunos escritores que recargan adrede sus producciones con todo género de afrodisíacos y excitantes, propagando acaso de este modo los vicios que pretenden censurar y agrandando y profundizando las propias llagas cuya curación anhelan. Desde este punto de vista el libro de Febres Cordero no merece sino elogios, y aquí se los tributamos con largueza.

Lugar muy secundario ocupa el paisaje de *Don Quijote en América*, no porque el autor no revele aptitud bastante para hacerlo resaltar, pues a veces exhibe rasgos de irreprochable hermosura, sino, según juzgamos, porque la índole de la obra no le imponía la descripción minuciosa de la naturaleza y sí la exposición detallada del medio social donde se mueven sus personajes; exposición de que Febres Cordero ha salido airoso en el conjunto y en los pormenores. Inmenso y árido además es el campo que se ofrece hoy al trabajo del novelista americano, y el objeto en que ha de ejercitar la fuerza de su cerebro y de su pluma, no es la naturaleza, sino el hombre, como individuo y como pueblo, si desea que su labor sea fecunda y útil, es decir, trascendental y civilizadora. Abunda en nuestras sociedades el tipo del desequilibrado y pervertido, tanto por una educación defectuosísima, como por la dañosa influencia del medio social en que vive; así que todos sus actos, costumbres e ideas son, como reflejo o exteriorización de un lastimoso estado de alma, las menos adecuadas para constituir el carácter elevado de un todo social verdaderamente civilizado y culto. El mal es grande y va echando raíces, pero no es irremediable: toca al hombre de inteligencia, que descuellan sobre la muchedumbre ignara, marcar el rumbo y orientar a la doliente caravana en su marcha hacia el ideal que encarna la vida de los pueblos. Presentar para todos los excesos y extravíos, para todos los escarnios cometidos en las sociedades hispanoamericanas contra la justicia, la libertad y el derecho, la excusa de la raza, es mezquino recurso de una trapacería sofisticada. Con razón ha dicho el elegante escritor E. Rodríguez Mendoza: “El americanismo consistirá en pintar los vicios y peculiaridades que en nuestro

continente ha determinado la adaptación violenta de las instituciones políticas y los usos europeos. Llega allá la sombra, el remedo de todo lo que pasa en Europa. Descubrir la característica de esta peligrosísima imitación: he ahí el americanismo que debe pedírseos.” Febres Cordero ha andado largo en ese camino: sus numerosos estudios sobre historia y costumbres americanas lo demuestran, y así *Don Quijote en América* es hito luminoso que servirá para señalar la ruta a los que quieran seguirlo.

Por lo que respecta al lenguaje y estilo, la obra abunda en buenas prendas: a una sustantivación rica añade un período sereno de buen castellano, que acredita que su autor no paga tributo a la atropellada manía de escribir a la moda, lo que vale lo mismo derramando una lluvia de palabras en un desierto de ideas.

**Pedro Montesinos**

Enero de 1906.

El Progreso

27 de julio de 1906



## LIBROS LEÍDOS

Nadie los mueva  
Que estar no pueda  
Con Roldán a prueba.

### D. QUIJOTE EN AMÉRICA

Se atrevió Montalvo a componer el libro *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes. Ensayo de imitación de un libro inimitable*, y salió airoso, porque si aquellas páginas no alcanzan a ser del autor de Don Quijote, llevaban la firma del folletista ilustre, lo cual era suficiente halago para los lectores.

Se requería, y este era el caso de Montalvo, una audacia sin ejemplo, propia de la mezcla de razas que había en el escritor ecuatoriano; y además –por sabido se calla– una erudición idiomática completa e ingenio de fuerzas extraordinarias para acometer empresa semejante, no intentada en tal forma por peninsulares, en quienes la admiración y el respeto por Cervantes, iba como todo culto humano hasta desvirtuar al dios adorado, conforme se ocurrían los comentarios y glosas de sus divinas parábolas; pero sin permitirse evitar su estilo.

Los *Capítulos* de Montalvo se parecen a los del tartamudo de Alcalá (porque el genio tartamudeaba, según Navarro y Ledesma) como se asemejan un río caudaloso y el afluente que le tributa sus aguas en reposado valle. El primero nace muy lejos en el recóndito seno de la tierra, socava montañas, cruza llanuras anchurosas, mezcla las aguas de extraños pueblos, conduce –unas veces con suave onda otras en encrespados tumbos–, pedazos de selva, barcos de velas rumorosas y, por último, lleno del sagrado misterio de su grandeza, penetra con serena majestad en el océano insondable, que es cual abismo donde se sumergen todas las vidas.

Así es Miguel de Cervantes Saavedra, su caudal de lenguaje abraza toda la extensión del idioma; recoge el habla popular de su época, la purifica y la ennoblece; unas ocasiones torrentoso é indómito, otras con manso

impulso, se espacía por selvas y collados llevando entre la hermosura de los giros lo vulgar y lo elevado, lo aristocrático y lo plebeyo del castellano.

Cervantes recogió el habla popular en magnífico cauce; su conocimiento de la lengua indígena era tan profundo que quizá no existe en otra literatura escritor que haya abarcado en una extensión tan sorprendente, el genio, el matiz y la fuerza de su idioma.

Los comentaristas del *Quijote* y las *Novelas ejemplares* han dado siempre golpes de ciego al pretender enderezar los giros usados por Cervantes. El Sr. Cejador en sus penetrantes análisis de los *Idiotismos del Quijote* confuta a Clemencín y a otros comentaristas y escoliastas del libro de Cervantes y, con frecuencia, se equivocaron por no conocer suficientemente la lengua popular donde se inspiró el autor insigne.

Hay en la obra del Sr. Cejador una observación que antes de seguir tratando de imitadores de Cervantes, citaré por hallarla oportuna y porque su realidad había tenido ya ocasión de anotarla respecto de lenguaje de los antioqueños.

“En América, –dice Cejador–, donde la ignorancia de nuestras tradiciones fue consecuencia del aislamiento, y donde la literatura francesa tomó el lugar que se debía a la antigua castellana, se nota un desnivel enorme entre el habla del pueblo, tan castiza como en España, y a veces más todavía, y el modo de escribir de los que tienen a gala apartarse de esa habla genuinamente castellana de pueblo y remedar desacertadamente todo lo que leen en libros franceses”.

No pudo Cervantes perdonar a Avellaneda, el atrevido que pretendió ser su rival, y lo consagró con su amargura y su reproche.

“Guillén de Castro –dice Montalvo–, D. Pedro Calderón de la Barca, Gómez Labrador y otros escritores de primera línea han salido mal en el empeño de imitar a Cervantes. Meléndez Valdés acometió a componer un Don Quijote que se mostrase en el escenario cuan alto y airoso lo imaginó Cervantes. Meléndez, *el poeta insigne*, se quedó atrás, que su nombre solamente pudo preservarle de la mofa: la rechifla estaba en el disparador: mas sus compatriotas repararon en que hacer fisga de Batilio sería delito de lesa poesía; el silencio fue un homenaje al poeta, de la obra se juzgó mal; oíd si

no el juicio de Moratín: “La figura del ingenioso hidalgo –dice– siempre pierde cuando otra pluma que la de Benengeli se atreve a repetirla.”

Montalvo, quien había vivido en las selvas del idioma cervantesco, que sentía una admiración rayana en culto por el raro ingenio español, escribió el *Buscapié*, prólogo cuidadoso, en extenso, para exculpar la falta que iba a cometer en seguida en su *Ensayo de imitación de un libro inimitable*; y a pesar de que Montalvo no era un ingenio excesivamente modesto ni ofi- ciente asiduo en el altar de la humildad literaria, se esparcía humilde en gallardos períodos a hacer la defensa de su empresa. “Tómese nuestra obrita –dice– por lo que es, un ensayo, bien así en la sustancia como en la forma, bien así en el estilo como en el lenguaje. ¡El lenguaje! Nadie ha podido imitar el de Cervantes ni en España, y no es bueno que un americano se ponga a contrahacerlo.”

La crítica declaró airosa la arriesgada empresa del escritor americano porque ni su talento ni su erudición, ni su culto acendrado por Cervantes, ni su magnífico estilo le permitieron profanar el ara del dios consagrado por las centurias y el número infinito de sus fieles. En el fondo todo se redujo a que Cervantes fue inimitable y Montalvo quedó el mismo Montalvo, prosista eximio.

Qué diré ahora de *Don Quijote en América*, a sea la cuarta salida del ingenioso hidalgo de la Mancha, obra acometida por el escritor venezolano Sr. Tulio Febres Cordero, quien más osado que Avellaneda y a cien mil leguas del merecimiento de Montalvo, se las compuso consigo mismo y sin mayor recato se lanza a resucitar al Caballero de la Triste Figura y, en compañía de Sancho, lo trae a los rastros indios después de haber cometido toda suerte de desatinos en la Península.

Francamente confieso que no alcanza mi benevolencia hasta disculpar al Sr. Febres, quien debe de tener mucho juicio en sus negocios cotidianos y quizá mansedumbre cristiana, pero que carece de la noción de las proporciones intelectuales. Se podría asegurar que el autor venezolano es un iconoclasta, y si él mismo no nos hiciera partícipes de su catolicismo a decir llegaríamos que es un ateo. Tomar las figuras creadas por Cervantes, subir a sus altos pedestales, prendera. Quijote de la gorguera ya Sancho del cintu-

rón y descender con ellos a un campo donde sólo descuellan pedestres malas, es una irreverencia, es un pecado contra el espíritu santo del buen gusto.

Se adivina que el Sr. Febres Cordero ni tiene por Cervantes el culto religioso de Montalvo, ni bien ha meditado en qué consiste la suprema gloria de su libro. Se me pone que en Don Quijote sólo ha visto las aventuras, menos interesantes que las de una novela por entregas, y que pasa inadvertido el encanto soberano nunca igualado del estilo, aquella urdimbre de la frase llena de elegancias, semejante a una madeja de seda omnicolor, donde el hilo burdo se trueca en oro ante el reflejo de los más puros tintes empleados por el tejedor original y único.

*Don Quijote* en las páginas del Sr. Febres aparece un maniquí ridículo, un pseudo-sabio que en un pueblo de Venezuela trata de construir una máquina para conservar en la noche la luz del sol. La imaginación del caballero no trasiega por el campo del honor, deshaciendo agravios a en plática peregrina con la gloria, en un Doctor Quix, sin maldita la gracia, una caricatura irreverente.

Como el General Cipriano Castro retó a descomunal batalla a las potencias europeas saliendo ileso, así el Sr. Febres Cordero la emprende con Cervantes. Pero debe advertirse que el escritor no tenía la espada de Tucuyito y la Victoria.

Max Grillo

El Correo Nacional de Bogotá

Febrero 20 de 1906

## EL QUIJOTE EN AMÉRICA

Admirable y extraño es el armónico ruido de las ideas que producen en el mundo de la Literatura, de las Artes y de la Literatura, de las Artes y de la Filosofía, esos privilegiados cerebros para la gloria, escogidos para vivir eternamente en el corazón agradecido de sus conciudadanos, como genios poderosos y civilizadores con su talento de una época, como seres acreedores a la inmortalidad.

Cuando vimos en la prensa del país y del extranjero elogios para la obra del eminente literato Tulio Febres Cordero, la cual lleva por título el mismo que encabeza estas líneas, nos dijimos: la obra será digna de la ilustración y conocida inteligencia de su autor, será acreedora desde luego a ocupar puesto distinguidísimo entre los más famosos libros escritos en lengua Castellana; pero cuando llegó la ocasión de que nuestro humilde intelecto gustara más de cerca con su agradable y provechosa lectura las hermosas primicias de aquella vigorosa intelectualidad, entonces tuvimos el gusto de ver dichosamente confirmado nuestro aserto, de ver triunfante de una manera tan generosa nuestro juicio, emitido a favor de una Obra, que como la de Cervantes sigue por los mismos luminosos y asendeados caminos que aquella pluma de fuego trazó tan milagrosamente, para bien de una época, para alivio de males de una loca e incorregible humanidad y torcedor maldito de esas envidiosas y prosaicas inteligencias, que buscan en la mezquindad el *amar-go* consuelo a su desesperación de escritorzuelos medianos y ridículos.

El libro de Tulio Febres Cordero, es como una delicada ampliación de la inmortal obra de Cervantes, son capítulos añadidos a la fantasmagórica “epopeya cómica de la humanidad”, a la eterna comedia que el hombre diariamente representa en el escenario público de la vida, y que aparece en nuestra edad, ataviada con el mismo ropaje, ni más ni menos celeberrima que en tiempo del manco sublime de Lepanto.

Su inteligente autor condensó magistralmente en las páginas admirables de El Quijote en América todo un siglo, dedicado, escogido puede decirse, por las inteligencias para llevar a cabo los más sorprendentes trabajos científicos en el orden universal de los descubrimientos. No figura ahí Don Quijote a caballo en su escuálido, inerme Rocinante, adarga en mano, inti-

midando con su aspecto tres veces horripilante y melancólico a las necias multitudes, a los tímidos de profesión que se cuidaban de su arcaico y dislocado verbo; no es el valeroso imperturbable caballeros de la Triste Figura deshaciendo agravios, enderezando entuertos, corrigiendo abusos y espantando comarcas enteras con el prodigioso ruido de sus hazañas.

Es el Dr. Quix, Caballero sublime del Progreso, montado en bicicleta con la instrumental caja de turista en la mano, perorando en lenguaje decadente y sorprendiendo siempre con su incurable locura a los sencillos moradores de un explotable y basto territorio, adecuado para las viles especulaciones de los falsos sabios de la época, apóstoles ruines de un progreso mentido y de una civilización imaginaria y relumbrona. No es el bueno de Sancho, espectador pasivo y compasivo de los desaciertos bien torpes de su amo. Es el Sr. D'Argamasille que busca todavía en la comida y en los deleites del sueño, consuelo para sus propias cuitas de paje, escudero desgraciado, sustentador a pesar suyo de las doctrinas decadentes del Siglo, y obligado por obra y gracia de su nefasta candidez y del progreso a renegar groseramente de la heroica y excelsa Religión de sus mayores.

El retrato de la época no puede ser más exacto; la obra no puede ser más hermosa: el lenguaje sencillo y con su sencillez esa magnificencia espontánea que encanta, que embelece; pinceladas felices, dignidad en la idea, sublimidad en la forma. Tulio Febres Cordero en su propia humildad es un artista: Tulio Febres Cordero, es un garrido doncel con experiencia, enamorado profundo de la Edad Media, y con ella de su inmarcesible grandeza, de sus gloriosos abolengos, de su heroica literatura y de su filosofía que es hoy la que aun priva en el mundo famoso de las Letras.

Tulio Febres Cordero es de los pensadores más avanzados en moral literaria, más amantes de la gloria efectiva del talento. Quien se atreva a sostener que sus ideas son retrógradas, o no entiende la noción verdadera del progreso y la civilización bien entendida, o da cabida en su delirante cerebro al ateísmo más grosero y degradante, que cultiva torpemente esa negra cáfila de decadentes, falsos apóstoles de la Belleza, que se dejan sugestionar simplemente por cualquier momia literaria, en cuyas manos profanas todo lo hermoso y dignificador parece, la luz indeficiente de la Verdad se apaga, ago-

niza el idioma, nuestra lengua y todo, todo es víctima del más exterminador de los fatalismo que pueden concebirse.

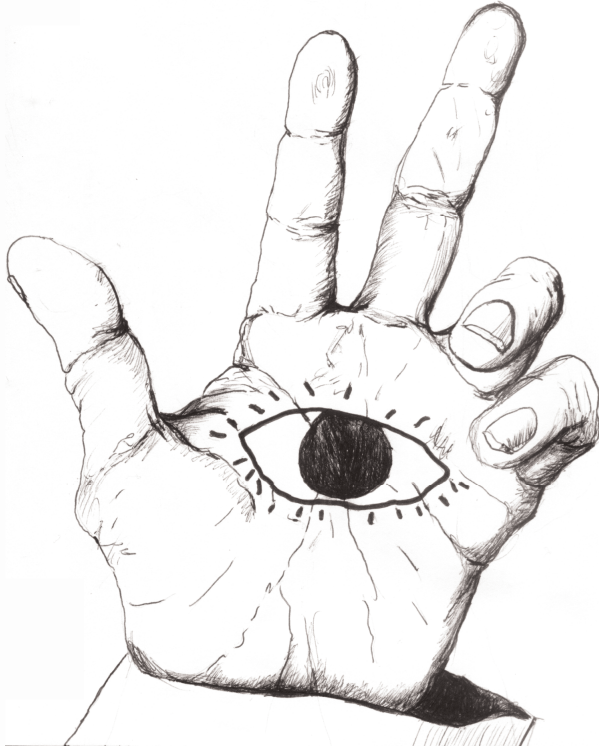
En esta obra es también la novela completa, acabada y bien hermosa; pues llena las condiciones requeridas para que la leyenda sea buena, bella, posible y conmovedora del ánimo. Lola, es el perfecto tipo de la mujer voluble y pérfida. María, el retrato cabal de la mujer desinteresada, simpática y humilde. Santiago, el hombre esforzado que va hasta el sacrificio, que vence contrariedades amando siempre el peligro y las desgracias. Policarpo, es el tipo clásico de los fanfarrones de provincia, que se creen muy encumbrados porque tienen ligeras nociones de cultura, pero ninguna luz en el cerebro. Y por último, Don Gaspar, es un personaje excepcional, de esos que nacen verdaderamente filósofos, que se burlan y ríen picarescamente de las locuras y flaquezas ajenas, defectos humanos que algunos con inaudita estupidez aplauden por creerlos cónsonos, noblemente enaltecedores de la época.

En fin, creemos que el inteligente autor de EL QUIJOTE EN AMÉRICA ha llenado la difícil misión de los sabios en la Tierra; ha hecho un bien a la religión, a las letras y a la Patria: a la humanidad entera, porque critica las doctrinas erróneas del Siglo, definiendo magistralmente la civilización y el progreso verdaderos.

**Jesús Briceño Casas**

Sin referencia hemerográfica

Tengo para mí señores  
que D. Quijote no esta  
muerto sino privado  
del sentido.....



## JUICIO CRÍTICO A DON QUIJOTE EN AMÉRICA

En 1905 apareció la patriótica e interesante obra de Tulio Febres Cordero titulada *Don Quijote en América*, la cual se ha prestado a diferentes juicios caprichosos, algunos de ellos pedantescos y vacíos. *Don Quijote en América* es un libro de bien, de virtud reintegradora, de patriotismo intencionalmente curativo, de propaganda contra el charlatanismo reinante hoy en Venezuela, de oposición al entronizamiento de lo exótico, adulterador funesto de la integridad nacional en todos sus órdenes y manifestaciones, y de resistencia briosa contra ese espíritu de novelería inconsciente que permuta de buen grado de oro puro de la *tierra* por las baratijas de buhonero itinerante que echa sobre nosotros el audaz mercantilismo de los países codiciosos que quieren explotarnos a sus anchas. Esa es la tesis de la obra, y se halla toda entera en el capítulo catorce, calcada sobre el principio de Baralt dos veces ya citado en este libro: “El problema que cada pueblo de por sí debe resolver, consiste en apropiarse la civilización universal, sin salir de su propio carácter y límites morales; más claro, en ser cosmopolita sin dejar de ser indígena y patriota.” La obra del señor Febres Cordero se ha entendido en todo su propósito y alcance por los que la han leído con el cuidado que merece dándose cuenta exacta de la siguiente confesión del mismo autor: “*Don Quijote en América* no ha nacido de un vano deseo de gloria ni de renombre, sino de un acto sincero de buena voluntad: en su composición más ha trabajado el corazón que el entendimiento. Así es que no es obra de aspiración literaria, sino obra de intención patriótica: es la aplicación del legendario Quijote como correctivo de un mal que nos aflige, muy generalizado en Hispano-América, que consiste en el menosprecio de lo *criollo* y la servil imitación de lo *extranjero*; mal que se encubre bajo la capa de un progreso artificial, y que acabará por desnaturalizarnos del todo, privándonos de creencias, carácter, tradiciones, literatura, costumbres, industrias, y cuanto de antiguo forma nuestro patrimonio de raza y nuestro distintivo señorial. Y toda esta inmensa pérdida... ¿A cambio de qué? A cambio de vestir una abigarrada librea, para ir detrás, siempre detrás del extranjero, convertidos en dóciles lacayos. Este mal funesto, que se apodera de la juventud y cunde en el pueblo, tanto más perjudicial porque seduce y cautiva con bri-

llantes apariencias, necesita un remedio popular y heroico: necesita aplicarle el cauterio del Quijote.” Siendo como es, en mucha parte, de crítica sincera e imparcial el presente libro mío, me veo en el caso de decir francamente lo que pienso de Don Quijote en América. Alto sin duda viene a ser el pensamiento de la obra, y generoso el designio que la anima. Lo que le falta es acierto, en el plan precipitado, seguridad en el desenvolvimiento, más animación en el relato y una mirada sutilmente certera para dar en los vicios con la crítica. El señor Febres Cordero no podría nunca negar a riesgo de no aparecer ingenuo, que la obra es de imitación, ya que ésta resalta por lo viva en los pormenores de aquélla, y muy especialmente en la figura de Sancho el escudero; pero esa imitación no se ajusta a la obra de Cervantes en la parte subjetiva, y por lo mismo carece del valor esencial e intencional que necesita para el éxito solicitado por el autor con ella como arma de combate. Varios sentidos profundamente simbólicos y bellos tiene el Quijote de Cervantes. El Quijote es la eterna lucha sostenida por el idealismo del hombre superior, a quien califican de loco y visionario, con el sentido práctico del mundo; el Quijote es la tendencia del genio a engrandecerlo todo con la imaginación creadora, pero tropezando a cada paso y rompiéndose las alas con el realismo sanchista de la vida; el Quijote es Cervantes con su espíritu de justicia enderezado contra todas las infamias de su tiempo, con la burla que hace de todos los prejuicios y defectos arraigados en la conciencia de los pueblos, con la indignación generosa que descarga sobre todas las mezquindades negras que arrojaron a su gloria sus gratuitos e implacables enemigos; el Quijote, por último, es el grito revolucionario, acompañado de la risa más franca y más ruidosa que se ha oído hasta ahora en el mundo de la inteligencia, contra aquella literatura extravagante de los descabellados libros de caballería, ridiculizados en sus extraños episodios con las empresas imposibles del ingenioso hidalgo, y puesto en berlina, respecto de su estilo abigarrado, febricitante é hiperbólico, por aquel estilo terso, claro, henchido de gracia y de donaire, luminoso y elocuente que fue arrogancia insólita, ni tan siquiera igualada en ningún tiempo, en la pluma ingeniosa de Cervantes. Aún se oye resonando a todo lo largo de los siglos, ni dejará de oírse, aquella estentórea carcajada interminable que se apoderó de Sancho en la aventura singular de los batanes, y que, probablemente, fue el brioso golpe decisivo, el formida-

ble golpe, el golpe de muerte a cuyo ímpetu se hundió para siempre en el olvido aquella literatura agudamente artificiosa y delirante que alcanzó su grado máximo en España. En la obra del Señor Febres Cordero no hay ni puede haber esa pluralidad de sentidos tan admirablemente armonizados por el maravilloso genio de Cervantes; pero existe la imitación de la crítica de éste, sin que por ello pueda afirmarse que el señor Febres Cordero tuvo en mientes profanar la incomparable gloria del manco de Lepanto, empeñándose ni remotamente en continuar su obra, máxima como humana, como simbólica y como filosófica entre las mayores que ha creado el genio de los hombres. La crítica, en el Quijote, está hecha por el caballero andante y por Sancho el escudero; en *Don Quijote en América* es el autor directamente quien la hace. Don Quijote se echó al mundo a deshacer agravios y enderezar entuertos, a hacer justicia por su mano y a romper contra todo lo malo y pernicioso; el Doctor Quix a lo que viene es a sembrar la sinrazón a propagar el espíritu del charlatanismo y a engañarnos con la fantasmagoría. Don Quijote puso todo su esfuerzo en acabar altas empresas, si ridículas en la apariencia intencional, sublimes en el designio generoso; el Doctor Quix es ridículo en todo lo que hace, y tanto en la manera de hacerlo como en la candidez del propósito que abriga. Don Quijote es el hombre de bien luchando por el bien; el Doctor Quix es un solemne tracalero, todo él supercherías y engañifas, que no tiene la gloria del combate para alcanzar el triunfo, sino la gloria del éxito en un pueblo asaz pagado del brillo pasajero de las modas. Don Quijote está inspirando profunda admiración en medio de la risa a carcajadas; el Doctor Quix no mueve siempre a prisa, y lo que es peor todavía, no infunde admiración sino desprecio. Por criticar el charlatanismo hueco y la novelería inconsciente, el señor Febres Cordero llega a criticar los beneficios del progreso; por defender lo indígena, rechaza el espíritu expansivo que todos los pueblos necesitan para no ser estacionarios y retrógrados. Quizás y sin quizás en el señor Febres Cordero, como hombre inteligente, no ha habido esa intención; pero la intención salta a la vista, de seguro que por la falta de madurez en el plan de la novela, por los recursos escogidos para desenvolverla y porque en la segunda mitad aparece escrita con precipitación. En una obra seria como *Don Quijote en América*, encaminada a un fin trascendental, es impropio el detenerse, y el detenerse tanto, en una cosa

tan insignificante y frívola como la bicicleta; y todavía es más impropio el criticar la novelería por ella de la manera empleada por el señor Febres Cordero, pues a ningún hombre de sentido común mínimo se le podría ocurrir que una bicicleta suba por la agria pendiente de los páramos. La impropiedad es peor aún en la crítica del ascensor que se usa en Norteamérica (y huelga decir por qué se usa), pues a nadie, ni vuelto o trastornado del juicio que estuviere, se le podría meter en la cabeza ponerle un ascensor a una casa de dos pisos como la de posada del pueblezuelo de Mapiche. La impropiedad sube de punto en las píldoras de la *fierabrasina*; en que se usen o no en castellano ciertos galicismos y anglicismos ya aceptados en el Diccionario de la Academia Española (y el señor Febres Cordero sabe mejor que yo por qué se han aceptado); en el vestido de torero que se pone el Doctor Quix, y en otras fruslerías que nadie toma en cuenta al tratarse de progreso y civilización del mundo. Campo más vasto y fertilísimo tenía el señor Febres Cordero para criticar lo vicioso y efectista del progreso. Que los americanos del Norte hagan *fierabrasinas* con el fin de explotar los del Sur, y parar mientes a eso con la crítica, no me parece objeto digno de la alta inteligencia del señor Febres Cordero, ni menos de la importancia de su libro. Más acertado anda cuando censura con verdadero chiste fino los excesos del modernismo literario, y cuando trata de levantar una compuerta al indebido uso, que es manía de los gacetilleros para darse la importancia que no tienen, de aquellos galicismos y anglicismos que en castellano encierran una equivalencia exacta, que no son de ningún modo asimilables por su pronunciación difícil, y de los cuales, por lo tanto, no hay necesidad en nuestra lengua. El señor Febres Cordero, para censurar lo exótico en lo que atañe a las costumbres, ha debido establecer el contraste de una manera más palmaria, pintando en el estado social de Ssanisidro la lucha entre las costumbres criollas y la invasión de las de fuera. Pero no lo estableció, ni tampoco podía establecerlo, porque ese contraste es imposible en Sanisidro. Una golondrina no hace verano. La casa de Don Manuel, un poco yanquizada en los muebles y en la ornamentación; el descontento y las pedanterías de Lola, y el desdén y los humos relamidos de Policarpo Zúñiga en punto a indumentaria y a otras cosas de poquísima sustancia, no son suficientes, y en Sanisidro mucho menos, donde el autor describe las costumbres vernáculas en toda su pureza,

para suponer que éstas se desintegran y se pierden a la posta por la influencia de las costumbres extranjeras. Un estado social con dos corrientes contrapuestas no se refleja de ese modo. La risa de burla que Policarpo Zúñiga, tipo no verosímil por completo, inspira a cada paso con sus necias petulancias, es la mejor prueba de que en *Don Quijote en América* hay más alarma aguda que positiva realidad. Lo profundamente indígena de un pueblo jamás llega a perderse sino por la absorción que otro hace de él con la conquista, con la fuerza, con la preponderancia de raza y de su idioma. La obra del señor Febres Cordero es más notable en su intención que en su desenvolvimiento, en la tesis del capítulo catorce que en su comprobación, en el idilio de Santiago y de María que en la parte quiijotesca. La imitación del estilo de Cervantes, que es visible, hace extraña la novela para la gente iliterata; y la narración, al principio sobre todo, abunda en premiosidad por el exceso de pormenores que no eran necesarios. La pintura de Sanisidro y sus costumbres resulta encantadora; la alegoría del pastor y de las cabras en el capítulo cuarto, es admirable; la figura de Vicario parece como de la mano maestra de Alarcón, que es mucho decir en su alabanza, y los amores de Santiago con María son bellísimos por su sencillez, por su ternura y por su exacta realidad; pero es de sentirse que su término, que ha podido resolverse de una manera más artística e interesante, se desvanezca fríamente en el tumulto de los acontecimientos públicos producidos por la llegada a Mapi-che del insigne Caballero de la Libertad y del Progreso.

**Gonzálo Picón Febres**

*La literatura venezolana en el siglo XIX: ensayo de historia crítica*

Empresa EL Cojo, Caracas 1906

## SUETOS

Está en circulación la edición segunda de *Don Quijote en América*, novela escrita por el conocido literato andino Tulio Febres Cordero. La mejor prueba de la excelencia de este libro es que la primera edición se agotó antes de un año. Digno del favor del público es esta hermosa producción, que contiene edificantes enseñanzas y envuelve un fin altamente patriótico.

El Radical

Caracas, 1906

**D. QUIJOTE EN AMERICA**

◁ SEGUNDA EDICION ▷

VALOR : Cinco Bolívares cada ejemplar á la rústica

❖ ENPASTADO. A SIETE BOLIVARES ❖

DE VENTA EN ESTA CIUDAD

EN *el establecimiento de Victor M. Carnevali*

Tip. "El Lápiz"

## LITERATURA NACIONAL

Un amigo nuestro ha tenido la cortesía de mostrarnos un ejemplar, en su segunda edición, de “Don Quijote en América”, obra del galano historiador, jurisconsulto y literato Venezolano, Doctor Tulio Febres Cordero.

Aun no hemos leído esa bella producción que viene a enriquecer la Bibliografía Nacional, pero nos basta saber que es de Tulio Febres Cordero, cuyo numen, –ora como redactor de El Lápiz, ya como autor de preciosos libros y opúsculos sobre etnografía, etnología, y otros trabajos de alto mérito artístico– le asigna puesto preferente en la galería de nuestros escritores contemporáneos.

Mérida, aquella Atenas Venezolana, es la cuna de Febres Cordero; allí es donde él se ha formado y nutrido su cerebro de los conocimientos más sólidos en las ciencias y las artes; allí fue donde se dedicó al estudio de la ardua pero brillante carrera del Derecho, presentando para optar al grado, una tesis generalmente aplaudida por propios y extraños.

Modesto en extremo, y pletórico de amor por las bellas letras, ha dado al público sus elucubraciones con el único móvil de ilustrar sin apelar a la ostentación, ni mucho menos mendigar lisonjas, que todo eso abiertamente le repugna.

Es de justicia afirmar que donde haya una Fuente de Saber, allí va Febres Cordero solícito y con su mícura al hombro, para él también beber el líquido de la erudición.

Puede decirse que de los escritores venezolanos ninguno como Febres Cordero habrá visto más reproducido su nombre en la prensa hispano americana por sus producciones, ni que tenga los diplomas de Miembro correspondiente que él tiene conferidos por Sociedades y Concursos Históricos, Científicos, Literarios y Artísticos de Europa y Norte-América.

La colección de “El Lápiz”, –acaso el periódico más pequeño que hemos conocido–, constituye para él su más rica presea. Esa hoja tan mínima, pues así y todo, por su contenido, se halla en muchas Bibliotecas de la Madre Patria; y para cualquier rapsoda puede ser libro de consulta.

Hoy ve la luz pública la segunda edición de “Don Quijote en América”, cuyo prólogo insertamos en seguida, abrigando nosotros la confianza de que

los hijos de este suelo que se dedican a la lectura amena e instructiva, se apresurarán a adquirir ese libro que se recomienda por sí solo dado el asunto que inspiró a su autor y la pureza del lenguaje con que está adornado.

L.E. Pino C.

Un Diario

Carúpano, 21 de Julio de 1906.

### DON QUIJOTE EN AMÉRICA

Ha llegado a nuestras manos un ejemplar de a obra nueva intitulada *Don Quijote en América, a sea la cuarta salida del ingenioso hidalgo de la Mancha*, por Tulio Febres Cordero; segunda edición, Mérida (Venezuela), 1906.

La primera edición, del año próximo pasado, fue acogida con particular interés por la prensa periódica.

En la *Advertencia* de la edición primera, el autor dice:

“Este Quijote, aunque el mismo de Cervantes en espíritu y en verdad, es muy otro en cuanto a la manera de manifestarse. No lo hallarás aquí armado de pies a cabeza, caballero en Rocinante, buscando aventuras por los caminos y haciendo jurarlos vencidos la sin par hermosura de su Dulcinea. Nada de eso; ahora va por otros caminos y con otros pensamientos.

Hemos escrito lisa y llanamente, teniendo a la vista moral y materialmente el mundo en que vivimos, la hermosa tierra latino-americana, de suerte que no hemos sacado de canteras extrañas el material de la obra, ni adornado nuestro pobre estilo con flores exóticas.

En resumen, lector, aquí hallarás lo sobrenatural y fantástico en un caso raro de hipnotismo, que en otros tiempos habría sido calificado de encantamiento; y lo real y tangible, en cuadros de costumbres descritos al

natural, pero realismo, honesto, muy diferente de ese otro realismo, que por desdicha campea en los cuentos y novelas de la época, que más sirve para despertar a enardecer las pasiones, que para reprimirlas a moderarlas.

Para la explicación de ciertos sucesos, conviene advertir que esta novela corresponde a la última década del siglo XIX, en cuyo tiempo trazamos su plan y la empezamos a escribir, pero causas que no interesa exponer nos obligaron a suspenderla, hasta ahora, en que la damos al público con motivo del tercer centenario de la publicación del inmortal *Quijote*.

Una cosa puedes decir, lector sensato, en acabando de leer el libro, y es ésta: “El argumento nos parece bueno, pero es lástima que no haya sido tratado por pluma más galana e ingeniosa.” En lo cual dirás la verdad; y en este conocimiento, sólo nos resta suplicarte que hidalgamente perdones los defectos de la obra, en gracia de la sana y patriótica intención con que ha sido escrita.

En la Aclaración que precede a la edición segunda, el Sr. Febres Cordero dice:

“Entre los reparos críticos hechos a *Don Quijote en América*, hay uno muy fuera de razón y hasta risible, cual es la infundada suposición de que el autor, ahumo de pajas y sin ton ni son, haya querido poner en escena a Don Quijote y Sancho, pretendiendo audazmente continuar la obra de Cervantes, como en otros tiempos lo intentara, con mejores títulos, el famosos Avellaneda.

Es claro que si esto fuese cierto, muy justa sería la crítica, y tanto, que no solamente los entendidos en la materia, sino cualquier hijo de vecino tendrá derechos de subirse al campanario del templo de las letras, para tocar a rebato, amotinar la literaria grey, de aquende y allende los mares, y lanzarla contra el sacrilego profanados del gran libro cervantino.

Pero no hay tal, queridos lectores: ni remotamente ha tenido el autor tan insensata pretensión, y es muy otro el pensamiento que campea en todas las páginas del libro.

La obra inmortal de Cervantes es como un río grande y majestuoso, que corre desde hace siglos, deleitando al mundo entero con la pureza y saludable virtud de sus aguas; y este Quijotillo criollo no es no es sino una simple acequia de regadío, derivada de aquel amplísimo cauce, con el sano

propósito de llevar esas mismas aguas a un nuevo campo, necesitado del provechoso riego de la crítica.

No se requiere mucho vuelo intelectual para comprender que no sólo gran audacia, sino ridiculez extrema sería emprender la continuación del Quijote: primero, porque el Quijote es obra del genio, obra acabada e intangible, y, por consiguiente, incontinuable; y lo segundo, porque aun cuando admitiese añadidura, trabajo sería de otro genio, que no ha nacido ni se espera que nazca pronto, pues ingenios como el de Cervantes, valiéndonos de la expresión de Solís, son de aquellos que producen tarde los siglos y tienen raros ejemplos en la historia.

Lo que sí puede emprender cualquier escritor bien intencionado, por criollo y humilde que sea, sin nota de audacia ni ridiculez, es el trabajo, no tanto literario sino moral y patriótico, de aplicar la crítica cervantina como correctivo de vicios y preocupaciones reinantes en lugar y época determinados; puesto que siendo Cervantes uno como gran pontífice y legislador del arte crítico, no puede haber atropello ni desacato alguno en aplicar a casos concretos su ley y su doctrina, donosamente personificados en Don Quijote y Sancho.

*Don Quijote en América* no ha nacido de un vano deseo de gloria ni de renombre, sino de un acto sincero de buena voluntad: en su composición, más ha trabajado el corazón que el entendimiento. Así es que no es obra de aspiración literaria, sino obra de intención patriótica: es la aplicación del legendario Quijote como correctivo de un mal que nos aflige, muy generalizado en Hispano-América, que consiste en el menosprecio de lo *criollo* y la servil imitación de lo *extranjero*; mal que se cubre bajo la capa de un progreso superficial, y que acabará por desnaturalizarnos del todo, privándonos de creencias, carácter, tradiciones, costumbres, industrias y cuanto de antiguo forma nuestro patrimonio de raza y nuestro distintivo señorial. Y toda esta inmensa pérdida ¿en cambio de qué? En cambio de vestir una abigarrada librea, para ir detrás, siempre detrás del extranjero, convertidos en dóciles lacayos.

Este mal funesto, que se apodera de la juventud y cunde en el pueblo, tanto más perjudicial porque seduce y cautiva con brillantes aparien-

cias, necesita un remedio popular y heroico: necesita aplicarle el cauterio del Quijote.

A este punto principal, de interés hispano-americano, se dirigen todos los hilos en la trama de esta novela: y si el examen crítico debe ir siempre al grano, al fondo de las cosas, a este punto principal deben dirigirse sus juicios, antes que andarse por las ramas, dando motivo para creer, en este caso, que no obedece la pluma a las reglas del arte, sino al refrán que dice: quien se quema, sopla.

Harto satisfechos estamos, sin embargo, de éxito alcanzado por la buena acogida del libro entre los doctos y el público en general; y bien quisiéramos, en señal de nuestro aprecio y agradecimientos, publicar aquí los juicios honrosísimos que sobre él se han hecho dentro y fuera del país, así por la prensa como en cartas particulares, pero siendo muchos y autorizados los más por personas muy competentes en ciencias y letras, nos detiene el temor de que no se atribuyese a tal su publicación, sino a desquite de la tacha que hemos rebatido, o a vanidoso alarde de los aplausos prodigados a la obra, cosas muy ajenas a nuestro carácter”.

Termina el Autor expresando su agradecimiento al Presidente de Venezuela por la benévola acogida que dispensó a su obra.

*Don Quijote en América* nos ha parecido un libro interesante por su intención moral, por la originalidad de la idea de presentar redivivo a Don Quijote en América, y por la fluidez y galanura del estilo.

En otro número ofreceremos a nuestros lectores, como muestra de esta obra, un capítulo que, destacado, forma un cuadro completo.

D. Miguel A. Caro

La Unidad  
Bogotá, 1906

## ACLARACIÓN

Con este mote acaba de publicar el Dr. Tulio Febres Cordero un lindo folletico, nítidamente impreso, que contiene el prólogo de la segunda edición de su última ingeniosa producción, “*Don Quijote en América*”. No hace el autor la defensa de su obra, explica el pensamiento que la formó, su objeto y fin, para rechazar cargos que tienen mucho de infundados por atribuirle pretensiones que ni siquiera ha imaginado.

Agradecemos al galano escritor patrio al obsequio del bello folletico.

**La Palanca**

Mérida, 1906

## ACLARACIÓN

Impreso en la Tipografía de El Lápiz de Mérida, hemos recibido un folletito, con el título de este suelto, el cual contiene el *Prólogo de la 2ª Edición* de Don Quijote en América, la magnífica obra del Doctor Tulio Febres Cordero. Honramos nuestras columnas con la reproducción de la Aclaración del notable escritor venezolano, para que los que no han visto claro abran los ojos y vean. A los que no quieren ver, porque se quema, *que soplen*.

Deseamos que se agoten muchas ediciones de D. Quijote en América.

**Hojas, diario de la tarde**

San Cristóbal, 18 de abril de 1906

TULIO FEBRES CORDERO

---

# ACLARACION

---

Prólogo de la 2.ª Edición  
DE  
D. QUIJOTE EN AMÉRICA



MÉRIDA—VENEZUELA  
Tip. de "El Lápiz."  
1906

## **ACLARACIÓN**

(Prólogo de la 2ª edición)

Entre los reparos críticos hechos a *D. Quijote en América*, hay uno muy fuera de razón y hasta risible, cual es la infundada suposición de que el autor, a humo de pajas y sin ton ni son, haya querido poner en escena a D. Quijote y Sancho, pretendiendo audazmente continuar la obra de Cervantes, como en otros tiempos lo intentara, con mejores títulos, el famoso Avellaneda.

Es claro que si esto fuere cierto, muy justa sería la crítica, y, tanto, que no solamente los entendidos en la materia, sino cualquier hijo de vecino tendría derecho de subirse al campanario del templo de las letras, para tocar a rebato, amotinar la literaria grey de aquende y allende los mares, y lanzarla contra el sacrílego profanador del gran libro cervantino.

Pero no hay tal, queridos lectores: ni remotamente ha tenido el autor tan insensata pretensión, y es muy otro el pensamiento que campea en todas las páginas del libro.

La obra inmortal de Cervantes es como un río grande y majestuoso, que corre desde hace siglos, deleitando al mundo entero con la pureza y saludable virtud de sus aguas; y este Quijotillo criollo, no es sino una simple acequia de regadío, derivada de aquel amplísimo cauce, con el sano propósito de llevar esas mismas aguas a un nuevo campo, necesitado del provechoso riego de la crítica.

No se requiere mucho vuelo intelectual para comprender que no sólo gran audacia, sino ridiculez extrema sería emprender la continuación del Quijote: lo primero, porque el Quijote es obra del genio, obra acabada e intangible, y, de consiguiente, incontinuable; y lo segundo, porque aun cuando admitiese añadidura, trabajo sería de otro genio, que no ha nacido ni se espera que nazca pronto, pues ingenios como el de Cervantes, valiéndonos de la expresión de Solís, son de aquellos que producen tarde los siglos y tienen raros ejemplos en la historia.

Lo que sí puede emprender cualquier escritor bien intencionado, por criollo y humilde que sea, sin nota de audacia ni ridiculez, es el trabajo, no tanto literario, sino moral y patriótico, de aplicar la crítica cervantina como correctivo de vicios y preocupaciones reinantes en lugar y época determina-

dos; puesto que siendo Cervantes uno como gran pontífice y legislador del arte crítico, no puede haber atropello ni desacato alguno en aplicar a casos concretos su ley y su doctrina, donosamente personificados en D. Quijote y Sancho.

*D. Quijote en América* no ha nacido de un vano deseo de gloria ni de renombre, sino de un acto sincero de buena voluntad: en su composición, más ha trabajado el corazón que el entendimiento. Así es que no es obra de aspiración literaria, sino obra de intención patriótica: es la aplicación del legendario Quijote como correctivo de un mal que nos aflige, muy generalizado en Hispano-América, que consiste en el menosprecio de lo criollo y la servil imitación de lo extranjero; mal que se encubre bajo la capa de un progreso superficial, y que acabará por desnaturalizarnos del todo, privándonos de creencias, carácter, tradiciones, costumbres, industrias y cuanto de antiguo forma nuestro patrimonio de raza y nuestro distintivo señorial. Y toda esta inmensa pérdida ¿en cambio de qué? en cambio de vestir una abigarrada librea, para ir detrás, siempre detrás del extranjero, convertidos en dóciles lacayos.

Este mal funesto, que se apodera de la juventud y cunde en el pueblo, tanto más perjudicial porque seduce y cautiva con brillantes apariencias, necesita un remedio popular y heroico: necesita aplicarle el cauterio del Quijote.

A este punto principal, de interés hispano-americano, se dirigen todos los hilos en la trama de esta novela: y si el examen crítico debe ir siempre al grano, al fondo de las cosas, a este punto principal deben dirigirse sus juicios, antes que andarse por las ramas, dando motivo para creer, en este caso, que no obedece la pluma a las reglas del arte, sino al refrán que dice: quien se quema, sopla.

Harto satisfechos estamos, sin embargo, del éxito alcanzado, por la buena acogida del libro entre los doctos y el público en general; y bien quiéramos, en señal de nuestro aprecio y agradecimiento, publicar aquí los juicios honrosísimos que sobre él se han hecho dentro y fuera del país, así por la prensa como en cartas particulares, pero siendo muchos y autorizados los más por personas muy competentes en ciencias y letras, nos detiene el temor de que no se atribuyese a tal su publicación, sino a desquite de

la tacha que hemos rebatido, o a vanidoso alarde de los aplausos prodigados a la obra, cosas muy ajenas de nuestro carácter.

Debemos, sí, reiterar la expresión de nuestra gratitud al Exmo. Señor General Cipriano Castro, Presidente de la República, por la honorífica y generosa protección que espontáneamente dio a la obra tan luego llegó a sus manos, lo que contribuyó en mucha parte a que pronto se agotase la primera edición, y nos viésemos en la necesidad de emprender la segunda, que ahora ve la luz, corregida de los yerros advertidos, en la esperanza de que el lector vea con ojos de piedad los que todavía le quedan, que no son, de seguro, los de menor cuantía.

**El autor**

Abril de 1906

### **LIBROS Y REVISTAS**

CARTA CRÍTICA sobre *D. Quijote en América* escrita por Pedro Fortoul Hurtado y contestación del autor. Mérida, Venezuela. Tip. de El Lápiz, 1907. Folleto de veinte páginas<sup>(\*)</sup> en que nuestro ilustrado amigo el galano escritor Tulio Febres Cordero refuta con la exquisita cultura y gracia que le son propias el juicio que su celebrada obra ha merecido al señor Fortoul Hurtado; juicio tan acre y rudo, que raya en lo injusto y ligero. Lunares y defectos tendrá la obra de Febres Cordero, cosa que él no niega; mas no tan resaltantes y numerosos para decir que “nació más enferma que aquellos pueblos, postrada, enclavada en la irremediable parálisis de un propósito imposible; desafiando temerariamente los fallos consagrados, las conclusiones más inmovibles de la crítica universal, atrayendo sobre sí no ya la

---

(\*) No se consiguió un ejemplar del folleto. Estas cartas cruzadas sirvieron de prólogo a la tercera edición, en 1930.

discusión que ilustra ni el anatema que en cierto modo magnífica, sino las sombras más tristes del olvido tan gravemente enferma nació esa obra, que la crítica no puede hacer otra cosa para con ella que dejarla morir en el sentido.”.... El público, con todo, que es el mejor crítico, el juez más recto casi siempre y el que sabe distribuir con conciencia las coronas del triunfo, ha agotado en poco tiempo dos ediciones de Don Quijote en América, y creemos que pronto se le ofrecerá la tercera. Rafael Pombo, José Manuel Marroquin, José Gil Fortoul, Soledad Acosta de Samper, Juan de Dios Méndez M., Daniel J. Reyes y Miguel de Unamuno deben entender algo de crítica para no elogiar a trochemoche un libro que sólo merece morir en el silencio. Mientras el público agote ediciones, puede Febres Cordero estar seguro de que su libro agrada porque es bueno. Ya se sabe que la crítica, no consiste en señalar defectos, que tal vez sólo para el censor lo son, sino en descubrir las bellezas de la obra artística.

Pedro Montesinos

Sin referencia hemerográfica

### **JUICIO SOBRE EL “QUIJOTE EN AMÉRICA”**

DR. TULIO FEBRES CORDERO – Su nombre es respetado en todos los países donde se pronuncien idiomas diversos, y sobre todo, en aquellos donde la lengua Cervantina tenga su culto. Es capaz como el arcaico y clásico Montalvo de escribir capítulos de esos que se le olvidarán al manco insigne, y de retar al mismo Avellaneda para que se ponga en paralelo con los príncipes de la palabra, de esos que hablan bien, escriben mejor y se entienden.

Ese ilustre escritor de Mérida, Venezuela, nos ha obsequiado con un folletito, que en síntesis, es un cauterio que arde muchísimo, porque es una verdad que hace notoria a todos los aristarcos que no quieren comprender

ni comprenden, (*porque sí*), su obra “Don Quijote en América”, y eso no es más que aquello que dijo alguien: *el envidiado está arriba, el envidioso abajo*.

Nosotros agradecemos sinceramente a nuestro ilustrado Dr. y amigo, su fineza y deseamos continúe enseñando y civilizando a los que no quieran ser europas ni yanquis.

El Cronista

Mérida, 1907

### **DE D. QUIJOTE EN AMÉRICA**

A mis manos vino un ejemplar de las cartas cruzadas entre los señores D. Pedro Fortoul Hurtado y D. Tulio Febres Cordero. Ellas fueron originadas por el libro “Don Quijote en América,” y la del primero es carta crítica, correspondida magistralmente por el autor, señor Febres Cordero.

En verdad el libro en cuestión no ha muerto, ni ha quedado olvidado, ni la crítica guardó sus fallos consagrados para mejor ocasión, como dice el señor Fortoul; ella habló y apuntó defectos y prodigó aplausos, merecidos éstos, ciertos aquéllos. De otra manera no me podría explicar cómo una obra que nació en un ataúd, arreglado con mortaja y todo para ser llevada a la fosa fría de la indiferencia y por añadidura señalada por el señor Fortoul como sacrílega, haya podido lucir tres trajes o por hablar más claro tres ediciones. Y, cuenta que la muerta anda y es regocijo de muchos y congoja de otros. De mí, sé decir que con sus páginas me he recreado grandemente y que mi reducido criterio me ha dejado comprender la sabia y moralizadora crítica que encierra la imitación noble del Inimitable de Cervantes.

Para comentar la carta de señor Fortoul Hurtado, necesariamente tendría que pedirle a D. Tulio Febres Cordero algunos de los argumentos y razones que le sobraron y que por modestia a por considerar completa,

como en realidad lo es, su defensa, no quiso anotar en su carta de 8 de Mayo del presente año, contestación a la que de Barbada le dirige el señor Fortoul.

De acuerdo estoy con Juan de Dios Méndez hijo, al manifestar que no sospechaba estuviese tan cerca un Cide Hamete Benengeli para los caballeros pensantes de nuestra época, refiriéndose a “Don Quijote en América”. En realidad este libro era necesario para nosotros y el mismo señor Fortoul Hurtado lo dice en la carta de que hablo: “En él hay una novela criolla de las mejores que en Venezuela se han escrito y muy digna de ocupar honroso puesto en la bibliografía hispanoamericana; hay más, hay una obra urgentemente necesaria, cuya sana y saludable tendencia es medicina importada no sólo en Venezuela, sino desde México hasta Buenos Aires por muchos pueblos enfermos, obra de verdadera trascendencia social, intelectual y moral, capaz de conferir gloriosos títulos a quien la realice, y vasta celebridad a un momento de la historia” Dice pero luego se lamenta y apunta que el solo título de “Don Quijote en América” hace caer las alas del corazón y que el subtítulo de: *La cuarta salida del ingenioso hidalgo de la mancha*, nos deja con la lengua muda y las manos amarradas para hacerle ninguna demostración de aplauso al que escribió la novela, “muy digna de ocupar honrosos puesto en la bibliografía hispano americana.”

Si Tulio Febres Cordero no ha pretendido arroparse con la gloria de Cervantes, sino más bien fuera beber en la fuente siempre pura del Quijote y luego trajo el agua bendita de las tendencias levantadas, y del real castellano recuerda en nuestras tierras el evangelio de nuestras costumbres, atacado y vilipendiado hoy por los grotescos escuadrones de Drs. Quix; si la obra es interesante y tiene “bellezas de excelente calidad que enriquecen su estilo”, si por ellas el Dr. Fortoul Hurtado admiró una vez más el ingenio del escritor andino, no veo en verdad el por qué de su diagnóstico fatal. La obra vivirá para gala de las letras suramericanas, para honor del autor D. Tulio Febres Cordero, distinguido escritor venezolano, y para solaz del no menos distinguido e ilustre D. Pedro Fortoul Hurtado, que no dudo reconocerá el error de haberse anticipado a doblar por “Don Quijote en América”.

**Manuel Rodríguez Chiari**

Cúcuta



## D. QUIJOTE EN AMÉRICA

*D. Quijote en América*, c'est le titre d'un ouvrage d'un brillant écrivain vénézuélien, *M. Tulio Febres Cordero*, que, dans un de mes récents articles-critiques sur la littérature vénézuélienne, j'ai baptisé le "Wagner littéraire des Andes", à cause d'une série de légendes quelque peu nибélunгиennes qu'il a, dans ces contrées fabuleuses de la nature sud-américaine, écrites d'après de traditions qui se perdent dans la préhistoire du Nouveau-Monde

"Don Quichotte en Amérique" (le docteur Quix abrégé de Quixote, dans cet ouvrage) y est, vous le voyez, la transplantation du héros éternel de Cervantès. Entreprise ardue et hardie, entre toutes! D. Quichotte, après trois siècles de sommeil ou d'enchantement glorieux dans ce cimetière de Montiel ou la sage prévoyance de Cervantès voulut l'enfouir à jamais, en sort, reparaît voulut l'enfouir à jamais, en sort, reparaît à l'évocation de M. Febres Cordero. Cette apparition ou aventure posthume, l'auteur l'intitule *quatrième sortie de l'ingénieur Hidalgo de la Manche*. Aussi, pour excuser et pour expliquer l'audace de l'auteur, il convient de dire que celui-ci n'entreprit cette redoutable entreprise qu'après s'être, au préalable, rudement et vaillamment armé de toutes armes... cervantines. Et il v réussit, admirablement, il faut le dire, plus que n'eusse jé en croire mes yeux. Mais, jusqu'à quel point? Juste durant les premiers huit, chapitres, tant que D. Quichotte (qu'il n'a pas eu encore la malencontreuse idée de déguiser en docteur Quix, ni de l'embarquer pour l'Amérique, hélas!) continue, à côté de son excellent Sancho Panza, également ressuscité, sur le sol espagnol, dans Castilla la Vieja. L'auteur fait parler ces deux héros auxquels y arrivent des menues mésaventures, et tout, voire le style cervantin avec lequel ce tout est dit et raconté, vous donne l'illusion complète de leur existence, en présence et en paroles. Mais l'illusion est vite partie dès que D. Quijote (D<sup>r</sup> Quix) et Sancho Panza (M. de Armagasille! s'embarquent... pour où? Pour le Venezuela ! Et dans quel but? Le Dr. Quix, de Manchester, auquel trois siècles d'enchantement lui ont acquis toute la sagesse et toute la science humaine, s'y présente en chevalier du Progrès, car il ne s'y agit plus des veuves et des orphelins, mais de la Civilisation. L'héroïque chevalier de la

Trsite figure est devenu l' apôtre du Savoir. Son fidèle écuyer ou domestique, est devenu son ami le quart du temps, et son co-aventurier les autres trois cuartsd' un temps qu'ils auraient mieux employé à continuer à vagabonder, sous la plume de Febres Cordero, aux alentours de la cave enchantée de Montesinos, ou ailleurs en Espagne. Le docteur Quix est un grand inventeur, et très fort en chimie: certaines de ses pilules à l' appui, et qui causent l' admiration de son ex-Sancho, ci-devant M. d' Argamasille.

Leur traversée du Venezuela ne se passe sans quelques incidents qui ressemblent à des aventures. Cela en obésissance au proverbe qui dit (le proverbe est d'occasion, puisque nous occupons de Sancho): «la chèvre tire vers les hois». D. Quichotte-Quix, malgré ses trois cents ans de mort ou d' oubli se sent encore, au Vénézuéla, la proie de son ancienne hantise : les aventures. Des aventures scientifiques!

Malheureusement, celles qui lui y arrivent sont loin, bien loin de valoir la moindre de ses sublimes chevauchées à travers la terre aride et triste de la Castile d' il y a trois siècles, voire de la fantomatique sortie du vieux cimetièrre d' où le tira Febres Cordero. C' est que le Progrès, c' est que la Civilisation est la prose, et D. Quichotte est la Poésie: la poésie d' un idéal intangible et d' une chimère qui s' en va, au-dessus des aspirations de l'âme humaine, irrémédiatement, battant ses ailes d' or, ses ailes rapides. L' âme de Don Quichotte ne saurait plus revenir sur ce monde de progrès, elle s' y trouverait prisonnière ou exilée de son milieu. telle une plante exotique transplantée dans l' inclémence d' une terre boréale.

Don Quichotte est mort, depuis trois siècles. Il y a des résurrections littéraires impossibles. Telle est celle du sublime redresseur de torts.

Pietri-Daudet

Bruselas

## **JUICIO DE FERNÁNDEZ BREMÓN**

Entre los juicios adversos a la obra, en cuanto a su título y plan sustancial, figura el del célebre literato español D. José Fernández Bremón, que lo publicó en la Ilustración Española y Americana, de Madrid, en la forma de carta abierta para el autor. El juicio que le dedica, no obstante ser contrario en cuanto no admite, como otras críticas, que pueda revivirse el héroe de Cervantes y menos aún con otro género de locura, contiene sin embargo mucho favorable en lo relativo a la parte literaria y estilo del libro. Ya para concluir dice:

“No fuera D. Quijote el Dr. Quix, que no lo es ni necesitaba serlo; no se llamara el libro “Don Quijote en América, sino “El Dr. Quix” y careciera de conexión corporal con el héroe de la Mancha, que espiritualmente no lo tiene, y sería, como dice muy bien el Sr. Fortoul Hurtado “una novela criolla de las mejores que en Venezuela se han escrito”. Y añadiré otra observación: con ser tan antitético a D. Quijote el tipo que ha creado usted, y tan fuera del espíritu de Cervantes el objeto de esa obra, hoy en la delicadeza de pluma y en no sé qué comunidad de sentimiento literario, páginas en el libro de usted, que no desmerecen del propósito temerario acometido. Es un error el libro, pero el error de un hombre de superior talento que escribe y diferente como tal”

## **DON QUIJOTE EN VILLASEÑOR**

San Cristóbal, julio de 1931. En “El Nuevo Diario”, hemos leído un escrito con el nombre que sirve de epígrafe a estas notas, firmado por N. X., a propósito del libro “Don Alonso Quijano el Bueno”, de que es autor el señor licenciado Julián Motta Salas. En dicho escrito, además de ponderar el articulista la obra del licenciado, mienta también otros escritos que tanto en España como en América se han ocupado en glosar el libro de Cervantes.

Entre estos últimos cita, como es natural, a Don Juan Montalvo, por ser quien más se acerca al modelo inmortal, y porque amén de poseer una preparación extraordinaria, condensó en su estilo macizo de una rotundidad broncínea, parte de la epopeya de aquella vida singular que a través de los siglos conserva una perpetua actualidad y de la cual trasciende un secreto aroma vencedor del tiempo y del espacio. En hablando de Don Juan Montalvo, el articulista hace justicia al polígrafo ecuatoriano y reconoce la maestría insuperable con que el hijo de Ambato resucitó al prócer manchego. En lo que sí no acierta, y que motiva este comentario, es en la manera harto ligera con que habla de “Don Quijote en América”, el celebrado libro de Don Tulio Febres Cordero. Menos mal, si el autor de dicho artículo pormenoriza las causas en que se funda para menospreciar, así como así, un libro que es no sólo motivo de orgullo de la literatura nacional, sino también de las letras indoamericanas; pero el articulista se contenta con decir despectivamente que “Don Quijote en América” es un libro “mediocre en el fondo y desaliñado en la forma”. Parécenos que N.X., o no ha leído o ha leído mal el libro del señor Febres Cordero; que de haber leído no estamparía ese concepto precipitado que deja dudas sobre su probidad crítica. El estilo de Don Tulio Febres Cordero es sencillo, desprovisto de galas retóricas; pero de esto a decir que sea “mediocre y desaliñado”, hay no poca distancia.

Gonzalo Picón Febres, coterráneo del autor de “Don Quijote en América” y crítico de aguda percepción y nada amigo de prodigar elogios desmedidos, dice del libro del señor Febres Cordero lo siguiente, en su erudita obra “La Literatura Venezolana en el Siglo XIX”: “En 1905, apareció la patriótica obra de Tulio Febres Cordero, titulada “Don Quijote en América”, la cual se ha prestado a diferentes juicios, algunos de ellos caprichosos y vacíos. “Don Quijote en América” es un libro de bien, de virtud reintegradora, de patriotismo intencionalmente curativo, de propaganda contra el charlatanismo reinante en Venezuela, de oposición al entronizamiento de lo exótico, adulterador funesto de la integridad nacional en todos sus órdenes y manifestaciones, y de resistencia briosa contra ese espíritu de novelería inconsciente que permuta de buen grado el oro puro de la *tierra* por las baratijas del buhonero itinerante que echa sobre nosotros el audaz mercantilismo de los países codicioso que quieren explotarnos a sus anchas”.

Este juicio de Picón Febres que como crítico no temía decir la verdad, aunque suscitara resquemores, es suficiente para probar la sin razón de N.X., al emitir aquel concepto deprimente, si ya no estuvieran de por medio los méritos positivos de la obra y la intención ampliamente americanista de su eminente autor.

N.X., que tanto elogia el libro del licenciado Motta Salas, (no obstante cometer éste el grandísimo pecado de casar al noble Caballero de la Mancha), N.X., decimos, debiera tener más tino en sus juicios y no lanzar conceptos asaz arbitrarios con la suficiencia insufrible con que lo hace; actitud que no se compadece, por otra parte, con la ilustración e imparcialidad que demandan las altas funciones de la crítica.

**Pedro Romero-Garrido**

San Cristóbal, Julio, 1931

### **DON QUIJOTE EN AMÉRICA**

Como un especial obsequio a nuestros amables lectores, empezamos a publicar desde hoy, en forma de folletín y con presentación tipográfica adecuada para darle forma de libro, la importante y exquisita novela cuyo título sirve de epígrafe a esta nota, escrita por Don Tulio Febres Cordero, benemérito de las letras nacionales y españolas.

Juzgamos que nuestros favorecedores sabrán apreciar el empeño que ponemos siempre en comunicar el mayor interés a nuestra pobre hoja, pues una vez más lo dejamos comprobado con la aquiescencia que hemos obtenido del eminente escritor emeritense para la reproducción de su valioso libro.

El meritísimo libro del Doctor Febres Cordero, como su cuantiosa labor literaria que lo ha elevado con mucha justicia a la categoría de maestro entre los escritores de primer orden, ya nacionales como extranjeros, para nada necesita de nuestro desabrido comentario, ni mucho menos de presen-

tación; pero como suponemos que es poco conocido en este medio, nos permitimos recomendarlo especialmente a los lectores de la región pues en dicha obra encontrarán entretenimiento jugoso y honesto, modo de apreciar la diferencia tan grande que va de un libro bien escrito a la de tantos como figuran hoy llenos de pura hojarasca, y la ocasión muy buena de saber lo mal que cuadra la idea de extranjerizarnos, ya que la razón más resaltante de dicha novela es ridiculizar tan antipática inclinación.

Por otra parte, estamos obligados a manifestar mucha gratitud al doctor Febres Cordero por la fina amabilidad que nos dispensa al prestar su asentimiento para reproducir su fina obra de crítica, de la cual nos ha enviado un ejemplar, como lo verá el lector en la atenta y honrosa carta que a continuación insertamos:

Mérida: Diciembre 22 de 1933

**Señor Ovidio Hurtado**

Director de "Delta Amacuro"

Tucupita

Mi apreciado amigo:

He leído con particular agrado su carta de 17 de noviembre último; y al darle las gracias más expresivas por las frases muy amables que me dedica, me es grato manifestarle que no tengo ningún inconveniente en que usted publique, como lo desea, en su interesante semanario, en forma de folletín, mi novela Don Quijote en América, de la que le remito un ejemplar de la última edición.

Es la oportunidad de expresarle mi agradecimiento por el constante envío de "Delta Amacuro", a la vez que mis votos muy sinceros por el éxito de sus labores periodísticas, como premio de los meritorios esfuerzos de usted en ese campo cultural, y para beneficio de ese dilatado territorio.

Ya por la carga de los años, como por quebrantos habituales de sa-

lud, soy un inválido que no puede ofrecer nada efectivo, sino mera voluntad de servir.

De usted inútil servidor y afmo. amigo

**Tulio Febres Cordero**

Fue publicada por entregas en el periódico Delta Amacuro, a partir del 20 de enero de 1934, N° 721.

### **UN LIBRO**

Esmerado trabajo tipográfico de los señores Parra León Hermanos, de Caracas.

Título curioso, sugestivo. Contenido de intención depuradora, noble. Autor Venezolano de reconocidas credenciales.

“Don Quijote en América o sea la Cuarta Salida del Ingenioso Hidalgo de la Mancha,” es la obra de cuya tercera edición hemos recibido un ejemplar enviado por su autor Don Tulio Febres Cordero.

La factura e ideología clásica de este trabajo tal vez no llegará a ser generalmente apreciado en nuestro ambiente frívolo y estragado. Tal sucede hoy con la obra cervantina, con Amadis de Gaula y con casi todas las obras maestras de la literatura antigua.

Cuadra a un hidalgo de la talla de don Tulio salir así a deshacer entuertos en nuestro Campo de Montiel.

La amenidad y sencillez, el estilo pulcro y castizo, así como la propiedad de las ideas y el sentido crítico del autor, hacen de “Don Quijote en América” un libro valioso.

Damos las gracias a don Tulio por su fino obsequio.

Ideas, Altagracia, Zulia, diciembre, 5 de 1931

**COSTUMBRISMOS, NARRACIÓN, ÉPICA**  
**Y ORATORIA ROMÁNTICA**

El género de la «leyenda histórica» desarrollado por don Arístides ha tenido hasta nuestros días un último y meritorio representante en Tulio Febres Cordero, el maestro de Mérida (1860-1938), cuya obra, por su posición antimoderna y emocionalmente arcaica, cabe mejor en la Literatura del siglo pasado que en la de los modernistas y realistas contemporáneos. Lo que don Arístides hiciera para la Caracas colonial, Febres Cordero lo hace para su serrana Mérida. Fue el archivo viviente de la ciudad, su enamorado testigo, y de cierta manera, su poeta. Ha contado en llana y agradable prosa la historia, la época y las costumbres de Mérida y de gran parte de la región andina desde el período indígena hasta la segunda mitad del siglo XIX. La tradición, la monografía histórica, el cuento y la novelita ingenua que se puede poner en todas las manos le han servido para este propósito. Toda su obra —obra de un buen hidalgo provinciano— es la apología del viejo vivir rancio, de un tiempo que, contra la nerviosidad modernista, le parecía a don Tulio patriarcal y feliz. Su mejor tratado de criollismo es la novela *Don Quijote en América*, que contiene algunas frescas y deliciosas descripciones de viejas costumbres. Al morir don Tulio, en 1938, Venezuela toda, y especialmente la región andina, lo honraron mucho, más que como a un escritor, como a un viejo patriarca: como al intérprete de una época desaparecida, señorial y caballeresca. Era por el estilo de su obra y de su vida un como pequeño Walter Scott de Los Andes<sup>1</sup>

**Mariano Picón-Salas**

*Formación y Proceso de la Literatura Venezolana: historia y crítica literaria.* Caracas. Editorial Acosta, 1940. p. 135

---

<sup>1</sup> Véanse los dos mejores estudios sobre Febres Cordero: el de José Domingo Tejera, «Tulio Febres Cordero» (Esbozo), Mérida, 1915, y el bello discurso panegírico de Roberto Picón Lares en el Ateneo de Caracas, 1938.

El torero y el  
turista miran  
al futuro



“Juicios varios sobre la obra  
Don Quijote en América o sea la cuarta salida  
del ingenioso Hidalgo de La Mancha”



(Cartas)

## **PRÓLOGO DE LA TERCERA EDICIÓN**

Sirvan hoy de prefacio las dos cartas que en seguida copiamos, posteriores a 1906, en que apareció la segunda edición, por cuanto ellas informarán al lector sobre el debate crítico de que fue objeto esta obra cuando por primera vez vio la luz pública en 1905.

«Barbada: 29 de enero de 1907

P. O. Box 182

**Señor D. Tulio Febres Cordero**

Mérida

Mi ilustre compatriota:

Acabo de recibir la generosa carta de Ud., fecha 7 de diciembre último, y no me extraña la disparidad entre la distancia y la fecha, porque el sobre trae sellos de Norfolk y James Town, y esto sucede con frecuencia.

Hace muchos años que soy devoto admirador de Ud. y cuando veo el desbarajuste a que los llamados modernistas han llevado la producción literaria de nuestra tierra, mi devoción se confunde con el agradecimiento, porque amo mi lengua y reconozco que Ud. es uno de los pocos escritores que toman plausible interés en mantener suspendido el prestigio de Venezuela en la conservación de la gloriosa lengua castellana. Como asiduo lector de cuanto Ud. escribe, conocía yo muchas de las altas dotes que le adornan; pero ni remotamente sospechaba que llevara Ud. la modestia hasta descender a felicitarme y a ofrecerme palabras de generoso y noble estímulo, cuando tan pobres son mis merecimientos, si es que tengo algunos. Lleno de orgullo estaría yo ahora viendo colmada mi ambición con el aplauso de Ud; si no fuera que un sentimiento más discreto y en cierto modo más egoísta, me está deleitando el corazón: usted me ofrece su amistad, me llama amigo, y esta conquista de mi suerte no tiene precio.

Y como no quiero que ni por un solo día se quede nuestra naciente amistad en los términos de la etiqueta, cual si el valioso ofrecimiento de Ud.

no fuese sino un exquisito rasgo de cortesía, empiezo desde hoy a charlar con Ud. ingenua, llana y francamente, en la seguridad de que mi charla tendrá benévola acogida por parte del amigo y maestro. Coincide la carta de Ud. con la publicación de unos articulejos míos en *La Religión*, de Caracas, coincide en fecha, he querido decir; y en el último de esos articulejos hay algo que le toca a Ud. muy de cerca. Si no los ha leído Ud., hágame la merced de solicitar el último, (*La Religión*, fecha 10 de enero) y coteje lo que allí lea referente a Ud. con lo que paso a decirle. (\*)

Hace cosa de año y medio, el doctor Pedro J. Romero me envió, por encargo de *La Religión*, un ejemplar de *D. Quijote en América*, o sea la cuarta salida del ingenioso hidalgo de la Mancha, pidiéndome un juicio sobre este interesante libro. Leí la obra con sumo interés, saboreé las bellezas de excelente calidad que enriquecen su estilo, admiré una vez más el ingenio del escritor andino, y me negué a escribir lo que se me pedía. —“Si el autor fuera otro —le dije al doctor Romero— me sería fácil publicar mi opinión acerca de *D. Quijote en América*, pero Tulio Febres Cordero es uno de los escritores venezolanos que más respeto y simpatía me inspiran, por las altísimas prendas intelectuales de que viene haciendo gala, y como el libro ha sido generalmente bien recibido, en tanto que mi opinión le es muy adversa, no quiero ni debo salir ahora con una nota discordante. Lo mejor es callar y no dar a los modernistas corruptores de la lengua, el placer de leer algo, siquiera de obscura procedencia, contra la labor intelectual de un gallardo representante de la buena causa”.

---

(\*) Los párrafos referentes, tomados de la conclusión de la serie de artículos titulados *Mi cuarto a espadas*, son los siguientes:

"Mas no debo poner punto final, sin llamar la atención del lector hacia lo único bueno que hay en el Ensayo (el de historia crítica de la literatura venezolana en el siglo XIX por el Dr. Gonzalo Picón Febres). Son unas páginas de incalculable trascendencia literaria, en que el autor del Ensayo puso todo su saber, desplegó alas aquilinas, sondeó profundidades inexploradas, y levantó un monumento que será impeccedero en la historia de las letras castellanas. Me refiero al estupendísimo paralelo ¡entre don Miguel de Cervantes Saavedra y don Tulio Febres Cordero! ¡entre don Quijote, héroe inmortal de la Mancha, y el doctor Quix, héroe inmortal de San Isidro!

Eso dije, y callé mi adversa opinión, aunque lamentando para mí solo mi propio silencio. ¡Qué lástima de libro! En él hay una novela criolla de las mejores que en Venezuela se han escrito y muy digna de ocupar honroso puesto en la bibliografía hispanoamericana; hay más, hay una obra urgentemente necesaria, cuya sana y saludable tendencia es medicina implorada no sólo en Venezuela, sino desde Méjico hasta Buenos Aires por muchos pueblos enfermos, obra de verdadera trascendencia social, intelectual y moral, capaz de conferir gloriosos títulos a quien la realice, y vasta celebridad a un momento de la historia.

Pero desgraciadamente esa obra nació más enferma que aquellos pueblos, postrada, enclavada en la irremediable parálisis de un propósito imposible, desafiando temerariamente los fallos consagrados, las conclusiones más incommovibles de la crítica universal, atrayendo sobre sí no ya la discusión que ilustra ni el anatema que en cierto modo magnifica, sino las sombras más tristes del olvido. Tan gravemente enferma nació esa obra, que la crítica no puede hacer otra cosa para con ella que dejarla morir en el silencio.

Usted –y no podía ser de otro modo– sospechó este severo juicio del mundo, y puso empeño en justificarse; pero el remedio a que Ud. recurrió en el prólogo, agravó la dolencia, no porque haya podido echar mano de otro, que indudablemente no existe, sino porque confesó más explícitamente el –¿lo diré?–, el sacrílego intento de continuar la obra de Cervantes. Si el solo título: D. Quijote en América indispone luego el ánimo sin poderlo remediar; si el subtítulo: la cuarta salida del ingenioso hidalgo de la Mancha, no nos deja ya duda de que se trata de una vituperable profanación; si por más que hagamos nos sentimos incapaces de complacer al autor, aplazando nuestro fallo para después de leído todo el libro: ¡cuánto crece nuestro disgusto al ver, por el segundo párrafo del prólogo, que el Quijote americano pretende ser nada menos que el mismo de Cervantes en espíritu y en verdad!... con solo exteriores diferencias debidas a la diferencia de los tiempos!...

---

"¿No lo has leído, caro lector?"

"Léelo, te ruego, y pídele después al santo de tu devoción que interceda por nosotros para que el Señor nos libre de terremoto y de casos desastrados"

Leído ya todo el libro y viendo que no se trata de una simple travesura literaria, más o menos efímera, en que se satiriza a Cervantes con la burlesca parodia, y “al mejor libro del mundo” con grotescas caricaturas de D. Quijote y de Sancho; sino de un trabajo tan serio y tan sincero como lo requiere el noble y patriótico ideal de combatir males profundos de un pueblo y de una época, se nos hace casi imposible la explicación de nuestras ingratas impresiones.

La crítica dice que entre Cervantes y Hornero, en cuanto genios inimitables, no hay diferencia alguna. ¿Qué diría Ud., qué pensaría y sentiría, si alguno de nuestros mejores poetas compusiera otros veinticuatro cantos de la Iliada, nos asegurase que sus héroes son los mismos de Homero en espíritu y en verdad, y nos presentase a Aquiles cobarde y vestido de turista, a Héctor bellaco y en traje de torero, a Andrómaca desvergonzada y corriendo en bicicleta?... Le digo a Ud. que mis impresiones ante hecho tan inaudito, no son para expresarlas por esta mi torpe pluma, sobrecogida y muda de espanto; pero sí puedo asegurarle que se parecen mucho a las que experimenté con la lectura del estrambótico paralelo escrito por el doctor don Gonzalo Picón Febres y publicado en las páginas 416, 417, 418, 419 y 420 del Ensayo de historia crítica.

Ahí tiene Ud. explicado el por qué de aquellos renglones, y precisado el verdadero blanco a que mi tiro se dirigía; he ahí también mi sincera opinión acerca de D. Quijote en América como obra de imitación. Bien puedo estar equivocado en mis apreciaciones, pero indudablemente he dicho aquí con toda lealtad lo que pienso y lo que siento en el particular. Ocultar a los ojos de Ud. ese sincero juicio mío, me parece pecar contra el respeto que debo al escritor y al amigo, y si desgraciadamente mis ideas adolecen de vulgarísima rudeza en la expresión, no es defecto nuevo en mí, pues jamás he podido aprender ese arte delicado que tanto admiro en los verdaderos escritores, y por el cual se nos hacen amables los pensamientos más amargos y las ideas más crueles.

Bien quisiera yo dar al público esta carta, para responder a ciertas malintencionadas interpretaciones, haciendo ver que para mí el libro de que tratamos, y considerado desde el punto de vista ya dicho, es una simple aberración, incapaz en absoluto de obscurecer los envidiables triunfos intelect-

tuales alcanzados por el egregio escritor andino. Pero esta carta es contestación a una de Ud. y por eso no me creo autorizado para publicarla.

Reitero al maestro y amigo la expresión de mi gratitud, y le ruego no medir por el tamaño de mi rudo intelecto la profundidad de mi sincero afecto.

Su admirador, amigo y compatriota  
P. Fortoul Hurtado».

«Mérida, Venezuela, 8 de marzo de 1907

**Señor D. Pedro Fortoul Hurtado**

Barbada

Muy distinguido amigo: Con grata sorpresa he leído su interesante carta de 29 de enero último, contestación a la mía de 7 de diciembre, en que sinceramente lo felicitaba por su chispeante y bien intencionado cuadro de costumbres modernísimas titulado *El día de la Borla*, que vi reproducido en el importante semanario La Voz del Estado de San Cristóbal, y lo excitaba a darse buena mano en proseguir, con tan brillantes armas, esa campaña de tanto beneficio para las letras patrias, aprovechando la propicia ocasión para ofrecerle una amistad de antiguo sentida y profesada, que V. ha acogido con amable y excesiva benevolencia, sentimientos que hoy le reitero con la misma ingenuidad.

Como V. no me conoce personalmente, sino por lo que escribo, y como no siempre corren parejos el estilo y el carácter personal, por más que se diga que el estilo es el hombre, barrunto que haya quedado V. en suspenso o divagando un poco sobre la impresión que haya podido causarme su carta, si de pena o de placer, en vista del juicio adverso que contiene sobre D. Quijote en América; y siento muy de veras que la distancia retarde el momento de sacarlo de esa divagación, si la tuviere, manifestándole que no solamente he leído con placer su gallarda carta, sino que tengo muy justo motivo para estarle agradecido por el ventajoso concepto que de mí se ha

formado, y por el modo mismo, leal y paladino, de comunicarme su contraria opinión sobre la obra citada.

Ha de saber V. que, no obstante haber sido excitado por varios amigos a escribir en defensa de aquel libro, desde que aparecieron sucesivamente los juicios críticos de los distinguidos escritores Semprún, en *El Cojo Ilustrado* de Caracas, Max Grillo, en *El Correo Nacional* de Bogotá, y Picón Febres, en su historia crítica *La literatura venezolana en el siglo XIX*, no lo había hecho por varias causas, siendo la principal de ellas mi respeto a la libertad de juzgar en el terreno literario, que tiene más entradas y salidas que la famosa Tebas; pero ya que V. me dirige epistolarmente una impugnación análoga, voy a exponerle algunas ideas, para que las considere y aprecie, según su leal saber y entender, sin adelantarme a creer que puedan persuadirlo, porque en estas materias tanto tengo yo de infalible como de cristiano el gran Turco.

Como la parte vituperable de la novela dicha, según su sentir, está sustancialmente en considerarla una profanación de la obra inmortal de Cervantes, por haber resucitado y puesto en acción a D. Quijote, a este particular debo ceñirme, confirmando aquí lo que ya dije en la Aclaración o prólogo de la segunda edición, que con esta carta le remito, pues por lo que deduzco, sólo conoce V. el de la primera.

No puedo creer, mi caro amigo, que la admiración y respeto debidos a Cervantes, se vean atropellados porque se pretenda aprovechar la clarísima antorcha que su genio encendió en el mundo, para llevarla a campos necesitados de esa luz benéfica; puesto que si este trabajo de aplicación concreta de la crítica cervantina resultare eficaz y provechoso, la gloria no sería ciertamente del que haya endilgado a D. Quijote por este o aquel camino en los tiempos modernos, sino del mismísimo Cervantes, que produjo un hijo capaz de realizar en su tiempo y en los venideros tan ventajosas empresas.

La obra de Cervantes tiene varias luminosísimas facetas: tanto es la pintura admirable de una época y un libro encantador por su estilo y su lenguaje, como un gran cuadro de costumbres, permanente y universal, porque penetra a fondo en la condición humana, mostrándonos a lo vivo y con rara habilidad los altos y bajos de la vida, el continuo subir a la altura de las más

hermosas ilusiones, y el continuo despeñarse por los barrancos de la dura realidad; pero por encima de estos méritos, está el mayor de todos, el haber sido el Quijote para el arte de la crítica lo que la pólvora para el arte militar, un nuevo elemento, una sustancia poderosa, que ora se queme en cañones y morteros, ora en trabucos y escopetas, y hasta en la simple carabina de Ambrosio, y bien pueda reventar como un trueno, bien como un triquitraque, siempre será la pólvora, y una arma de combate de que todos pueden hacer uso, sin que el poco o ningún acierto de los tiradores pueda tomarse como burla u ofensa hecha a su célebre inventor.

El Héroe de los Molinos de Viento está vivo y muy vivo, apostado en cada encrucijada del mundo; y no se le ofende ni profana, sino más bien se le rinde homenaje y se le da en la vena del gusto, llamándolo, como he hecho yo, cuando de él se necesita, para acabar con un gigantazo como este del extranjerismo pedantesco, que se nos ha metido de rondón en las Repúblicas hispanoamericanas.

Y no es esta una opinión *ad hoc*, para defenderme en el presente caso, sino doctrina establecida de antaño en los dominios de la crítica, porque la idea de aprovechar y continuar en este sentido la obra de Cervantes, si nueva en Hispano América, no lo es por cierto en Europa, pues ha sido llevada a cabo en España y en Francia por muchos escritores de nota y en diversas épocas. Ahora verá V. lo que dice a este respecto un literato español tan concienzudo y erudito en la materia como D. José M. Asensio, de la Real Academia de la Historia, inventor del vocablo cervantista, y autor de numerosos y profundos estudios históricos, bibliográficos y filosóficos sobre el Quijote, fruto de una consagración especial de cuarenta años, según lo dice su prologuista el Dr. Thebussen, estudios publicados en un libro con el título de Cervantes y sus Obras (Barcelona, F. Seix, Editor, 1902), obra que se recomienda sola por la serena y jugosa crítica que brilla en sus páginas.

“Tengo para mí –dice el docto crítico– que el mayor tributo que a un ingenio rinden los que le suceden, la prueba mejor que dar pueden de reconocer su superioridad, es la de imitar sus obras, aprovecharse de sus pensamientos, resucitar los personajes creados por su fantasía y tratar de continuar sus narraciones”. Y en un párrafo siguiente, que copio íntegro, explana más el parecer sobre el particular:

“Pero al hablar de los continuadores del Quijote, es necesario trazar una gran línea divisoria. Preciso es apartar y distinguir al que en vida del autor se apoderó de su pensamiento, escarneció sus hechos gloriosos y trató de privarle de la ganancia que pudiera producirle su creación, de aquellos que después de su muerte han procurado seguir sus huellas, tomándolo por guía en su camino, por modelo digno de imitación. El primero cometió una mala acción, perpetró un robo; los últimos rinden homenaje al talento del gran inventor. Avellaneda fue un émulo, un envidioso ruin y artero; los demás continuadores forman en línea con toda la falanje apasionada y entusiasta, que se postra ante el manco de Lepanto”.

Tal es el juicio de uno de los que pudiéramos llamar sumos sacerdotes del culto cervantino, juicio que no aparece formulado así, de paso, sino como idea sustancial en un estudio expreso titulado *Los continuadores de El Ingenioso Hidalgo*.

Cabe citar aquí lo que dice otro literato español de mucho renombre y cervantista consumado, D. Miguel de Unamuno, en su *Vida de D. Quijote y Sancho*, libro que bien pudiera llamarse un comentario filosófico de la obra de Cervantes. Dice así: “¿Pero es que creéis que D. Quijote no ha de resucitar? Hay quien cree que no ha muerto, que el muerto, y bien muerto, es Cervantes que quiso matarle, y no D. Quijote. Hay quien cree que resucitó al tercer día, y que volverá a la tierra en carne mortal y a hacer de las suyas”. Y Unamuno no se ha escandalizado al leer el Quijote indiano, sino al contrario, pues me dice en la galante dedicatoria de un ejemplar de su citada obra, que le está dando buenos ratos y que ha de decir de él mucho bueno.

Tampoco se escandalizó Gil Fortoul, crítico tan sagaz como experimentado, ante esta resurrección del Quijote. Cuando leyó el libro, me escribió lo siguiente, entre otras frases de sincera aprobación: “Anduvo usted más acertado que Montalvo en los Capítulos que se le olvidaron a Cervantes (obra, en mi entender, de puro pasatiempo, y diletantismo arcaico). La idea iniciativa de usted es más original. Vivo placer me ha causado la resurrección del Caballero y su escudero, y mayor todavía verlos entrar a nuestra tierra en aventuras modernas o modernistas. Y el final es digno del principio”.

Y menos todavía se escandalizó Juan de Dios Méndez hijo, que días

antes había clamado por tal resurrección: “Recuerdo, me dice, que en un editorial que escribí para La Semana (creo que sobre las teorías de Nietzsche) terminé preguntando: ¿No habrá un Cide Hamete Benengeli para estos caballeros pensantes? ¿No sospechaba yo entonces que tan cerca lo tuviera!” Y a tanto llega el aplauso de este ilustrado escritor, que se lamenta de que la obra no tenga varios tomos.

Estoy perfectamente de acuerdo con V. en que el libro nació para morir, para ser enterrado tarde o temprano en la fosa del olvido, sin lamentaciones ni respuestas, así como también en que nació enfermo, pero en lo que no estamos conformes es en el diagnóstico de la enfermedad que padece, la cual, según su dictamen es tan grave y manifiesta, que basta verlo por fuera, es decir, leerle el título, para exclamar resueltamente, sin más examen: ¡muerto tenemos!

Y si esto fuere así, como V. lo pinta con tanta exaltación y gentileza ¿cómo explicar entonces el hecho de que el libro haya sido generalmente bien recibido, según V. lo dice al doctor Romero? Hecho ciertamente indudable en Venezuela, donde ganó mayor notoriedad por el generoso y espontáneo aplauso que le dio el mismo Presidente de la República, general Cipriano Castro, y también en Colombia, únicos países donde han circulado las dos ediciones que de él se han hecho, pues no llegan a doce los ejemplares que el autor ha remitido a otras partes. ¿Ni cómo se explica tampoco que varios escritores, en distintos puntos de la República, y aun en la misma Colombia, de edad madura unos, y jóvenes otros, hayan elogiado el libro, *motu proprio*, en estudios críticos, más o menos formales, que la prensa ha publicado y reproducido?

Cómo explicarse racionalmente esta buena y general acogida de un libro que a primera vista, en su título y su prólogo, está anunciando un intento sacrílego, una vituperable profanación, un propósito imposible, un temerario desafío a las conclusiones de la crítica universal, tremendos cargos con que V. lo anatematiza?

No se explica, en realidad, sino atribuyéndolo a hechizo, a mágica travesura de alguna desconocida Urganda o algún sabio Alquífe, que haya desfigurado el rostro al Quijote criollo, al grado de presentarlo a sus ojos con esa cara tan espantable, por ser cosa demasiado sabida la mano que tienen los

encantadores y hechiceros en todo lo tocante a vida y hechos del celeberrimo Hidalgo.

No creo aplicable, por carecer de analogía, el chistoso ejemplo que V. idea de la ridícula parodia que se hiciese de la *Ilíada*, pues ésta y el *Quijote* son obras de muy distinta naturaleza, aunque Homero y Cervantes sean iguales como genios; pero no es por esta sola razón la falta de analogía, sino por lo principal del asunto, por todo cuanto dejó dicho, porque ni en el objeto de la novela que nos ocupa, ni en su plan y desenvolvimiento, ni en los mínimos detalles de la narración puede descubrirse el pecaminoso intento de escarnecer los magníficos personajes de Cervantes, ni el de satirizar a éste con una ridícula y descabellada parodia de su gran libro, cosa a la verdad inconcebible. Lo que el autor hace allí es lisa y llanamente poner esos personajes, que son creaciones típicas inmortales, en condiciones de poder repetir ahora, por estos trigos de Hispano América, en pueblos enfermos, la prodigiosa curación que antaño hicieron, dándonos esa medicina de que V. habla, “implorada no sólo en Venezuela sino desde Méjico hasta Buenos Aires”. Y este propósito moral y patriótico más que literario, desempeñado como lo ha permitido mi corto ingenio, está allí tan de manifiesto que puede decirse que se desborda hasta por los márgenes del libro.

De Colombia puedo citarle tres ilustres literatos, a quienes dediqué sendos ejemplares de la novela en cuestión, y que tuvieron la extrema bondad de comunicarme sus impresiones en muy finas y amables cartas.

D. Rafael Pombo, que leyó la *Aclaración* sin conocer todavía el libro, confiesa con mucha gracia que el título lo asustó, porque temió que el autor calumniase al Ingenioso Hidalgo, pero que dicha *Aclaración* lo tranquilizó del todo desde luego; y me dice que leyó después “con sumo gusto, con humor de joven el anunciado capítulo reimpresso aquí, el 23, del gran Dr. Quix y su tigre electrizado”. La reimpresión a que se refiere, lo mismo que la de los dos prólogos de la obra, se hizo en la Unidad de Bogotá, notable periódico dirigido por D. Daniel J. Reyes, en cuyo cuerpo de redactores figuraban Caro, Rivas Groot, Carrasquilla, Gómez Restrepo, León Gómez, Isaza y otros nombres de lo más granado de las letras colombianas. El juicio de tan respetable periódico fue sintético, y se lo copio aquí, porque habla sin espanto de la resurrección del Hidalgo: “D. *Quijote* en América nos ha parecido un libro

interesante por su intención moral, por la originalidad de presentar redivivo a D. Quijote en América, y por la fluidez y galanura del estilo”.

D. José Manuel Marroquin es todavía más explícito, no obstante haberse dicho para sí, cuando llegó a sus oídos el título del libro: “¡en buena se ha metido el autor!” Inicia su autorizada opinión, del todo conforme a la índole y propósitos del libro, de este modo: “D. Quijote en América es obra escrita como para mí. Entre sus lectores no puede haber ninguno cuyas ideas estén tan acordes con las del autor como las mías”. Y termina con este párrafo: “Por fortuna, puedo asegurar que no es lo rancio de las ideas y de los gustos de un viejo de 79 años, lo que inspira los conceptos que dejo apuntados: muchas personas no viejas, a quienes puedo tener como imparciales, se han encantado leyendo el D. Quijote en América, y han tenido por justa y utilísima la condenación de las extravagancias que en él se ridiculizan”.

Doña Soledad Acosta de Samper, realza también la obra con su benévola acogida. “Es original en ideas y en estilo, me dice, y está llamada a ser admirada, no solamente en Venezuela, donde veo que ya ha tenido dos ediciones, sino en el resto de Hispano América y en España”.

Al hacer estas citas, tan honrosas para mí, no me mueve la vanidad, ni quiero con ello decir que estoy muy pagado de mi obra, ni que la creo invulnerable contra toda censura. Muy al contrario: me mueve el convencimiento de mi propia flaqueza, la necesidad de buscar la autoridad de que carezco en los que la tienen de sobra, para dar firmeza a mis pobres razonamientos. Cierto estoy de que los mismos literatos citados, así como muchos otros hombres versados en letras, que también me han favorecido privadamente con frases de aplauso y simpatía, no han querido con ello expresarme su completa aprobación del libro, y que si escribiesen con detenimiento un juicio sobre él, le harían muchos y justos reparos, porque hay tela donde cortar, pero sí me adelanto a creer que nunca me llegarían a excomulgar, literariamente hablando, como sacrílego ni como hereje, por más que se diga en el prólogo que el de América es el mismo Quijote de Cervantes en espíritu y en verdad. El hábito no hace al monje, y debajo de una mala capa suele haber un buen caballero.

Solicité y leí los párrafos insertos en La Religión, de Caracas, a que V. se refiere, que a la verdad no conocía. Estoy muy lejos de creer que Picón

Febres haya tenido la intención de hacer un paralelo al establecer, como recurso de retórica, la antítesis o contraposición de los dos Quijotes en su juicio crítico ya citado, en el cual –dicho sea al paso– a pesar de los muchos defectos que le anota al criollo, salva sin embargo a su autor del cargo de profanación de la obra de Cervantes.

Mueve a risa, a risa monda y lironda, la sola idea de semejante paralelo ¡entre el libro de Miguel de Cervantes Saavedra y el de Tulio Febres Cordero!... Valiente argumento crítico! Tanto valdría como poner en balanza una bala de cañón y un granito de mostaza, sólo para darse el gusto de comprobar esta verdad de Perogrullo: ¡que pesa más la bala de cañón!...

Como la cosa ha venido a parar en broma, viene bien un cuentecillo, cuya moraleja servirá de elocuente epílogo a cuanto dejo escrito.

Es el caso que representaban varios estudiantes una comedia en un lugar de estas Indias españolas, allá por los tiempos de la guerra de la Independencia, comedia en que figuraba un rey. El alcalde del pueblo, que asistía al espectáculo, era un realista, intolerante y fanático, en extremo celoso de los fueros y prerrogativas reales. Como viera, pues, que al que hacía de rey le daban el título de Majestad y le rendían todos los homenajes que le correspondían, se levantó de súbito con la vara en alto, y se fue sobre el improvisado escenario, exclamando ciego de cólera:

—¡Alto ahí! No tolero que en mi presencia se hagan a un estudiante los honores que sólo se deben a mí Rey y Señor D. Fernando Séptimo!...

Y dicho se está que el celoso alcalde habría hecho las mismas que D. Quijote con los títeres de maese Pedro, si los estudiantes no hubieran puesto los pies en polvorosa, con harto sentimiento de los espectadores, todos realistas, pero no tanto como el alcalde.

Debo manifestarle que de ninguna manera habría visto con disgusto la publicación de su carta, que no por el hecho de tener tan enérgica impugnación, deja de ser muy honrosa para mí, por las inmerecidas frases de personal estima que V. me dedica, y por la conformidad de nuestras ideas y propósitos, que allí resalta, en el sentido de procurar la conservación de la lengua en toda su pureza, y combatir los males y extravagancias de un exagerado modernismo. En prueba de ello, pienso publicarla, para corresponder a sus buenos deseos, haciendo uso de la implícita autorización que contiene;

y publicaré también ésta, para que sepan al menos los que vean brillar en sus diestras manos la lanza de oro con que acomete al Quijote criollo, que no ha quedado muerto de la lanzada, y conozcan la clase de armadura a que debe su salvación.

Justo y hasta caritativo es ponerle ya fin a esta carta, que por lo larga e insípida, es de aquellas que no pueden leerse sin haber hecho antes votos de humildad y paciencia; pero antes debo decirle para concluir, que cualquiera que sea mi suerte en este lance epistolar, como vencedor o como vencido (lo que no me toca decidir), siempre será para mí motivo de prez y justa satisfacción haber sido llamado a caballerosa liza por tan bizarro campeón, cuyas preciadas dotes intelectuales reconozco y admiro con toda sinceridad.

Su afmo. amigo y compatriota

**Tulio Febres Cordero».**





¡Non fuyáis, cobarde animal!

Cúcuta, marzo 17 1906

**Sr. D. Tulio Febres Cordero**

Mérida

Mi querido Tulio:

Doy respuesta a su apreciable de 3 del pasado, que leí con especial placer.

Por separado le remito un periódico que contiene un juicio sobre su obra "D. Quijote a América". Este juicio es de Maximiliano Grillo, aventajado escritor de Bogotá, pero un poco inmodesto y pagado de sus conocimientos.

Por eso le parecerá dicho juicio pedantesco y un tanto oloroso a infabilidad de *Magíster Olixit*. Se lo mando porque creo debe leer lo que se escribe en pro y contra de "D. Quijote" y además, quisiera que Ud. le explicase al citado Grillo, apeándolo –si fuese posible– del frágil pedestal de vanagloria en que su nombre se halla situado. También le remito dentro del periódico, un cuadernito intitulado "Resurrección", novela de José Rivas Groot, que es todo un prosista. Es una novelita delicadísima que se puede leer en familia.

Con referencia al asunto de la 2ª edición del Quijote, tengo una lista de unas treinta y cinco personas que pueden comprar la obra al precio señalado por Ud. De modo que, como supongo que Ud. enviará al Táchira unos 80 a 100 ejemplares, dé orden a quien nombre allá de agente, para que me pasen a mi unos 35 que puedo vender por ahora, reservándome para más tarde el hacer diligencias sobre el particular en Pamplona y Bucaramanga y aun en el mismo Bogotá. En cuánto a la suscripción anticipada, ocho personas no más me han ofrecido su valor a la hora que se lo exija; pero como la misma es insignificante, juzgo que no vale la pena mandarla. Y no se imagine Ud. que no he hecho diligencia: por el contrario he tomado interés en el asunto. Y si en mi mano estuviera habría colocado aquí unos ciento ejemplares, pero ha de saber Ud. que si el público lector es abundante, escasea (como casi todo lo bueno) el público comprador.

Una pregunta: ¿Por qué siendo Ud. tan amante de los estudios históricos y habiendo publicado unas cuantas leyendas indígenas, resucitadas de entre los más oscuros vestigios de la tradición, no acomete la empresa

de coleccionar en una obra todos sus escritos de esta índole, agregándole otros relacionados con la historia de la vieja Mérida, rica como la que más en preciosas e ignotas reminiscencias? Sería una obra que vendría a enriquecer la historia patria de Colombia y Venezuela, porque son pocos los que se dedican a esta clase de trabajos, de los más meritorios, en mi humilde concepto...

Luis Febres Cordero

M.s. original

Bogotá 30 de mayo de 1906

**Sr. D. Tulio Febres Cordero**

Mérida

Estimado señor de toda mi consideración: Por uno de los últimos correos venidos de Venezuela, tuve el gusto de recibir su apreciable y amable carta del 28 de abril, así como un interesante libro: "Don Quijote en América."

Aún no he acabado de leer su novela, pero doy a usted los parabienes por ella: es original en idas y en estilo y está llamada a ser admirada, no solamente en Venezuela, en donde veo que ya ha tenido dos ediciones, sino en el resto de Hispanoamérica y en España ¿La ha enviado al crítico español, señor Unamuno doctor de la Universidad de Salamanca? Este señor se ha ocupado mucho de la literatura americana.

Las circunstancias económicas de Colombia me han obligado a suspender la revista "Lectura para el hogar", por consiguiente no puedo hablar de "Don Quijote en América" por ahora, pues no escribo en los demás periódicos de Bogotá, pero tendré el gusto de encomiarla sinceramente cuando reanude la publicación de mi revista.

Remito a Ud. por este mismo correo un folleto en que se da cuenta de las fiestas que tuvieron lugar en Bogotá, con motivo del Centenario de la

publicación del Quijote. También envió a U. la primera de una serie de novelas históricas. De estas se ha publicado ya otras en Revistas y probablemente pronto se editará otras en Francia.

Con sentimientos de consideración, quedo de U. a. y s. servidora.

**Soledad Acosta de Samper**

(Firmado)

M.s. original

Bogotá, julio 8 de 1906

**Sr. D. Tulio Febres Cordero**

Estimadísimo amigo y señor:

He recibido el libro que Ud. ha tenido la bondad de enviarme. Por no diferir ésta contestación a la apreciable carta de Ud., se la doy de esta fecha sin haber tenido todavía tiempo para leer el libro, el que no dudo será de gran mérito como obra de Ud.

No bien lo haya leído, tendré el gusto de volver a escribir a Ud. manifestándole mi opinión sobre la obra.

¡Que socorridos han sido para mí en mil ocasiones estas frases u otras semejantes!

Por fortuna, ya he recibido un libro y la carta en que el autor me anuncia el envío, sin que yo tenga que echar mano de tales expresiones, ya debo el gozar de esa satisfacción.

“Don Quijote en América” es obra escrita como para mí. Entre sus lectores no puede haber ninguno cuyas ideas estén tan de acuerdo con las del autor como las mías. Todo lo que huele al modernismo que en la obra se vitupera y que se hiere crudamente con el arma del ridículo me carga cuanto no es decible, y me ofende especialmente en cuanto ataca mis creencias

y las sanas costumbres de que en mi tierra quedaban bastantes rastros durante mis primeros años.

Confieso que, al tener noticias de que se había escrito un libro titulado Don Quijote, dije para mí: ¡en buena se ha metido el autor! y seguí diciéndolo aún después de haber leído la Aclaración. Pero, después de haber leído y saboreado el libro, he formado el concepto de que, proponiéndose el fin que Ud. se propuso, esto es, de combatir el modernismo ridiculizándole por medio de la exageración de sus manifestaciones, no era dable formar otro plan para conseguirlo que el que Ud. adoptó.

Ud. tomó a D. Quijote, no como lo habría tomado quien se propusiera seguir llevándolo de aventura en aventura, siempre como caballero andante: Ud. no quiso sino aprovechar aquella falta de juicio que no se enturbiaba sino ciertas facultades, aquel denuedo que nunca le permitía pararse en barras, aquella disposición a refutar posible lo imposible y a encaminarse al logro de lo que él consideraba deber suyo, cualesquiera que fuesen los obstáculos con que tropezaría.

¡Oh! Si como Cervantes dio en tierra con los libros de caballería, hiciera Ud. lo mismo con tantos errores, con tantos embelecos como son los que forman el modernismo extravagante. Pero nuestra época está tan pagada de sí misma y tiene tanta fe en sus desatinos, que se le puede tener por incurable.

Sin embargo, en los ánimos de muchos si hará “Don Quijote en América” el efecto que podemos apetecer los que tenemos la fortuna de saber distinguir lo bueno que hay en lo antiguo y lo que cuerdamente se debe adoptar de lo moderno.

Por fortuna, puedo asegurar que no es lo rancio de las ideas y de los gustos de un viejo de 79 años lo que inspira los conceptos que dejo apuntados: muchas personas no viejas, a quienes puedo tener como imparciales, se han encantado leyendo el “Don Quijote en América” y han temido por justa y utilísima la condenación de las extravagancias que en él se ridiculizan.

Muchos años hacía que Ud. y yo habíamos dejado de tener correspondencia. Aunque lo que la ha reanimado no hubiera sido esa tan agradable como lo que ha sido asunto de la carta de Ud. a que me refiero, siempre

había celebrado que hubiera habido motivo para que volvierámos a escribirnos. Así tengo doble motivo para darle a U. las más expresivas gracias por la finura con que me ha favorecido.

De U. afmo. amigo y estimado

**J. Manuel Marroquin**

(Firmado)

M.s. original

Cúcuta 22 de Stbre 1906

**Sr. D. Tulio Febres Cordero**

Mérida

Mi querido Tulio:

No había contestado su grata y fina carta del 17 del pasado, esperando acompañar a ella el anuncio de la venta total de los ejemplares del “Quijote” que aun tengo en mi poder. Desgraciadamente, no puedo hacerlo hoy así, porque me falta recuperar el valor de dos a tres que están ya vendidos; creo, a pesar de todo, poder enviar a Ud. antes del fin del presente, o en los principios de Octubre, los fondos que tiene aquí.

De los 15, sé que debo rendirle cuenta, tres envié a Bogotá al Sr. Jorge Roa.

Celebro mucho que el Sr. Marroquin, que es sin duda uno de nuestros más pulcros y correctos escritores, autorizado como el que más para emitir un juicio sobre cualquiera obra literaria, haya escrito a Ud., felicitándole por la publicación de “Don Quijote en América.” En igual sentido aprecio la opinión del D. Rafael Pombo, aunque –según mi humilde modo de entender las cosas– no me atrevo a colocarlo por encima de la del primero. De todas

maneras, las palabras de estos dos notables hombres de letras son para Ud. un alto triunfo, porque la reputación científica de quienes se las dan no se circunscribe a los límites del horizonte colombiano, sino que ha rodado hasta las costas de la Madre Patria y paseándose desde donde empieza hasta donde acaba la colosal cadena de los Andes.

No conozco la última obra de Gonzalo Picón Febres sobre “Historia de la literatura venezolana en la pasada centuria”, aunque he visto muchos elogios sobre ella en la prensa de allá. Poco he leído de su pluma: “El Sargento Felipe y Flor.” Espero que cuando llegue a mis manos el libro que acabó de publicar, lo leeré con atención, y para entonces me reservo el opinar sobre el juicio del Quijote, a fuer de pariente por supuesto, que en ningún caso, con absurdas y necias pretensiones...

Su affmo.

**Luis Febres Cordero**

M.s. original

Caracas: 25 de abril de 1907

**Sr. Dr. D. Tulio Febres Cordero**

Mérida

Apreciado compatriota:

Hace mucho tiempo que tengo el propósito de darle las gracias por los amenos ratos que me procura Ud. con todo lo que escribe.

Verdaderamente que no me explico, sino atribuyéndolo a mi constante temor de fastidiar a los que adivino, cómo pude dejar de hacerlo, después que hube leído a “Don Quijote en América”.

Hoy sí que no dejo pasar la oportunidad, porque acaba Ud. de darme un nuevo placer con su contestación al eminente filólogo y poeta, don Pedro Fortoul Hurtado.

No creo que haya cometido Ud. ninguna profanación al sacar de la tumba a Don Quijote para que enmiende los errores de sus legítimos descendientes; al contrario, veo en ello un homenaje rendido a Cervantes y a su obra. Usted prueba que él y ella son inmortales, ya que, después de siglos de escrita ésta y muerto aquél, continúan corrigiendo las ridiculeces de la humanidad. Si no temiera pasar por extravagante, diría que, en mi concepto, es un poquito más meritorio que acabar con la vana lectura de los libros de caballería, corregir los muchos y risibles defectos de que adolecemos.

No alcanzo cómo el sabio maestro pueda elogiar, como lo hace en el párrafo quinto de su carta, la obra de Ud., para salir luego asegurando que su opinión sobre ella es adversa. Al oír tal cosa, se me viene sin quererlo a la memoria lo que refieren que declaró en cierta reunión un conciudadano mío: “Juro por Dios que soy ateo”.

Casi sin objeto, porque Bello no necesita que lo defiendan, resucité yo a Cervantes y a Víctor Hugo para que le dieran una lección al jocosísimo crítico español, don Antonio de Valbuena. Si hay irreverencia en resucitar a Don Quijote, mucho mayor lo habrá en resucitar a Cervantes. Opino que no cometí entonces ninguna profanación, y del mismo sentir es el egregio maestro, porque, en su crítica a la obra de don Gonzalo Picón Febres, elogia mis humildes artículos.

Aunque no tengo la honra de conocer a Ud., sino muchos deseos de ser su amigo, voy a permitirme una franqueza: ¿Tiene Ud. la seguridad de ser el autor de Don Quijote en América?... se lo pregunto porque, soy un tanto espiritista y, en ocasiones, al ver tal semejanza de estilo y de intención entre los dos Quijotes, he llegado a imaginar que por las regiones andinas está peregrinando el alma de Cervantes y ha escogido a Ud. para que le lleve la pluma.

Es admirador de usted,

**Francisco Pimentel**

(Firmado)

M.s. original



Bogotá, 15 de Mayo de 1907

**Sr. Dr. Tulio Febres Cordero**

Mérida

Muy estimado señor y amigo:

En noviembre de 1903 tuve el placer de conocer a usted, y a pesar de que nuestra única entrevista duró a lo más una hora, a pesar de que después recorrí la República de Venezuela casi entera, y más tarde la del Ecuador recibiendo inmerecidas atenciones en muchas partes, no me he olvidado de usted un solo día, y la razón que tengo para ello es poderosa: me habló Usted con cariño, casi con veneración, de mi padre, D. Ricardo Carrasquilla; hizo elogios de Colombia y de nuestros escritores y poetas, a quienes usted conoce como si hubiera vivido con ellos íntimamente. Por lo demás, de las poblaciones que conozco fuera de mi patria, Mérida debe sernos a los colombianos la más querida, porque allá se nos mira con cariño, y es, a no dudarlo, donde mejor acogida se nos hace.

Si fuera yo escritor o siquiera pretendiera serlo, podría describirle el cuarto en que usted me recibió en su casa: creí, por un momento, hallarme en el escritorio de mi padre. Un estante sencillo con *El Mosaico*, libro precioso hoy en Bogotá, donde apenas existieran cuatros ejemplares: *El Papel Periódico Ilustrado*, algún tomo del *Catecismo de Perseverancia*, y algunas obras escogidas de autores españoles, en puro castellano, entre las cuales estaba, claro está, el *Quijote* en la mismísima edición que tenemos en esta su casa.

Piense usted en que, para un hombre que ama su patria y se encuentra en tierras lejanas, no sólo los individuos nacidos en ella son sus paisanos, sino también las cosas: recuerdo que en Curacao no me atreví a matar un alacrán que encontré en un equipaje, procedente de Santa Marta.

Al llegar del Ecuador, leí en un periódico el capítulo xxiii de "Don Quijote en América," y sacando por la hebra el ovillo, como diría Sancho, devoré el libro con avidez. Me enseñaron desde niño a admirar la inmortal obra de Cervantes, y consideré, como todo el mundo, una profanación el continuarla; y a pesar de conocer las dotes de usted como escritor, empecé la lec-

tura con desconfianza. Por otra parte, la persona misma de D. Quijote es un amigo de los que hablamos castellano; y creo, como lo decía D. Diego Fallon, que el día del Juicio lo echaremos de menos, cuando pasado el susto, nos demos a reconocer los grandes personajes de la Historia. Esta no es, mi querido D. Tulio, una carta crítica. Es género de literatura que no pienso cultivar, dado que cultive alguno en la vejez, a cuyas puertas no tardaré en tocar; es una expresión de mi cariño y mi gratitud hacia usted.

La obra de usted es un trabajo de increíble audacia, D. Quijote se despertó después de trescientos años de sueño, que no es mal dormir, perfectamente igual, sin más diferencia que el tema de locura; y parece un milagro que haya conseguido usted reunir en una sola persona un conquistador americano de fines del siglo XIX y uno español del siglo XVII en un mismo corazón el positivismo yanqui y la generosidad española.

Cada uno de los capítulos del libro de usted formaría una reputación literaria. Sorprende, sobre todo, que haya logrado dejarle a su héroe un lenguaje de sabor netamente cervantino, tratándose de un renegado y un apóstata, que no es otro el calificativo que el Dr. Quix merece.

Sancho me parece todavía mejor continuado; el mismo tipo cobarde, glotón, egoísta; en cambio, cristiano viejo, fiel a su amo como un perro, y siempre dotado de lo que llaman buen sentido, y que yo no sé si será sentido o si será bueno. Conserva su lenguaje y ensarta eternamente refranes.

Los demás personajes son nuevos, y tienen la cualidad de que todos existen. A. D. Gaspar lo conozco y he tenido el honor de tratarlo; de Policarpo me figuro que habrá un ejemplar en cada ciudad de Suramérica; Macario fue secretario de este su humilde servidor cuando desempeñó una alcaldía, por allá en 1899; el tipo del Vicario es muy conocido en nuestro virtuoso clero. Lo mismo sucede con todo carácter bueno de novela, desde los de *Cassandra* hasta los de *Pax*, novísima obra acabada de publicar aquí.

De las críticas que se han publicado con respecto a “Don Quijote en América”, no he leído sino una carta, en forma de regaño, que le dirige a usted desde Barbada su compatriota Sr. Pedro Fortoul Hurtado. Por cierto que me admiró la mansedumbre y la delicadeza con que usted le contesta. De esa carta sólo una cosa puede sacar en limpio: que el clima de Barbada irrita mucho los nervios y rebota la bilis.

Perdóneme usted esta charla tan larga y sin sustancia, y mande a su afectísimo servidor y amigo,

**Ignacio Carrasquilla**

(Firmado)

M.s. original

Bogotá, Julio 10 de 1907

**Señor Dr. D. Tulio Febres Cordero**

Mérida

Muy distinguido señor y amigo:

Tengo el honor de referirme a su apreciable carta de 31 de Mayo, empezando por darle las más expresivas gracias por las bondadosas frases con que en ella me favorece.

Esa carta me proporcionó una viva satisfacción, como quiera que para mí es de mucho valor y mucho mérito cuanto venga del ilustrado autor de "Don Quijote en América". Al abrir ese interesantísimo libro sentí la misma desfavorable impresión que a cualquiera causa su título y la idea de resucitar el personaje inmortal de Cervantes; pero a medida que uno va leyendo, que va apreciando la galanura del estilo y el sabor de la obra española y que va interesándose en la narración, cambia por completo el prejuicio adverso por la entusiasta admiración del autor y de su obra. Además, la tendencia de ella, su fin eminentemente moralizador y practico, la hace sumamente apreciable. Todo eso y mucho más quise decir al concluir la lectura del libro, en mi periódico "Sur América", que en ese tiempo salía; pero por la premura del tiempo sólo pude escribir el corto suelto que U. vería, reservándome para más luego hablar largamente sobre tan simpático y hermoso libro; mas la suspensión de la hoja por orden del Gobierno, no me permitió hacer nada.

Aprovecho, pues, esta oportunidad para enviar a Ud. mi desautorizada y humilde pero muy sincera y entusiasta felicitación.

Por la amable carta de Ud. he visto que hay entre Ud. y yo algunos puntos de semejanza, que aumentan mi simpatía por Ud. En efecto, somos, con corta diferencia a favor suyo, de la misma edad; ambos hemos sido amantes de las letras, solo que Ud. les ha dado gloria y yo rezagos de contrabando, y ambos en fin, por estudiar algo, seguimos la carrera de la abogacía, solo que yo he tenido que dedicarme exclusivamente a ella para poder sostener mi numerosa familia, dejando mis aficiones literarias para contados ratos libres, mientras que Ud. ha logrado dejar el árido campo de las leyes para florecer e otros más amplios y mejores.

Le agradeceré mucho que me mande cuanto escriba, que yo haré otro tanto, si es que escribo algo que no sea alegatos y memoriales a los Jueces.

Mientras tengo la ocasión de escribir a Ud. más largamente, porque hoy estoy recargado de ocupaciones, me es muy grato suscribirme

Affmo amigo y sincero admirador de Ud.

**Adolfo León Gómez**

(Firmado)

M.s. mecanografiado

Cúcuta, Agosto 21 de 1907

**Señor Dr. Tulio Febres Cordero**

Mérida

Mi querido Tulio:

Tengo a la vista su muy apreciable de 11 del pasado, conforme lo cual veo que recibió oportunamente la última revista enviada.

Me alegro mucho de que se hayan iniciado entre Ud. y el Dr. León Gómez relaciones amistosas con ocasión de la obra que le dedicó éste. Tengo por dicho escritor estimación y deferencia y aún conservo un Drama de él con dedicatoria para mí: ha empezado a publicar ahora un periódico “Sur América” que lo habían suspendido antes, pues no sólo es eximio literato, sino brioso periodista y sobre todo, un gran carácter.

La carta que le ha escrito Max Grillo, a propósito de la defensa que Ud. le mandó, acredita –como Ud. dice– “una prueba de hidalguía literaria”, pero más hace pensar, en lo bien fundada que está la argumentación con que Ud. defiende su obra. De ahí arrancó esa que no erradamente podría llamarse galante palinodia. Esto quiere decir que a la nueva edición del “Quijote” hay que anteponerle tan notable pieza, así como aquella de Fortoul Hurtado, que ha dado margen a la suya...

Su affmo primo

**Luis Febres Cordero**

(Firmado)

M.s. original

San José, Costa Rica

10 de octubre de 1908

**Señor Don Tulio Febres Cordero**

Mérida

Muy distinguido amigo y respetado maestro:

Tuve el placer de recibir su muy atenta carta, de fecha 14 de agosto último, cuyos conceptos agradezco altamente por lo bondadosos y benévolos. Ellos me obligan de manera muy profunda hacia el notable y erudito escritor venezolano que ha salido enriquecer la literatura Hispanoamericana con obras de mérito indiscutible por un donaire y (ilegible), cuando por lo tendenciosas y doctrinarias. Reclamo, pues, para mi todo el honor de nuestras relaciones iniciadas en buena hora por el Dr. Montesinos, nuestro común amigo, trabajador incansable que, como Ud. ha puesto al servicio de la bellísima causa de las letras americanas, todo el vigor y todos los fulgores de su cerebro.

Me place sobremanera el saber que llegarán a manos de Ud. los ejemplares de mi obrilla, que me tome la libertad de dedicarle, no por lo que el obsequio vale, sino como una muestra de admiración y simpatía hacia el sabio maestro, al creador del excelso Doctor Quix, al cual después de haber paseado a todo su sabor por tierra americana devuelve al cielo de la gloria —de donde, con tan buena mano lo sacó—, haciéndole acometer una nunca vista y descomunal aventura. La espada que costó la cuerda del globo en Mapiche, es la misma espada del ingenioso hidalgo, flor y nata y espejo de la andante caballería, que tan mal pasado y peor trecho dejó al vizcaíno aquel; que tanta sangre, (de vid) derramó en la venta de los pellejos, cuando el enamorado caballero, iba —camino del reino de Berbería, dispensando en amparo y mercedes a la dolorida princesa (ilegible), destronada por el famoso gigante cuya cabeza, juraba Sancho por su ánimo visto por tierra. La lepra del orín no se atreverá, ¡Vive Dios! a destruir la espada de Don Quijote. Usted la encontró tan limpia y tajante, como aquel la tenía el día de la primera salida, y así permanecerá por los siglos de los siglos despidiendo sus brillantes resplandores; y, aunque pienso que muchos profanos desearían

tomarla para ensayar mandobles, tengo para mi santiguada, que no podrían mover un punto, espada tan noble, capaz de rasurarle las barbas al mismísimo sol, si por caso se desmandara el tantico de una uña.

En los primeros días del presente mes contesté al estimable deudo de Ud. Dr. don Carlos L. Febres Cordero, una carta que de él tuve el gusto recibir, y justamente, días después, llegó a mi poder un paquete a tres ejemplares de “Don Quijote en América.”

Me es grato, pues, manifestar a Ud. que he recibido los 21 ejemplares de esta obra.

Quedo entendido de los motivos que pesaron en su ánimo para haber suspendido el envío de su libro, motivos que juzgo muy juntos, y antes bien, le quedo reconocido por ello, pues mucho habría sentido la pérdida o extravío de algunos ejemplares. Cuando Ud. lo tenga a bien, puede disponer el envío de los ejemplares restantes.

Una vez más le protesto mi gratitud por este canje, que si ventaja lleva, ella está indudablemente en mi favor, por la inconmensurable diferencia que existe entre su brillante libro y mi pobre ensayo de novela.

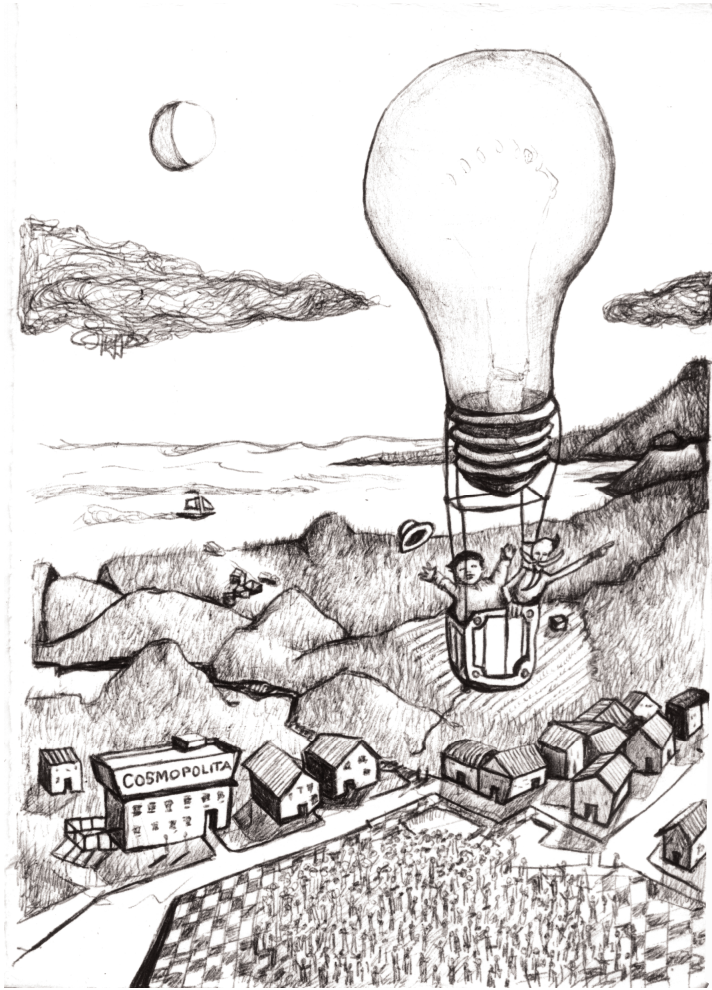
Le reitero mis agradecimientos por todas las bondades de su amistad, y me es satisfactorio hacerle presente el placer que siento en estrecharla.

Cuente, pues, con las seguridades de mi alta consideración, y tengo el gusto de ofrecerme de Ud. su muy atento y seguro servidor y amigo.

**Jenaro Cardona**

(Firmado)

M.s. original



El Tocuyo, 15 de noviembre 1908

**Señor don Tulio Febres Cordero**

Mérida

Distinguido amigo: Deseo que le haya ido muy bien en un temperamento y que los quebrantos de su salud hayan desaparecido por completo.

Copio enseguida lo que me dice Jenaro Cardona en carta recibida ayer. Por mi parte vería con placer que a usted acomodara la proposición que hace el amigo costarricense:

“Ha días se me ha ocurrido una idea, y abusando de la amabilidad de usted me tomo la libertad de comunicársela, para ver si es posible que usted sea mi intermediario en la realización de ella. Deseo canjear unos cuantos ejemplares de mi novela *El Primo* por otros de “Don Quijote en América.” Estoy resuelto a remitirle 150 ejemplares de mi obra, por 75 de aquélla: sé perfectamente que si se va a apreciar el mérito de una y otro, la mía vale infinitamente menos que aquella joya de la literatura venezolana; pero comercialmente hablando, se puede cambiar oro por cobre, pagando por supuesto la diferencia. ¿Por qué no hemos de hacer este intercambio de nuestros productos intelectuales cuando trocamos cueros de res y otras mercancías? Hay, además, la ventaja de dar a conocer en uno y otro país las obras de un país hermano, y esto conviene a nuestro ambiente y modo de ser. Si el canje a que me he referido fuere aceptado, sírvase decirme cuál es la mejor vía para remitir la caja y a qué punto sería conveniente dirigirla.

A propósito de “Don Quijote en América” he de decirle que me encantó. El señor Febres Cordero ha hecho una creación digna de todo encomio, y un estudio admirable de aquella gran figura, que es como un sol de nuestro sistema literario. Tiene esa obra escenas tan donosamente escritas, que no desdeñaría el mismo Cervantes, entre ellas, la del toro al cual hurgaba Sancho por el rabo con una espina para enfurecerlo, ya que no pudo haber a la mano un par de abejones, para echarlos dentro de las orejas del berrendo, como el propio Dr. Quix se lo había ordenado. El estilo graciosamente arcaico que sostiene el autor en toda la obra, es otro gran mérito, y acusa en el señor Febres Cordero una erudición vasta y un conocimiento profundo de la incomparable obra de Cervantes. Con tiempo disponible discurriría más a

mi motor sobre el libro en referencia, merecedor de un estudio minucioso y detenido, aun cuando no es de mi gusto el ejercicio de las funciones de crítico por varias razones que no enumero por obvias. Me limito, pues, a aplaudir ese libro, que debo a la amabilidad de usted.

Lo felicito por este otro juicio acerca de su obra, que tanto honor refleja sobre las letras venezolanas, a despecho de unos cuantos o mezquinos o envidiosos o ignorantes. El otro ejemplar que me envió está ya en manos del eminente literato cubano Enrique José Varona.

Espero que me conteste para comunicar a Cardona lo que usted resuelva. Me parece claro que, de aceptar usted el cambio, el envío se hará a Maracaibo.

Consérvese bueno y mande a su amigo affmo. y servidor humilde

**Pedro Montesinos**

(Firmado)

M.s. original

El Tocuyo, 11 de febrero 1908

**Sr. Dr. Tulio Febres Cordero**

Mérida

Muy distinguido amigo: Le doy las más expresivas gracias por la recomendación de mi correspondencia al Sr. Febres Cordero, Administrador de Correos de Puerto Cabello.

Creo que no le he remitido la copia de lo que dice Arturo de Carricarte acerca de “Don Quijote en América.” Aquí va.

Por la prensa sé que prepara usted un nuevo libro. Que salga a luz cuanto antes.

Siempre su amigo affmo.

Pedro Montesinos

(Firmado)

Montevideo

ARTURO R. DE CARRICARTE

“Hace algún tiempo apareció en Venezuela una novela, “Don Quijote en América,” en la cual su distinguido autor satiriza a un innovador (Don Quijote moderno) que quería convertir predios abandonados en jardines públicos, corrales inmundos en jardines de aclimatación, hosterías en grandes hoteles, callejas intransitables en avenidas suntuosas, todo esto hecho en breves días. Del espíritu del libro trasciende una ironía despiadada con los innovadores, contra los sinceramente progresistas. Lo que se narra en el libro como sueño insensato, es lo que a diario realizan los yanquis en su tierra, transformando en semanas un yermo en una ciudad o levantando los cimientos de Chicago para impedir que las filtraciones de las aguas en aquel lugar inadecuado socaven los cimientos de los edificios. Es decir, que cuanto expone el libro en cuestión como ridículo y fantástico, como fruto de un

afán inmoderado de progreso, lo vemos practicar cada día en pueblo que no solamente hace esas maravillas, sino que da vida a pensadores como Emerson, literatos y poetas como Edgar Poe y Cooper, pintores como Sergent, inventores como Edison, dibujantes como Dana Gibson...

**Arturo R. De Carricarte**

*El Nacionalismo en América* (Glosa de un libro chileno).

Montevideo, 1909. Página 10.

Colegio Pío Latino Americano

Roma, 12 de marzo de 1924

**Señor doctor don Tulio Febres Cordero**

Mérida

Mi muy respetado D. Tulio

Ayer tuve el gusto de recibir la muy amable carta suya de 3 de febrero pasado, precisamente cuando pensaba en Ud. pues releía a “Don Quijote en América”. Hace ya meses que mi papá me envió esta obra, pero aún no había podido leerla aquí, pues ha estado, como la primera carta de Santiago (el de su libro), de mano en mano. La leía el uno y ya hablaba entusiasmado a los otros y estos a su vez quería conocerla: hube de hacer lista en orden cronológico de los que me la pedían, para poder complacerlos debidamente. Ahora, con la proximidad de los exámenes semestrales, la han dejado libre y así yo, aprovechando una vacacioncita que por motivos de salud he tenido en estos días, he podido releerla.

Si “Don Quijote en América” es obra utilísima en nuestros pueblos, tan ávidos de novedades y extranjerismos, más aún lo es para los que salimos de la Patria, pues no sería difícil que volviéramos con las ínfulas y pedanterías de Policarpo Zúñiga, como ha pasado más de una vez: contra ese

mal o peligro, en “Don Quijote” tenemos un correctivo eficaz y una hermosa admonición.

Aunque había leído varias veces esa obra, pues fue junto con los *Cuentos* de usted una de las primeras que pasaron ante mis ojos en la niñez, cuando atendía mucho a la sal del relato y poco al meollo; no ha sido sino ahora cuando he venido a apreciar el valor indiscutible de ella, porque sólo ahora he comprendido lo mucho bueno que nosotros, en nuestra fisonomía criolla, tenemos y cómo la generalidad de las noticias que por allá sobre el extranjero corren, no son sino globos desmesuradamente inflados por la imaginación. Es verdad que estos pueblos están mucho más adelantados que los nuestros; pero pecado imperdonable sería que no lo estuvieran, dadas las centurias que sobre ellos han caído y los cuantiosos bienes que de civilizaciones ya muertas han heredado. Nuestra América está aún “niña”, como en cierta ocasión decía a este Colegio Pio IX, y sería estupidez exigirle a una niña los conocimientos, gravedad y prudencia de una anciana octogenaria. Y sin embargo ¡cuántos adelantamientos ha hecho en breves años esa niña! Además, en nuestro terruño tenemos cosas tan buenas como las de estos países y quizás mejores: tenemos la fe intacta y pura, las costumbres patriarcales, la generosidad en el corazón y en la mano, en lo doméstico la virtud, la lealtad en el trato, el pundonor en las acciones y lo que esta gente no tiene ni puede tener ya: la juventud de la inteligencia y del corazón, la primavera de la raza. Tenemos una naturaleza ricamente espléndida, ésa que con su pluma de diamante escribió Cecilio Acosta: Aquí son los cielos palacios de luz y de zafir, tienen los mares por asiento perlas, pisan las bestias oro y es pan cuanto se toca con las manos. Lo que sucede es que mientras vivimos en aquel medio, no llegamos a comprender nuestro propio valer, ni a apreciar nuestros tesoros y nos forjamos las mismas ilusiones que los aldeanos con respecto a la ciudad; pero cuando para venir a ésta dejamos la aldea, observamos que las casas son de teja, piedra y cal como las de los campos y algunas peores que las de éstos; vemos que en las calles nace y crece muy lozana la misma hierba del potrero, que se cuecen grandes habas en grandes ollas, que la comida no difiere del sancocho en calidad sino en cantidad, que en la plaza de mercado se venden perejil y naranjas y hasta ajos y cebollas y que la diferencia finalmente se reduce a muy poco: a la riqueza caudalosa de

unos, a la ociosidad de otros, a la magnitud del poblado, al tráfico y bullicio continuos, al lujo en los trajes junto con el raquitismo de los que los llevan, debido a la parquedad excesiva en el alimento y a una que otra máquina curiosa o persona de campanillas. Existen, es verdad, cosas de mucho precio, pero por lo mismo que son tales permanecen escondidas a los ojos profanos, encerradas como joyas en cofre y no es sino con tiempo y trabajo como llegan a admirarse.

De ahí, pues, que sea inexplicable la necedad de los que, habiendo estado algún tiempo en el exterior, a su regreso quieren *europizar* o *yanquizar* a nuestros pueblos con las fruslerías y superficialidades del gran mundo, cosa que no tendría mayor interés que el de la risa, si no fuera un óbice para la verdadera civilización. Esta, en efecto, no se importa, porque no es algo extrínseco, sino el íntimo, armónico y progresivo desenvolvimiento del cuerpo social. Podrá ayudarse a ese desenvolvimiento con medios importados, como al desarrollo orgánico del cuerpo humano se ayuda con el clima y la alimentación; pero jamás sustituirlo por lo que de fuera nos viene por brillante que sea. Eso paralizaría aquel desenvolvimiento, haría lo que los chinos con el pie femenino; encerrarlo para que no crezca, en zapatos de hierro, recubiertos algunas veces de oro y piedras preciosas. Si el *europizar* o *yanquizar* consistiera en ayudar de modo conveniente a aquel desarrollo, ayuda que estribaría en la difusión de los conocimientos y en el fomento de la industria que da riquezas al país y no en la que chupa, pues la civilización ha de ser espiritual y material al propio tiempo; si el *europizar* o *yanquizar* consistiera en eso, entonces bien prodíamos recibir con brazos abiertos a los que tal se propusieran, y, como es claro, no merecerían censura sino clamorosas alabanzas. Pero precisamente se hace lo contrario, como lo indica usted en su obra: se pretende hacer obra de progreso con la introducción de modas serviles no más, moda en el traje, moda en la conversación, moda en las relaciones urbanas, moda en la literatura etc., etc., sin que estas modas coadyuven al verdadero desarrollo del pueblo, pues nada enseñan, nada enriquecen y sí perturban la natural y armoniosa expansión del ser criollo: se pretende quitar al indio la *cobija* de lana, el sombrero de *cogollo*, los calzones de *cotón* y las rústicas zapatillas de *fique*, para ponerle el som-

brero de copa alta, la levita de sedañas solapas, la camisa elegante, los pantalones de paño y los lustrosos zapatos de charol, como si ya con esto bastara para ser un *civilizado* y como si nuestro verdadero progreso no consistiera en hacer que cada día sea más fino el tejido de la *cobija*, se elaboren mejor el *cogollo* y el *fique* y el *cotón*, no sea traído del extranjero, sino traído a fuerza de sudor en *nuestros propios telares...*

Y lo peor es que el indio se ufana con el nuevo vestido y se cree un hombre culto, aunque la ignorancia más supina envuelva en negruras su espíritu; de ahí que olvide el arado que encalleció y ennobleció las manos varoniles de Cincinato para afeminarse perfumándose en las termas de Caracalla... He ahí, pues, como los *europizadores* o *yanquizadores* ponen un óbice a la legítima civilización.

Vistas las cosas a esta luz, “Don Quijote en América”, resulta una obra de importancia excepcional y de mucho más valor que cuantas novelas y libritos de poesías insustanciales salen a la luz pública cada día, una obra eminentemente útil y patriótica con ser eminentemente literaria por lo clásico y castizo de su forma, una obra que merece ser más conocida así por los letrados como por la gente del pueblo, y principalmente por aquellos que durante algún tiempo están fuera del nativo suelo. Debía ser el compañero inseparable de todos los que viajan de Hispano-América a los Estados Unidos del Norte o a Europa.

Gonzalo Picón-Febres en la crítica, a mi parecer demasiado severa, que en su obra “La Literatura Venezolana en el siglo XIX” hace de “Don Quijote en América”, afirma que no bastaba la casa *yanquizada* de Don Manuel para influir en el cambio de costumbres de San Isidro y que, por consiguiente las corrientes sociales contrapuestas no estaban bien reflejadas. Con el perdón y la reverencia debidos a tan alto literato, me atrevo a hacer notar que el eminente crítico no paso quizás mientes por una parte en la noveleería de nuestro pueblo y en su espíritu de imitación que lo lleva a seguir siempre lo exótico, lo cual si en el momento no produce la desintegración de las costumbres, porque esta es obra de tiempo, puede traerla a la posta, dado que a fuerza de imitar llega a convertirse en natural y propio lo que al principio era artificial y postizo, como sucedería ciertamente en el ilustre orador

mismo con parte de su acción y gesto tribunicios y como a cada paso lo confirma, aun en nimiedades, la experiencia; por otra parte, la crítica de “Don Quijote en América” no se dirigía ni dirige a pueblos como Puerto Rico, Cuba y Filipinas hoy, pongo por caso, en donde sí aparecen perfectamente definidas y luchan con fragor las “dos corrientes sociales contrapuestas” de que habla el notable hablista merideño, sino a pueblos como los nuestros en donde el mal apenas si empieza a echar raíces o a abonar el terreno con medios como los expuestos en dicha obra. De otro modo escrita la novela, hubiera resultado *aérea*, impropia al medio, inadecuada a él y, por ende, inútil. Hechas estas observaciones, bien podríamos decir: “*Aliquando bonus dormitat Homerus*”...

Una prueba de lo mucho que influye un elemento advenedizo cuando se cuenta con el factor de la imitación, la encontramos en la actual literatura que priva en la mayoría de la juventud venezolana. A algún *mozo* caraqueño se le ocurrió, casi a fines del siglo pasado, escribir literatura decadente, vinieron después algunos doctores Quix literarios y el mal se ha ido extendiendo hasta tal punto que la generalidad de los jóvenes escritores patrios sólo escriben una literatura artificiosa, churigueresca y extravagante, destinada perecer en breve y que no puede jamás ser el reflejo del espíritu de Venezuela. Y estoy seguro de que esos jóvenes de tal modo se han formado el gusto que no encontrarán deleite sino fastidio en leer una página del grandilocuente Granada, ni aun el mismo genial Quijote de Cervantes; mucho menos, las obras de Luis de León y Teresa de Jesús, o las de nuestro gran Cecilio o de cualquiera otro escritor, como Francisco Lazo Martí, verdaderamente *nacional*. En cambio, tendrán éxtasis leyendo una poesía ininteligible, que peca contra la lógica, contra la métrica y contra la pobre gramática, sino es ya contra la moral también; uno de esos rompecabezas, puestos en líneas desiguales que, por ignorancia en la intención y por ironía en la realidad, han dado en llamar versos... Se me dirá que este es un mal de la época: es esto una gran verdad en tesis general para países en donde la cultura ha llegado hasta el refinamiento y, por consiguiente, la literatura –como reflejo que debe ser de aquella cultura– requiere, a mejor, necesariamente tiene que contaminarse de aquel refinamiento y bizantinismo impe-

rantes y apartarse cada vez más de la hermosa sencillez clásica. Pero entre nosotros, en que la cultura está aún en ciernes, ¿A qué esos refinamientos y bizantinismos? ¿Son ellos acaso distintivo característico del alma nacional que aún está en formación? ¿Cómo puede haber llegado a ese refinamiento un pueblo que ahora no más empieza a vivir *su vida* y a crecer, porque hasta ahora no había tenido el elemento necesario, la condición *sine qua non* del verdadero progreso: la paz?

Lo que ha sucedido es que el indio, quedándose indio mondo y lirondo, se visitó de levita por espíritu de imitación...

He querido tocar este punto de la literatura, porque a propósito de él, "Don Quijote en América" adquiere un nuevo título envidiable, ya que no sólo con el tino y finura de su crítica salerosa enseña, sino con lo que es de mayor eficacia y vale más: sin duda alguna: *con el ejemplo* "Don Quijote en América" es una obra que refleja nuestra tierra como ella es: allí vemos fielmente reproducidas las costumbres patriarcales de nuestros pueblos, la encantadora sencillez de nuestras gentes, la pintura de nuestras gentes, la pintura de nuestras ciudades no saldría mejor de una cámara fotográfica, y sus páginas saben a trigo de nuestros páramos y huelen a frailejón y albricias. Y todo ello puesto en un estilo correcto, clásico y por lo mismo sencillo, que es el que más conviene a nuestro espíritu colectivo en germen, a nuestra alma social en plena juventud; estilo que es como un canto de paraulatas, en los alisos de mi casa solariega, durante una fría mañanita de aguinaldos o de pascuas...

Me perdonará, mi respetado Don Tulio, que me haya ido por los cerros de Ubeda a propósito de "Don Quijote en América"; pero lo he hecho así porque quería manifestarle los pensamientos, que me sugería la lectura de su obra: me haría interminable si le hablara de los sentimientos que me suscitaba al ver en esas páginas mi "tierruca", ese que jamás se va del corazón y la memoria, porque un recuerdo va unido al de nuestros padres que nos dieron el ser y al de la iglesita en que Dios se nos dio por la primera vez.

Quería además rendirle un testimonio de mi aprecio y admiración.

Con aquellos pensamientos, pues, y con estos sentimientos, tuve el gusto de recibir su amable carta (añado ahora el principio de ésta). Le agra-

dezcó muy de corazón las palabras de felicitación que dirige: yo las considero como una prueba más de su proverbial benevolencia y como una voz de estímulo.

No sé cómo expresarle mi gratitud por el generoso envío de los imatipos: Ya los he hecho ver de algunos y todos no tienen sino palabras de admiración y alabanza.

Como me habla de mi carta a Mons. Silva en que hacía la reseña de la visita de Alfonso XIII al Colegio, le envío el folleto que con tal motivo se ha publicado; por él se impondrá mejor de ese acto, pues mi carta ni sé cómo estaría porque no la recuerdo sino en globo y el Boletín no me ha llegado aún.

Le suplico perdone el tiempo que le he hecho perder con esta carta: es una de mis locuras de muchacho. Pido al Señor por la salud, felicidad y consuelo de Ud. y de todos los suyos.

Le reitera la expresión de su admiración y l.b.l.m. su servidor que se vanagloria en contarse entre sus amigos,

**J. Humberto Quintero**

(Firmado)

M.s. original

Esta carta fue publicada en:

El Diario, Carora.

Lunes 28 de abril de 1924.

Año VI N° 1387 pp.1, 3

San Cristóbal, 26 de diciembre de 1931

**Señor doctor Tulio Febres Cordero**

Mérida

Mi distinguido amigo:

Oportunamente recibí un ejemplar de “Don Quijote en América”, el celebrado libro de que es usted autor y en que he admirado, al par de sus dotes de escritor castizo y elegante, la intención americanista que persigue.

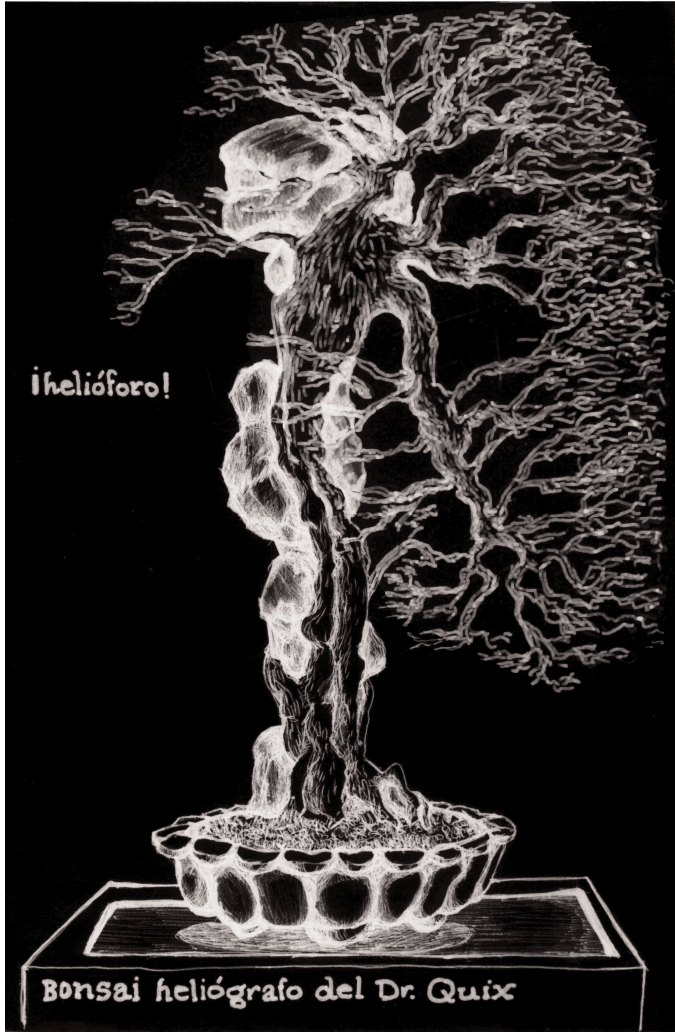
Nuestra América necesita de libro como el suyo, máxime, en esta hora de desconcierto general, cuando el exotismo pretende introducirse en todos los sectores del país, con menoscabo de nuestra propia fisonomía que debemos conservar a todo trance.

Al dar a usted las más cumplidas gracias por su valioso obsequio, hago propicia la oportunidad para ratificarle los sentimientos de la más alta y distinguida consideración con que soy, su muy atento admirador y amigo,

**Amenodoro Rangel**

(Firmado)

M.s. mecanografiado



Don Quijote en América

**Sr. Dr. Antonio S. Briceño**

Ciudad.

Estimado amigo:

Vengo a complacerlo.

No tengo autoridad para hacer un juicio crítico, pero sí tengo conciencia para llevar mis impresiones al papel. He de confesar que antes de leer el libro, cuyo título encabeza estas líneas, tuve duda por el éxito de la obra y dije para mis adentros: ¿no hubiera sido mejor un título más humilde y de menos trascendencia que el de Don Quijote?

Indudablemente que hasta en los lectores menos apasionados, surte un efecto sorprendente en título que ha recorrido el universo entero en alas de la fama y que a través de tantos siglos ha podido conservar un prestigio invulnerable; al ver el nombre se espera una obra gigantesca y sucede en estos casos, como con los oradores que suben a la tribuna ovacionados por el trueno del aplauso: van comprometidos doblemente de antemano.

Pensando así y poniendo, por lo mismo, toda la atención para no dejarme llevar por una sugestión, hasta cierto punto injusta, principié a leer a “Don Quijote en América” por el Dr. Tulio Febres Cordero.

En la “Advertencia de la primera Edición” y en el “Prólogo” revela el autor que ha comprendido lo peligroso del título y se adelanta al juicio del lector para evitar falsas interpretaciones.

Efectivamente. Se encuentra en cada página de libro un rasgo noble de verdadero patriotismo y se comprende sin gran dificultad que todo, menos la ambición a gloria a una pretensión absurda, ha sido la causa de aquella obra.

El estilo correcto y fácil nos permite la lectura sin causar ese cansancio que producen a veces las imágenes confusas y formas estrambóticas, aunque sí creo advertir que no tienen los últimos capítulos ese vigor y fuerza de ingenio que se nota en los primeros y que bien puede confundirse con el estilo cervantino.

Cada párrafo encierra una enseñanza, en que el autor, sin herir y con ironía sutil, descubre el velo de aparente progreso con que cubrimos nuestras faltas, y las somete a su crítica sensata.

Sí me ha parecido algo inverosímil el viaje del Dr. Quix en bicicleta por terrenos montañosos y variados, porque, podrá haber progresistas insensatos que piensen en medios de transporte que todavía no se avengan a nuestras poblaciones y caminos; pero, para llevar a cabo sus grandes pretensiones tendrían que gastar inmensas sumas de dinero y poner primero los caminos en condiciones de recibir la visita augusta del Progreso, mientras que en este caso el Dr. Quix, sin más esfuerzo que el de su voluntad, realiza el milagro de pasar por colinas y atravesar montañas, caballero en bicicleta.

Encierra también la obra que me ocupa, una bonita historieta de amor, que aparentemente no tiene nada que hacer con la índole del libro y que bien pudiera hacerse con ella una novelita aparte; mas, sin embargo, su tendencia es la misma que la de todo el libro y nos prueba en ella el autor la conveniencia de educación según el medio y la gran dificultad de amoldarse otra vez a nuestras costumbres, conque tropiezan los jóvenes ilusos, que, por haber visitado otros lugares allende los mares, ya se creen demasiado grandes para caber en el pueblo donde nacieron, haciéndose por fuerza desgraciados.

“Don Quijote en América” revela en el autor, grandes dotes de observador, una inteligencia clara e ingenio y sutileza para descubrir errores sin herir grupos ni personalidades.

“Don Quijote en América” será consagrado por el tiempo; y el verdadero patriotismo que lo concibió ha de ser gloria de su autor.

**Pedro Agustín Dupouy**

Sin referencia hemerográfica

**Sr. D. Tulio Febres Cordero**

Mérida

Muy Sr. Mío:

Adjunto unas ligeras impresiones que le ruego aceptar más que por su bondad por la buena fe que me guió al escribirlas.

Con esta misma fecha le remito al Sr. Ángel, doctor, escritor y académico y uno de los valores más representativos de la actual generación literaria, el ejemplar de su obra que usted nos envió, a fin de que caso de no conocerla pueda apreciar sus exquisiteces y remitirnos a esta redacción algún comentario, toda vez que este estimado amigo, es el representante tanto de El Mundial en la capital de España.

Al mismo tiempo le agradeceré que se sirva decirme a vuelta de correo el valor de un ejemplar de su obra, pues estimo en lo que vale su Cuarta Salida y no quisiera que faltase en mi corta colección.

En el próximo mes cumple este diario su aniversario y mucho estimaríamos su colaboración para el número extraordinario que estamos preparando.

Al agradecerle su delicado cuanto valioso obsequio aprovecho la ocasión para ofrecerme de Ud. muy att<sup>o</sup> y s.s. q.s.m.b.

**José Arnau**

(Firmado)

M.s. mecanografiado

**IMPRESIONES DE UN LECTOR.**

La cuarta salida de D. Quijote

Si el señor Febres Cordero hubiese vivido allá por el siglo XVI y hubiera publicado en esa época su “Cuarta Salida de Don Quijote”, es muy probable que el “Ingenioso Hidalgo Don Miguel de Cervantes” no hubiera fustigado su obra con tanto ahínco como lo hizo con la de aquel desafortunado escritor natural de Tordesillas y que se llamó en vida Alfonso Fernández de

Avellaneda. Es muy probable que pasada la natural sorpresa de la ingeniosa “resurrección”, los elogios por el acierto con que están trazados los inmortales tipo cervantinos, hubieran salido francos y sinceros de la boca del mayor Ingenio de la época.

Esa maravillosa aventura del tigre electrizado, bien vale, por su gracejo y su impecable estilo –el impecable estilo que campea en toda la obra un capítulo cervantino. Por sí sola, acreditaría de escritor, a otro que no fuera el señor Febres Cordero, sobradamente acreditado como tal.

Con el maravilloso empaque clásico de los grandes orfebres del idioma, su estilo, –nunca arcaizante– conserva lozanías y auras de juventud. Al adentrarnos en la lectura de su obra evocábamos, con reverente emoción, las purezas idiomáticas de los grandes estilistas de nuestros días, Valle Inclán, el moderno manco; Azorín, el acertado cantor de los Pueblos; a ratos, el melífluo y puro estilo de Ricardo León y en todo momento los delicados encajes de Ricardo Miró, aquel maravilloso estilista de nuestro idioma, tan pronto ido para duelo de nuestras letras.

El libro cuya agilidad expositiva sortea con toda fortuna las enormes dificultades del tema abunda en sesgos donosos, que el autor se complace en animar, agudizando su ingenio en la necesaria concisión. Se llega al final sin que el escritor abandone un solo instante su sonrisa jovial ni su optimismo humorístico.

Al amparo de un sano criterio rigurosamente objetivo, establece la más estrecha censura sobre su propia labor, en evitación de alguna flaqueza. Agiliza la narración, y el léxico es rigurosamente seleccionado, hasta adquirir purezas no comunes.

No desdeña las viejas formas –la índole del tema lo requiere–, siempre que ellas le sirvan para exponer con sencilla naturalidad, sencillos temas.

En nuestra opinión no es lo más importante de la Cuarta Salida la acción de la novela –con serlo mucho– cuyo interés no decae ni un solo instante, es la forja de los caracteres, la adaptación, la resurrección de los dos tipos eje del asunto los que por ser sobradamente conocidos, entrañan tantas dificultades, Don Quijote, sufre la metamorfosis de acuerdo con las ideas de la época, sin dejar de ser el ingenioso loco, capaz de las mayores locuras, excentricidades, diríamos mejor, para marchar más de acuerdo con el léxico de nuestros días.

Sancho, el señor d'Argamasille, es el mismo rústico, avaro y egoísta, tipo mucho más de nuestra época utilitaria que de la caballeresca del siglo XVI.

La descripción rica en colorido y plena de aciertos, se anima y cobra solemnidad insospechada en ciertos parajes, la descripción de la naturaleza tropical entre otros, y siempre en feliz contraste con estas bravías estampas, se destacan los perfiles finísimos en que el idioma se estiliza y afligrana, convirtiéndose en devocionarios de sensaciones líricas, donde la nota humorística, acecha con regocijante travesura a la vuelta de cada página.

En definitiva, un novelista ducho en el arte de graduar perspectivas, combinar las escenas y conducir la acción a un insospechado desenlace, sin que la fábula pierda interés, condición indispensable ésta, para tener sujeta la atención del lector hasta la última línea de la novela. Un espíritu selecto agilizado en el servicio de diversas actividades culturales, sólidamente preparado para la literatura; en él se aúna el periodista de nervio habituado a la lucha y el sociólogo ejercitado en las claridades objetivas de las perspectivas políticas, y dejando entrever a través de su obra el ritmo sereno y noble de una vida plena de actividades que cautivan el ánimo del lector haciéndole concebir respeto y simpatía por su autor.

Cuando murió Don Benito Pérez Galdós, fue opinión de ese artífice del idioma que se conoce en el mundo de las letras con el nombre de Don Antonio Zozaya, que la pretensión de criticar la obra del gran escritor hispano era empresa superior a la inteligencia humana.

Tal nos ocurre a nosotros al terminar la lectura de Don Quijote en América, la obra máxima del excelente escritor merideño Don Tulio Febres Cordero; sentimos por un lado la atracción del asunto y de otro el temor de que se nos tache de pretenciosos, por haber emprendido una tarea muy superior a nuestras fuerzas.

Es por eso que hacemos la oportuna salvedad. Estas líneas sólo son las impresiones sinceras de un lector enamorado de nuestro idioma, jamás un juicio crítico.

**Pepe Del Turia** (José Arnau)

El Mundial, Valencia, Venezuela, Noviembre de 1931

Proyecto  
para la publicación en inglés de la obra Don  
Quijote en América o sea la cuarta salida  
del ingenioso Hidalgo de La Mancha



Nueva York 1924- 1925

Maracaibo, octubre 15 de 1924

Señor Sr.

**Tulio Febres Cordero**

Mérida

Distinguido doctor:

Un amigo mío de Nueva York, buen traductor y versado en asuntos literarios, me comunica que está para terminar la traducción de la interesante obra de Ud. "Don Quijote en América", trabajo ése que se está llevando a cabo con toda escrupulosidad y conciencia. Dicho amigo me ha comisionado para que me dirija a usted en el sentido de solicitar de Ud. Le conceda el derecho de traducción, indicándole cuáles serían los derechos editoriales que usted se reservara y la forma en que desea le sean acordados para que, previo el cumplimiento de lo que usted indique si resultare de la conveniencia de él, se pueda llevar a cabo la negociación con una casa editorial para que haga la edición en inglés.

El mérito indiscutible y ya sancionado de su obra de Ud., por una parte, y por otra el interés creciente que se revela en los EE.UU. por la literatura hispano-americana, ofrecen sin duda alguna muy buena perspectiva para la circulación y pingües resultados que habrán de derivarse de la proyectada edición en inglés.

La persona a que me he referido anteriormente es el señor Octavio Alberto Montell, persona recomendable por todos respectos. En cuanto a mi nombre creo que le sea suficientemente conocido, pero si así no fuere, puede tomar las referencias que crea necesarias con cualquier persona de la sociedad o del comercio de Maracaibo, y allá en Mérida con el Sr. Diego Arria V.

Aprovecho esta oportunidad para ponerme a sus gratas órdenes, y ofrecerle las seguridades de mi más distinguida consideración y aprecio.

Espero con interés sus noticias, y soy de Ud. Muy atentamente,

Affmo. S.

**J.A. Bustamante**

(Firmado)

M.s. mecanografiado

Maracaibo, 28 de Octubre de 1924

**Señor Dr. Tulio Febres Cordero**

Mérida

Muy apreciado doctor:

He tenido el gusto de leer su estimable correspondencia de 21 del corriente, contentiva de las bases para la negociación de la traducción solicitada por el Sr. Montell, y la cual con esta misma fecha le he transcrito.

No dudo que el señor Montell estará en capacidad de apreciar lo equitativo y conveniente de sus bases, y que para los primeros meses del 25 pueda llegarse a un arreglo definitivo, de acuerdo con el proyecto elaborado por usted.

Agradezco muy de veras los conceptos elogiosos con que se digna honrarme, y por mi parte deseo manifestarle que tendré como timbre de orgullo y de satisfacción esos conceptos emanados de un hombre del saber y de los auténticos merecimientos de Ud.

Aprovecho esta oportunidad para reiterarle las seguridades de mi más distinguida consideración y aprecio, y ofrecerme sin reserva, a sus gratas órdenes, como su atento S.S y amigo,

**J.A. Bustamante**

(Firmado)

M.s. mecanografiado

**PERMISO PARA TRADUCIR Y PUBLICAR AL INGLÉS LA NOVELA**  
**DON QUIJOTE EN AMÉRICA**

Yo, Doctor Tulio Febres Cordero, abogado de la República, mayor de edad, capaz para contratar, viudo y vecino de esta ciudad, declaro: que habiendo solicitado el señor Octavio Alberto Montell, domiciliado en Nueva York, por órgano del señor J.A. Bustamante, vecino de la ciudad de Maracaibo, mi permiso para traducir y publicar al inglés, la obra titulada Don Quijote en América, de que soy autor, con privilegio legal desde su publicación en 1905, y he convenido con el expresado señor Montell por intermedio del referido señor Bustamante, en concederle el permiso para hacer la edición en inglés de dicha obra y ponerla en venta, mediante las condiciones siguientes:

Primero: Como autor me reservo Primera: doce y medio por ciento del producto líquido de la venta de ejemplares de la traducción inglesa, ore explote el traductor señor Montell directamente el negocio de la edición, ora lo haga por medio de alguna casa editorial u otra empresa cualquiera.

Segunda: Caso de que el señor Montell venda su traducción, sea para la primera edición o para otros ulteriores, deberá dejar a salvo el derecho sobre el líquido de las ventas que me reservo, compran a la condición arriba expresada.

Tercera: La liquidación y su pago de lo que me corresponde por la indicada reserva se hará semestralmente, recibéndola el autor en Maracaibo del comisionado o representantes, que, al efecto, tenga allí el señor Montell o sus sucesores; y

Cuarta: Por mi parte, quedo comprometido a no conceder a otro permiso de traducción al inglés de la indicada obra “Don Quijote en América”, mientras se halle en vigencia el contrato con el señor Montell.

En fe de lo expuesto, firmo el presente documento debidamente autenticado, autorizado al señor J.A. Bustamante, comisionado del señor Montell para protocolizarlo en la oficina de Registro Público de Maracaibo

**Tulio Febres Cordero**

M.s. original

Maracaibo, Diciembre 31 de 1924

**Señor Dr. Don Tulio Febres Cordero**

Mérida

Apreciado doctor;

He recibido carta del Sr. Octavio Alberto Montell, fechada a 5 de Diciembre, y en la cual me participa que está para terminar la traducción de su libro.

Conforme en un todo con las condiciones que usted le expuso por conducto mío, él desea que usted le remita el documento correspondiente, el cual me parece que sería conveniente hacer autenticar allá para luego yo registrarlo aquí y hacer legalizar por el Cónsul Americano o en ésta la firma del registrador, de modo que Montell allá no tenga inconvenientes de ninguna especie.

Espero sus noticias para transmitírselas al amigo Montell, y aprovecho esta oportunidad para desearle en el próximo 1925, toda suerte de dicha y de prosperidad.

Me es grato repetirme de Ud. con todo respeto y consideración,

Muy atento S.S, y amigo,

**J.A. Bustamante**

(Firmado)

M.s. mecanografiado

Maracaibo, Enero 29 de 1925

**Señor Dr. Don Tulio Febres Cordero**

Mérida

Distinguido doctor y amigo:

Tengo el gusto de referirme a su apreciable carta el 13 de los corrientes, de cuyo contenido quedo debidamente impuesto.

Del seno de su citada retiré el documento contentivo de la autorización extendida a favor del señor O.A. Montell, y referente a la versión de su obra de Ud. "Don Quijote en América". Dicho documento, debidamente registrado en esta, visado por el Ciudadano Presidente del Estado, y legalizado por el Cónsul Americano en esta, lo he remitido al amigo Montell, quien espero no se tardará en proceder a hacer o a negociar la edición del trabajo. Tendré cuidado de trasmitirle sin demora las noticias que a este respecto reciba.

Sin otro asunto a que referirme, y con un respetuoso saludo, me es grato repetirme de Ud. con toda consideración,

Su atento S.S. y amigo affmo,

**J.A. Bustamante**

(Firmado)

M.s. mecanografiado

New York, Febrero 17, 1925

**Señor Don, Julio A. Bustamante**

Maracaibo, Venezuela.

Mi querido Julio:

Me refiero al doctor Tulio Febres Cordero, y a “nuestro” Don Quijote, y he hecho copia extra de esta carta por si tu quieres enviársela al doctor.

Debo decirle al querido Julio, que la traducción ha quedado maravillosamente, como nunca me lo imagine, (y dispensa que esto te lo diga el traductor mismo), pero si yo no te lo digo, ¿quién lo va a decir?

Creo, sinembargo, que las cualidades literarias del libro y la sustancia, son muy buenas para que deje de publicarse la proyectada edición en inglés, por ciertas cositas que, después de todo, no tienen gran influencia comparadas con las otras grandezas del libro. Ya tu sabrás a lo que me refiero. En las actuales circunstancias, las posibilidades para la publicación, entre diez, son una contra nueve debido al censo, que como tu sabes, es sumamente estricto en este país, y aun más, en cosas que maldigan de la tierra.

Así te digo, (y salvo la mejor opinión y derecho del doctor) que sería bueno que se omitiese todo lo que se refiere a “New York” y a los “Yankees” en varias de las páginas del libro (1). En la página 319 hay un pasaje que se refiere directamente a este país, que hay que quitar, y en cambio, sustituirlo por otro que exalte a los Estados Unidos, para que cause mayor impresión en el ánimo de los “americanos” y resulte el libro un éxito completo. Muy bonito sería publicar el libro en su originalidad, pero sería un imposible imprimirlo, primero por el censo, que no lo pasara, y segundo porque no encontraría editores, porque si el censo lo pasará, nadie querría intentar su publi-

---

<sup>2</sup> Referente a lo que digo de sustituir todo lo que se refiera a los Estados Unidos como se ve en las 169, 186, 192, 208, 209/214, 219, 240, 246, 292 y otras; quiero significar, echarle la crítica a Europa sin mencionar país ninguno, por ejemplo, en la pagina 211 se lee, “En Nueva York había conocido, etc., lo que sustituiremos por “En Europa habia conocido, etc.”; en la pagina 246 se lee: “Esto no hablaba con Policarpo, quien se podía estar a prueba con el doctor Quix, como hombre venido de Nueva York”, pues bueno sustituiremos a Nueva Cork con Europa, y así sucesivamente.

cación porque nadie lo leería. Triste es hacerlo, pero se debe hacer si es que el libro va a publicarse en inglés; sería una lástima no publicarlo, porque el libro es bueno.

La manera como yo pienso es la siguiente: sustituir todo lo que se refiera a los Estados Unidos; suplir todas las frases escritas en inglés por francés; (1) tu sabes que lo bueno es que aparezcan escritas en una lengua extraña a la que se usa en escribir todo el libro, por ejemplo, si el libro se escribe en inglés, usar otro idioma menos el español e inglés, primero, porque el lugar a que se refiere el libro es de habla española, y esta es precisamente la crítica, y segundo, porque de ponerlas en inglés, disminuirían la sustancia, puesto que el libro es escrito en inglés. Tu me comprendes. Sugiero el francés, por ser esta lengua extraña entre nosotros, y segundo, por ser esta usada entre los grandes centros por su exquisitez y por sugerir civilización y progreso.

Ahora a la página 319. Lástima es sustituir u omitir este pasaje por la realidad que encierra. Pero hay que hacerlo, o el libro nunca se publicará. Tu sabes que los editores en los Estados Unidos o son judíos o yankees testarudos que solamente están por el dinero y no por la sustancia y valor de un libro. Si estos hombres fueran inteligentes y editores genuinos, publicarían el libro tal como está, y dejar que los intelectuales o interesados vengan en defensa de la tierra, y discutan el asunto, pero desgraciadamente no es así. Además, como te dejo dicho, el censo nunca pasaría el libro, pues no permiten nada que maldiga de la tierra y su gente.

De modo que lo conveniente sería que el doctor, en lugar de este pasaje, ponga otro en donde trate de hermanar el Norte y el Sur, algo así como poniendo este país como iniciador de la civilización en el continente americano, junto con otras exaltaciones y elogios. De este modo, todos quedarán satisfechos, el libro se publicará, y como dice el dicho, es mejor estar de buenas que de malas.

Creo dejar mi opinión claramente expuesta. Y debo decirte que esto lo hago más por el deseo íntimo que tengo en que se publique en inglés el don Quijote criollo, o mejor dicho, Doctor Quix de Manchester. Así le dare-

mos a que sepan estas gentes que allá, en nuestras tierras, también tenemos defensores de nuestras costumbres y tradiciones.

No es para decir la ganancia que vendrá al doctor de la edición en inglés, puesto que actualmente hay aquí la manía de traducir estos libros que encierren verdades y “local color” como ellos lo llaman, al rudo, alemán, y francés. Si llevamos a cabo la publicación del libro, el éxito será completo.

También sería bueno que el doctor me envíe su retrato, junto con otra información de su persona y carrera, a fin de ponerle un prólogo a manera de semi-biografía. Estas informaciones incluirán cuándo y dónde nació, cuál es su doctorado, si es profesor en la Universidad, a cuáles instituciones o sociedades pertenece, cuáles y cuántos libros ha escrito y sobre qué temas, si ha recibido premios, si tiene alguna conexión con la academia, etc., etc.

Espero escribirás al doctor sobre el particular lo más antes posible, para que éste actúe con prontitud y andar ligero en el asunto.

Junto con un abrazo y buenos deseos para ti y todos los tuyos, manda a tu sincero amigo,

**O.A. Montell**

(Firmado)

M.s. mecanografiado

Maracaibo, 11 de Marzo de 1925

**Señor Dr. Don Tulio Febres Cordero**

Mérida

Distinguido doctor y amigo:

Me permito acompañar a la presente copia de la carta últimamente recibida del Sr. O. A. Montell, y que le explicará mejor de lo que yo pudiera hacerlo las impresiones del amigo Montell respecto a la viabilidad de la impresión en inglés.

Él me ha encargado le recomiende del mejor modo el asunto a que se refiere en la carta, y desde luego lo hago gustoso, confiando en que su contestación no se haga esperar.

Aprovecho la oportunidad para reiterarle una vez mas las seguridades de mi más distinguida consideración y respeto, y suscribirme de Ud. muy atentamente,

Affmo S.S. y amigo,

**J.A. Bustamante**

(Firmado)

M.s. mecanografiado

Maracaibo, Agosto 5 de 1925

**Señor Dr. Tulio Febres Cordero**

Mérida

Respetado Dr. y amigo:

Me refiero, a su atenta carta de fecha 27 de Julio pasado, de cuyo contenido me he impuesto con el interés de siempre.

Precisamente dos días antes de haber recibido dicha carta, vino a mis manos la del Sr. O. A. Montell, cuyo original tengo el gusto de incluirle, en calidad de devolución.

Me es grato reiterarme a sus gratas órdenes, y aprovecho la oportunidad para enviarle un atento saludo, y suscribirme de Ud. con toda consideración,

Su apreciado y amigo affmo

**J.A. Bustamante**

(Firmado)

M.s. mecanografiado

New York, Julio 16, 1925

**Señor Don Julio A. Bustamante**

Maracaibo, Venezuela.

Mi buen amigo Julio:

Oportunamente recibí tu grata cartica de 1 del corriente mes de Julio, la que he leído con el gusto e interés de siempre.

Vale Julio: de mis andanzas nada o muy poco tengo que decir. Trabajando mucho. Ahora me he conseguido una buena colocación donde creo tener sino porvenir, por lo menos una huella de esa palabra que hasta ahora ha sido desconocida para mí. La compañía en donde actualmente trabajo representa varias fábricas grandes, trabajando especialmente en el ramo de medias.

Veo lo que me dice con referencia a los "Keep Kool Kushions" y me parece que tienes suficiente razón, pues realmente es una esterilla.

Ahora, vale Julio, vamos a tratar por ultima vez quizás el asunto del doctor Febres. Como ya te he dicho anteriormente, el trabajo lo terminé hace ya unos meses, pero no lo he ofrecido todavía a ninguna casa editorial porque hay párrafos que quisiera quitar, o mejor dicho, sustituir. En la carta que te escribió el doctor Febres y que tu me enviaste, éste no se ocupó de lleno a contestar punto por punto las cosas que traté de decirle. Yo comprendo que tal vez habrá sido por enfermedad, por falta de tiempo u otra razón, pero también no deseo que después da terminado el trabajo vaya a quedarse sin siquiera haberlo ofrecido a los publicistas. De manera, pues, que paso a enumerarte los puntos principales a que trate de referirme en aquel tiempo:

Pagina 165 - Donde dice "Yanquilandia, como debiera llamarse la tierra de los yanquis" poner simplemente, "Yankeeland" Olvidándonos de lo demás.

Pagina 169 - Donde dice "los yanquis se han encargado de difundir en los países hispano americanos, etc." poner, o mejor dicho, sustituir la palabra "yanquis" por "the newest type of modernists, etc."

Pagina 240 - Donde dice "siguiendo el lema del gran pueblo moderno" decir "In full accord with new motto."

Página 249 - Hasta ahora no he podido dar con una cosa adecuada para cambiar lo que dice en esta página, “el Júpiter Tonante de la edad moderna, un Coloso más grande que el de Rodas, erigido por la raza sajona en la América Septentrional, para que todos los pueblos del globo pasen por entre sus piernas, reconociendo dócilmente la supremacía de los nuevos factores del Progreso: la máquina y el billete da banco.” La manera como yo pienso ponerlo es como sigue: “the Thundering Jupiter of modern times, a Colossus greater than Rodas’s, erected yonder in the progressive world, so that all countries afar should feel the weight of its strength, meekly acknowledging the supremacy of the new factors of Progress – the machine and the bank bill.

Esto, sin embargo, no me parece lo suficiente y creo que el doctor podrá sugerir algo mejor.

Demás estará decirte que ha habido infinidad de cambios que hacer, pero eso lo he hecho yo, sin menospreciar el valor del libro, y en la mejor manera que mi pobre habilidad me ha ayudado en estas cosas. Pero de todos modos, lo que hay que ver es que todos quedemos de buenas.

Se me olvidaba decirte que me parece que el párrafo entre las páginas 319 y 320 queda falto con el cambio que dice hacer el doctor Febres. El doctor dice simplemente poner: ¡Ah! eso es otro cantar. No es del Norte sino del Sur,” olvidándose de lo demás. Me parece que este párrafo ofrece un campo algo extenso para decir algo más. Ojalá tu pudieras hacer que el doctor piense un poquito en lo que valdría más poner.

Tengo que decirte, amigo Julio, que mis ocupaciones actualmente no me dan tiempo para nada. En esta colocación que tengo, como soy el único que habla español, me la paso sumamente ocupado, trabajando casi todas las noches. Así es que espero con ansiedad la contestación del doctor sobre los varios cambios que me permito sugerir. También te digo, que tengo en perspectiva un viaje a sur América por cuenta de la casa, no sé lo que realmente habrá, pero si se lleva a efecto ello será a principios de Agosto próximo, de manera que en este caso las sustituciones y el ofrecimiento del libro al editor tendrá que darse una esperada.

Particularmente, Julio, no puedo darte una opinión general de lo que creo yo del libro. Algunas veces me entusiasmo mucho, porque en realidad

dice algunas cosas que gustan al paladar de los americanos. Otras veces lo encuentro muy pesimista, especialmente cuando el doctor trata de hacer un paralelo entre la raza sajona y la latina, más en general la española, y tu sabes que el pesimismo y el llanto no tienen cabida ninguna con esta raza u otra que se tache de progresista. En fin, lo que podemos hacer es sustituir lo hostil y disfrazar un poco el libro para poderlo ofrecer. Si por una u otra circunstancia la publicación no se lleva a efecto, lo único de lo que puedes estar seguro es que en mi parte no ha sido, pues yo he hecho todo lo humanamente posible. Esperemos y tengamos esperanza, como dice el dicho.

Vale Julio, siento mucho que esta última “petición” al doctor se haya tardado tanto, y también espero que ello no vaya a quitarte demasiado tiempo, pues bien sé que tus quehaceres no te permiten mucho en otros asuntos. Esta será la última “petición” que haremos al doctor, para ver que hacemos con el “doctor Quix de Manchester.”

O.A. Montell

(Firmado)

M.s. mecanografiado

## Referencias biográficas

Críticos y comentaristas de la obra de Tulio Febres Cordero, *Don Quijote en América* o sea la cuarta salida del ingenioso Hidalgo de La Mancha

ACOSTA CANALES, Lisandro

Nació en Rubio, Edo. Táchira. Militar, periodista; fundó en Rubio los siguientes periódicos: *La Abeja* (1890), *El Catorce de Marzo* (1892), *El Propagandista* (1896).

ACOSTA DE SAMPER, Soledad (1833-1913)

Ilustre intelectual de Colombia, periodista, cultivó temas variados sobre religión, crítica literaria, sociología, teatro, novela, biografía, historia. Ferviente defensora del feminismo. Fue la primera mujer en pertenecer a la Academia Colombiana de la Historia y en cultivar el periodismo en Colombia. Miembro de la Academia de Historia de Caracas. Sus obras: *Los Aborígenes que poblaron los territorios que hoy forman la República de Colombia en la época de descubrimiento de América*, *Catecismo de historia de Colombia*, *El esclavo de Juan Fernández* (novela). Fundadora y directora de las siguientes revistas en Colombia: *La Mujer* (1878-1881); *La Familia* (1884-1885); *Lecturas para el hogar* (1905-1906); *El Domingo de la Familia Cristiana* (1889-1890) y *El Domingo* (1898-1899).

ALEGRETTI, José María.

Periodista, redactor del periódico *El Avisador* (1892) de Maracaibo, diario independiente de carácter general de noticias.

ARNAU, José

Conocido también como "Pepe del Turia". Redactor de *El Mundial* diario de Valencia, Venezuela

BRICEÑO CASAS, Jesús

Periodista, redactor del periódico *La Voz de Valera* (1908).

BUSTILLOS, Juan P.

Subsecretario del Presidente del Edo. Trujillo general Trino Baptista. Junto con Juan Pedro Chuecos dirigió el periódico Ecos de Trujillo, pro defensa de la autonomía del estado contra las pretensiones de anexión al Zulia (1867-1868). Colaborador del periódico El Trujillano (1890).

CARMONA, Jénaro

Escritor costarricense. Autor de *El Primo*, *La Esfinge del Sendero* y *Del calor hogareño*.

CARO, Miguel Antonio (1843-1909)

Filólogo y escritor colombiano. Uno de los fundadores de la Academia Colombiana de la Lengua. Vicepresidente de la República de Colombia de 1892 a 1896 y Presidente entre 1896 y 1898. Colabora en los periódicos: República, Papel Periódico Ilustrado, La Prensa y El Conservador. Como filólogo escribió *Gramática de la Lengua Latina* y un *Tratado de Métrica y Ortología de Bello*. Obtuvo el premio de "Poesía Provenzal" (1876) con el poema "El Himno Latino". Destacan también la "Oda a la estatua del Libertador y Patria." Tradujo a Horacio, Virgilio, Shakespeare, Carducci, Lucrecio, Cátulo y Manzoni.

CARRASQUILLA, Ignacio.

Hijo del escritor colombiano Ricardo Carrasquilla (1827-1886), éste último destacado poeta, autor de coplas, versos satíricos y artículos costumbristas.

CARRICARTE, Arturo R. de

Escritor y periodista cubano. Fue uno de los primeros cubanos que se dieron de lleno a la tarea del cuidado y la difusión de la obra de José Martí.

CASTRO, Cipriano. (1858-1924)

Nació en Capacho, Edo. Táchira, militar y político. Presidente de la República (1899-1908). Durante su gobierno se destacan hechos como la revolución libertadora (1901-1903), el bloqueo de las armadas de Inglaterra, Alemania e Italia a los puertos venezolanos. (Dic. 1902- Feb.1903).

CONTRERAS, Luis Eladio (1878-1926)

Nació en San Cristóbal. Poeta y articulista. Entre sus obras figuran: *Horas de ensueño*, *Laureles andinos*, *Tachirense*, *Una maravilla mundial* e *Impresiones de la Cueva del Guácharo*.

DUPOUY, Pedro Agustín

Periodista, editor de los periódicos *El Estado Lara* (1906) y *La risa literaria* (1906) de Barquisimeto.

FEBRES CORDERO, Luis (1880-1927)

Escritor colombiano. Sus obras: *Canto a Cúcuta, datos y apuntamientos para su historia* y *El Terremoto de Cúcuta 1875-1925*.

FERNÁNDEZ BREMÓN, José (1839-1910)

Escritor español. Sus obras: *Un Crimen científico*, *M. Dansant, médico aerópata*, *La Cruz de Cara*, *El Eclipse*, *Año pasado y el año que viene*, *El Fugitivo de Guadalete: Bocetos*.

FORTOUL HURTADO, Pedro.

Poeta, estudioso del idioma de Castilla; crítico literario, cónsul de Venezuela en Madrid (1889); el gobierno español le otorgó el título de Comendador de la Real Orden de Isabel La Católica; miembro de la Sociedad de Geografía de Lisboa. En el periodismo figuró como redactor de la *La Nueva Luz* y del *Diario de Caracas* (1893); colaborador de *La Religión de Caracas*.

Sus poemas se hallan dispersos en periódicos nacionales y extranjeros coleccionados bajo el título de *Penumbas*. Entre sus obras figuran: *Bohémica*, *Misere-re*, *¡Oh, Cazador!* y *Tellus* (poemas).

FRANCO LIZARDO, Juan Pablo.

Presbítero, doctor, provisor y Vicario General de las Diócesis de Mérida. Administrador de la publicación *Recreaciones Católicas* (Zulia, 1888). En 1891 llevó a San Antonio del Táchira una imprenta donde editó y redactó el periódico *La Frontera* (1893). En Mérida, *El Bien Público* (1900) y *La Botica* (1901-1921).

GIL FORTOUL, José (1861-1943)

Nació en Barquisimeto. Ensayista, novelista, poeta, historiador y sociólogo, doctor en Ciencias políticas, se destacó como hombre publico: Cónsul de Venezuela en Burdeos (1886), en Hamburgo (1886) y en Londres (1891), Ministro en Instrucción Pública (1911) y Plenipotenciario de Venezuela para gestionar asuntos limítrofes con Colombia ante el Presidente de la Comisión Helvética (1916).

Sus obras: *Filosofía Constitucional* (1890), *Discursos y palabras* (1915), *Arte de embellecer la vida* (1927), *Historia Constitucional de Venezuela* (1830), *Páginas de ayer* (1944).

GRILLO, Maximiliano (1868-1949)

Escritor colombiano más conocido como “Max Grillo”. Abogado, congresista por el partido liberal y diplomático en Brasil, Francia y Bolivia. Poeta, crítico literario y ensayista. Sus obras: *Ensayos y comentarios* (1927), *Granada entreabierta* (1946), *Alma dispersa* (París, s/f), *Emociones de la guerra: apuntes tomados durante la campaña del norte en la guerra civil de los tres años* (1903).

HURTADO, Ovidio.

Periodista, editor del periódico El Renacimiento (1894) de Valera. Trabajó en El Diario de Valera (1900).

LEÓN GÓMEZ, Adolfo, (1857-1927)

Nació en Pasca, Cundinamarca, Colombia. Abogado, parlamentario, diplomático, académico, dramaturgo, comediógrafo, cuentista, fabulista y poeta. Sus obras: *Las noches de agua de Dios y Muertos que lloran* (Poemas) *El Viaje de los príncipes* (cuentos). *El Cerdo y la luna*, *El gitano y el perro*, *La asamblea de los animales*, *La rosa y la violeta* (fábulas). *Corazón de mujer*.

LOPEZ RIVAS, E

Periodista, fundador, editor, redactor en varios periódicos del Zulia. Redactor-propietario de El Fonógrafo (1879), El Zulia Ilustrado (1888), fundador de El Periódico (1876), El Mensajero (1877); Boletín comercial de El Mensajero (1878).

MARROQUÍN, José Manuel. (1827-1908)

Escritor colombiano, Vicepresidente de la República (1898-1900) y encargado del Poder Ejecutivo (1900-1904); Primer Secretario de la Academia Colombiana de la Lengua. Cultivó la poesía, la novela y el cuento. Sus obras: *La Perilla*, *El moro Gil Blas*, *Nada nuevo*, *Tratado de ortografía castellana*, *Tratado de ortología*, *Diccionario ortográfico*.

MARTÍNEZ, Pedro

Redactor del periódico El Trujillano, fundado en (1897).

MARTÍNEZ, Víctor Rosa

Editor del periódico El Moderno Franciscano de Valera, fundado en 1893 y El Fiscal en 1898.

MÉNDEZ, Juan de Dios, hijo.

Periodista, redactor del periódico La Época (1893) de Caracas, editor del periódico La semana de Caracas (1902).

MONTELL, Octavio Alberto.

Tradujo al inglés la obra *Don Quijote en América o sea la cuarta salida del ingenioso Hidalgo de La Mancha* de Tulio Febres Cordero, y tenía el proyecto de publicarla en New York (1924).

MONTESINOS, Pedro (1864-1938)

Nació en El Tocuyo, Edo. Lara. Poeta, ensayista, periodista, se dedicó a estudios filológicos y folclóricos. Sus obras: *Ensayos filológicos*, *El Tocuyo*, *Tratado de acentuación Castellana*. La mayor parte de su obra permanece inédita.

NAVARRO, Numa P.

Impresor, encargado de la Imprenta del Edo. Mérida. Colaborador del periódico El Cronista de Mérida (1900).

NUCETE, Bartolomé T.

Periodista, redactor, fundador y colaborador de periódicos de Mérida: El Demócrata, El Siglo XV, La Fábrica, El Escolar (1902), El Granuja (1904), y del periódico de Caracas La voz juvenil, (1863).

PARRA PICÓN, Caracciolo (1852-1937)

Empresario, fundador de la Compañía Anónima Luz Eléctrica de Mérida, en 1898. Gobernador de Mérida, Vicepresidente de la República de 1915 a 1922.

PEDROZA R, Ignacio.

Periodista. Redactor del periódico El Aspirante de Tovar (1893), del cual circuló un solo número y de El Pueblo de Mérida (1895).

PICÓN FEBRES, Gonzalo (1860-1918)

Nació en Mérida. Abogado, escritor, filólogo y crítico; poeta y novelista. Obras: *Páginas Sueltas* (1889), *Ya es hora* (1891), *Caléndulas* (1893), *Fidelia* (1893), *Claveles encarnados y amarillos* (1895), *El Sargento Felipe* (1899), *Flor* (1905), *La Literatura Venezolana en el Siglo Diez y Nueve* (1906), *Nieve y Lodo* (novela) (1914), *Libro Raro* (1964)

PICÓN GRILLET, Antonio Ignacio (1838-1916)

Nació en Mérida. Estudió ciencias filosóficas y políticas en la Universidad de Mérida. Comerciante. Sus obras: *El gran pecado de Venezuela*, *Mocomboco*, *Leciones de ortografía y prosodia*, *Reglas y máximas*, *Apuntes gramaticales*. Redactor de los periódicos de Mérida: La Niñez y El Alerta.

PÍCON-SALAS, Mariano, (1901-1965)

Nació en Mérida, doctor en Filosofía y Letras; profesor universitario, diplomático, ensayista, novelista, crítico, articulista, biógrafo, historiador, decano fundador de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Venezuela (1946). Sus obras: *Buscando el camino*, *Mundo imaginario*, *Odisea de tierra firme*,

*Registro de huéspedes, Formación y proceso de la literatura venezolana, Viaje al amanecer, Nieves de antaño, Preguntas a Europa, Antología de Costumbristas venezolanos, De la Conquista a la Independencia, Dos siglos de prosa venezolana, Los días de Cipriano Castro, En las puertas de un mundo nuevo, Formación y proceso de la literatura venezolana, Miranda, Compresión de Venezuela.*

PIETRI DAUDET, Antonio

Cónsul general de Venezuela en Bruselas, Director y redactor de La Revue Américaine: organe des Pays Hispano-Américains. Periodista venezolano, redactor del periódico El Observador de Carabobo (1891).

PIMENTEL, Francisco (1889-1942)

Nació en Caracas, poeta y humorista, conocido con el seudónimo de “Job Pim”. Sus obras: *Pintorreos, Jabón de Castilla y Enciclopedia Seguí*, Colaborador del periódico La Época de Caracas (1893).

PINO, Luis Eugenio

Editor y redactor de periódicos de Carúpano: El Tipógrafo (1889); Venezuela y Castro (1907), El oriente (1909), Ecos y notas (1913).

PORRAS, Emilio

Fundador del periódico El Noticiero de Caracas (1889).

POMBO, Rafael (1833-1912)

Nació en Bogotá (1833-1912). Poeta dedicado a los niños, a los héroes de la patria, a la mujer y las costumbres. Sus obras: *El bambuco* (poema), *Fábulas escritas por un ingenio de esta Corte*. Fábulas: *La pobre viejecita, La Rin Rin Renacuajo, Simón el Bobito*. Escribió los textos de algunas de las primeras óperas colombianas como “Esther” y “Florinda o la Eva del reino godo español” (1845-1876); autor de varias zarzuelas, colaborador del periódico literario El Mosaico de Bogotá.

QUINTERO PARRA, José Humberto (1902-1984)

Nació en Mucuchíes, Edo. Mérida, ensayista, historiador, primer Cardenal de Venezuela, pintor. Sus obras: *Ciudad de Cóndores*, *Escritos de antier*, *Hueco de Leones*, *Páginas Bolivarianas*, *Páginas del Cronista*, *Palabras y Manuscritos*, *La Universidad y sus moradas*, *La pintura del Cardenal*.

RANGEL LAMUS, Amenodoro, (1890-1981)

Nació en San Cristóbal, abogado, educador, y político director, junto con su hermano Carlos, del diario tachirense Horizontes (1920-1921); presidente del Concejo Municipal de San Cristóbal, Ministro de Agricultura y Cría, 1937. Obras: *Diversas* (1950) *Exposición sobre la fiebre aftosa* (1950) *Algunos aspectos del problema agrario de Venezuela* (1941); *Logros* (1921); *El club obrero de San Cristóbal y sus ideales* (1927); *Estudio de derecho privado* (1937); *El hombre y la tierra* (1967) *El medio físico y el problema ganadero venezolano* (1944); *Origen y desarrollo de la sociedad Sala de Lectura de San Cristóbal, Edo. Táchira* (1966), *El problema del trigo* (1942), *La rueda del tiempo* (1969).

ROMERO GARRIDO, Pedro

Escritor, articulista, escribió sobre la personalidad del Dr. Emilio Constantino Guerrero. Director del periódico Mástil (1932) de San Cristóbal; redactor de Antenas (1932), San Cristóbal; director de Cirano (1926) órgano del centro social General Mariscal Ayacucho, La Grita.

SALAS ROO, Federico, 1837-1909

Nació en Mérida. Médico, entusiasta colaborador en la realización de obras públicas para el Estado, introdujo en 1892 la séptima imprenta que llegó a Mérida conocida con el nombre de El Trabajo. Redactor de El Boletín Anunciador (1896), órgano de las casas mercantiles de los Sres. Federico Salas e hijos.

SEMPRUM, Jesús (1882-1931)

Nació en Santa Bárbara (Zulia), erudito, periodista. Contribuyó a orientar la crítica literaria del país por causas más modernistas con obras como *Estudios críticos*, *El crucifijo* (novela) y *Elegías* (poesía).

SANZ, Arturo C.

Director del periódico El Progreso (1905) de Mérida y de la imprenta El Carmen, antigua imprenta Centenario.

TOLEDO, Valerio Perpetuo

Nació en Maracaibo. Poeta y periodista. Fundador del periódico Los Ecos del Zulia (1880). Redactor de varios periódicos de Maracaibo: El Mendigo hablador (1854), El Mara (1854), El Sobrino del Mendigo (1858). El Correo del Occidente (1858), El Diario de Maracaibo (1859). Director del periódico literario "Álbum de las hijas del Lago" (1867).

UZCATEGUI BELLOSO, Miguel

Impresor del periódico La Prensa (1900) Mérida.

## Í N D I C E

---

9	Presentación
13	Introducción
<b>31</b>	<b>C A P Í T U L O I</b>
	Juicios varios sobre la obra <i>Don Quijote en América o sea la cuarta salida del ingenioso Hidalgo de La Mancha.</i> (Recortes de periódicos)
33	Felicitación
34	J.P. Franco Lizardo
35	Cipriano Castro
36	Tulio Febres Cordero
37	Cipriano Castro (Traducción al francés)
38	Tulio Febres Cordero (Traducción al francés)
41	Juan de Dios Méndez, hijo
42	Jesús Semprum
44	Bartolomé Nucete - Miguel Uzcátegui B.
44	Lisandro Acosta Canales
45	Numa P. Navarro
46	Croquis y esbozos
46	E. Porras
49	Ecos del Zulia
49	E. López Rivas
50	L.E. Contreras - A. Ibarra
51	Ignacio Martínez
54	Ignacio Pedroza
54	La Religión
56	A. León Gómez
57	A.C. Sanz
57	Juan P. Bustillos
64	Lisandro Acosta Canales
64	Víctor R. Martínez

67	V.M. Lugo Blanco
67	Pedro Montesinos
73	Max Grillo
77	Jesús Briceño Casas
81	Gonzálo Picón Febres
86	El Radical
87	L.E. Pino C.
88	Miguel A. Caro
92	La Palanca
92	Hojas, diario de la tarde
94	Aclaración. Prólogo 2ª edición, por Tulio Febres Cordero
96	Pedro Montesinos
97	El Cronista
98	Manuel Rodríguez Chiari
101	Pietri-Daudet
103	Fernández Bremón
103	Pedro Romero-Garrido
105	Ovidio Hurtado
106	Tulio Febres Cordero
107	Ideas
108	Mariano Picón-Salas
<b>111</b>	<b>C A P Í T U L O I I</b>
	Juicios varios sobre la obra <i>Don Quijote en América o sea la cuarta salida del ingenioso Hidalgo de La Mancha</i> . (Cartas)
112	Prólogo de la tercera edición, por Fortoul Hurtado y Tulio Febres Cordero
127	Luis Febres Cordero
128	Soledad Acosta de Samper
129	J. Manuel Marroquin
131	Luis Febres Cordero

132	Francisco Pimentel
135	Ignacio Carrasquilla
137	Adolfo León Gómez
139	Luis Febres Cordero
140	Jenaro Cardona
143	Pedro Montesinos
145	Arturo R. De Carricarte
146	J. Humberto Quintero
153	Amenodoro Rangel
155	Pedro Agustín Dupouy
157	José Arnau (Pepe del Turia)

**161 C A P Í T U L O I I I**

---

	Proyecto para la publicación en inglés de la obra <i>Don Quijote en América o sea la cuarta salida del ingenioso Hidalgo de La Mancha</i>
162	J.A. Bustamante
164	Tulio Febres Cordero
165	J.A. Bustamante
167	O.A. Montell
170	J.A. Bustamante
172	O.A. Montell
175	Referencias biográficas de críticos y comentaristas de la obra <i>Don Quijote en América</i>

**COLECCIÓN**

**Clásicos del Pensamiento Andino**

© *Don Quijote en América, recuento crítico de una novela centenaria*

Compiladora, Belis Araque

© Primera edición, 2005

• *Comité editorial*

Belis Araque

Adelis León Guevara,

Alcides Monsalve

Gregory Zambrano

• *Producción editorial*

Publicaciones del

Vicerrectorado Académico

de la Universidad de los Andes

• *Corrección de textos*

Marina Olivera

• *Concepto de colección*

*y diseño gráfico*

Kataliñ Alava

• *Ilustraciones*

Hermes Leonardo Pérez

• *Transcripción de textos*

Mauren Maldonado

• *Impresión*

Editorial Venezolana, C.A.

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

depósito legal: ff237200580021.d

ISBN: 980-11-0845-2

**DIRECCIÓN**

Universidad de Los Andes

Av. 3 Independencia

Edificio Central del Rectorado

Mérida- Venezuela

viceacad@ula.ve

<http://viceacademico.ula.ve>